

EL TRAVESTISTA Y SU ESPOSA

por Virginia Charles Prince

Los Angeles

**Ficha del Catálogo de la Biblioteca del Congreso
No. 67-29440**

**Copyright © Charles Prince
Traducción © R. Alcaraz, 1998.**

**Derechos Reservados. Prohibida la reproducción,
incluso parcial, por cualquier medio, a excepción
de críticas, las cuales pueden citar breves pasajes.**

SEGUNDA IMPRESION

Impreso en los Estados Unidos

INDICE

DEDICATORIA	4
AGRADECIMIENTOS	5
PROLOGO	6
PREFACIO	9
PRIMERA PARTE	
INTRODUCCION AL TEMA DEL TRAVESTISMO	10
SEGUNDA PARTE	
PROBLEMAS DE ENTENDIMIENTO Y ADAPTACION	16
1. LOS DOS LADOS DEL PROBLEMA	16
2. ALGUNAS ESTADISTICAS	22
3. EL DILEMA DEL ESPOSO	24
4. HOMOSEXUALIDAD	25
5. CAMBIO DE SEXO	26
6. ENFERMEDADES MENTALES	26
7. PROBLEMAS SOCIALES	27
8. "YO ME CASE CON UN HOMBRE"	28
9. COMPETENCIA	28
10. CONSIDERACIONES CULTURALES	29
11. ¿QUE GANA UNA ESPOSA CON ESTO?	30
12. LA FILOSOFIA DE CONJUNTO	30
13. RESUMEN	34
TERCERA PARTE	
OTROS PUNTOS DE VISTA	36
1. LA CONTRIBUCION DE UN MEDICO	36
2. EL PUNTO DE VISTA DE UN SACERDOTE	39

3. CONYUGES: DE LA "A" A LA "F"	41
4. ALEGATO DE UN MARIDO TRAVESTI	47
5. UN AMIGO INTENTA AYUDAR	54

CUARTA PARTE

CARTAS DE ESPOSAS DE TRAVESTISTAS	57
1. CARTA DE LA ESPOSA DE "GISELE"	58
2. CARTA DE LA ESPOSA DE "SALLY" A OTRA ESPOSA	60
3. CARTA DE LA ESPOSA DE "JEANETTE"	62
4. CARTA DE LA ESPOSA DE "FRAN"	64
5. CARTA DE LA ESPOSA DE "SHEILA"	65
6. CARTA DE LA ESPOSA DE "GERRY"	67
7. CARTA DE LA ESPOSA DE "DARLENE"	69
8. CARTA DE LA ESPOSA DE "BARBARA"	70
9. CARTA DE LA ESPOSA DE "PAULINE"	73

QUINTA PARTE

EL TRAVESTISMO Y LOS HIJOS	74
1. OPINION DE GISELE	75
2. SUSANNA DICE...	75
3. LA ESPOSA DE "MARIE"	77
4. DOS PADRES TRAVESTISTAS COMENTAN	78
5. LA ESPOSA DE "JULIE"	79
6. LA HIJASTRA DE "JULIE"	82

SEXTA PARTE

EPILOGO	83
---------------	----

DEDICATORIA

Este libro está dedicado con aprecio a dos hombres, ambos médicos. Al Dr. Karl Bowman, ex-Presidente de la Asociación Psiquiátrica Americana y primer Director de la Clínica Langley Porter, el hospital psiquiátrico de la Escuela de Medicina de la Universidad de California en San Francisco, quien me dio el primer impulso hacia la aceptación y entendimiento de mi misma. Después de consultar, sin éxito, a seis psiquiatras diferentes en busca de respuestas, estando en el área académica de la Escuela de Medicina, me enteré de que los médicos de la Clínica Langley Porter tenían conocimiento del travestismo y estaban estudiando a un grupo de personas. En ese grupo conocí a la primera persona semejante a mí misma con quien me había topado en toda mi vida.

Sintiendo que ahí podría encontrar ayuda para mi propio caso, visité personalmente al Dr. Bowman varias veces. Para mi sorpresa, tranquilidad y bienestar futuro, él no hizo el menor aspaviento al conocer mi situación. Tampoco intentó enredarme con esa clase de clichés psiquiátricos del tipo de “simbolismo fálico” (los tacones altos) o de “complejo de Edipo no-resuelto”. Simplemente se limitó a escuchar mi historia y con toda sencillez me pidió: “Deje de luchar contra algo que no es tan terrible; hay miles de personas como usted y siempre las ha habido. La medicina ha sido incapaz de hacer gran cosa por ellas, de modo que, lo mejor, es tomarlo con calma y aceptarse usted misma. Trate de ser feliz y aprenda a adaptarse. No tenga miedo, ni se aíse, ni se condene a sí misma”. Fue un consejo maravilloso. Lo seguí y me evitó muchos sufrimientos, En agradecimiento a la ayuda del Dr. Bowman, he intentado transmitir sus ideas por medio de la revista *TRANSVESTIA* * y de la FUNDACIÓN PARA LA EXPRESION DE LA PERSONALIDAD y de su organización social PHI PI EPSILON. Todo eso es un intento de ayuda a otros, correspondiente a la ayuda que él me brindó.

La segunda persona a quien afectuosamente dedico este trabajo es el Dr. Harry Benjamin, de Nueva York y San Francisco. Endocrinólogo de profesión, desde hace ya largo tiempo es uno de los principales sexólogos de los Estados Unidos. Fue uno de los primeros en estudiar el travestismo y observarlo desde una perspectiva correcta. Ha escrito gran cantidad de estudios acerca del travestismo y del transexualismo (situación de quienes intentan cambiar quirúrgicamente de sexo). Gracias a sus trabajos, estos temas han conseguido amplia difusión tanto entre los especialistas como entre el público en general. Tanto por su intervención directa, como, indirectamente, por medio de sus enseñanzas a médicos, psicólogos y consejeros matrimoniales, el Dr. Benjamin ha ayudado a muchos centenares de travestis. Siempre amable y con deseos de ayudar de cualquier forma a su alcance, médica, legal o maritalmente, ha realizado sus buenas obras de muchas maneras. Yo he tenido el placer de contarle entre mis amigos personales y de reconocer agradecida toda la ayuda que me ha prestado para resolver mis problemas conyugales y de paternidad .

Espero que los esfuerzos invertidos en este libro contribuyan aunque sea mínimamente a transmitir las buenas obras, las palabras afectuosas y los útiles consejos que yo recibí de estos dos pioneros del tema. Si lo consigo, habré saldado mi deuda para con ellos.

Virginia

* *TRANSVESTIA MAGAZINE*, una revista consagrada al travestismo y dirigida a los travestistas, publicada por Chevalier Publications, Apdo.Postal 36091, Los Angeles, Calif., CP 90036, E.U.A

AGRADECIMIENTOS

Es con un gran aprecio que la autora reconoce y agradece a todas aquellas personas que han contribuido con materiales para que este libro consiga plantear de la manera más integral posible el tema, sin reducirlo a la limitada perspectiva de una sola persona.

Muy en particular y mencionándolas por su nombre, la autora desea manifestar su agradecimiento a Avis y a Shirley, las esposas de dos amigos travestis, quienes, ambas, han contribuido con sus propias cartas a esta compilación. Para cada una de estas damas extiendo además mi más cumplido agradecimiento y aprecio por su ayuda en la organización y edición de estos materiales, así como por sus comentarios y sugerencias para hacer, desde el punto de vista de las esposas, más interesante y útil este libro.

Sin su valiosa ayuda, la aparición de esta edición corregida y aumentada de mi primer esfuerzo encaminado a ayudar a las esposas, se habría demorado y probablemente hubiera sido menos eficiente.

* * *

PROLOGO

Este libro es la prolongación de un proyecto comenzado en 1960. En febrero de ese año apareció el primer número de la revista **TRANSVESTIA**, una publicación escrita por, para y sobre travestistas. Su objetivo era proporcionarles **EDUCACION** y **ENTRETENIMIENTO** con el propósito de incrementar su **COMPRESION**, su **ACEPTACION** y, en consecuencia, contribuir a incrementar su **TRANQUILIDAD MENTAL**. En los años subsecuentes, esta revista ha sido publicada bimestralmente hasta llegar a un total de 45 ediciones en el momento en que este libro está en proceso de impresión. La revista ha mantenido sus propósitos originales y confía en ser una fuente de esparcimiento y de ayuda para todos los travestis. Puede solicitarse a Chevalier Publications, Apdo. Postal 36091, Los Angeles, Calif., 90036.

El travesti tiene dificultades para entenderse a sí mismo y, con frecuencia, se ve reducido a la palabra escrita para satisfacer su necesidad de comunicación, ésto debido a las circunstancias que le impiden cualquier otra forma de expresión abierta de su condición. Sin embargo, por lo general, también tiene problemas para ganar cierta comprensión por parte de su cónyuge. Por lo tanto, muy pronto se evidenció la necesidad de un libro que tratara este dilema con claridad y que respondiera a las muchas objeciones y sentimientos expresados por las esposas de travestistas. Se solicitaron cartas y comentarios a las esposas que habían enfrentado y resuelto este problema matrimonial, de modo que sus experiencias pudieran ser útiles para quienes lo enfrentaban. Otros aportes fueron obtenidos de especialistas y, poco a poco, se fueron reuniendo los materiales que aquí se presentan y que se ofrecen en calidad de guía y de obra de consulta tanto para el travesti, como para su cónyuge.

En la Primera Parte de esta obra se intenta hacer una presentación objetiva del tema del travestismo (o **Feminofilia**, neologismo que significa “preferencia por lo femenino” *). Se examina aquí la naturaleza del fenómeno y se consideran sus causas, motivos y satisfacciones. Asimismo se pretende considerar individualmente los

* Este neologismo “Femmiphilia” (que hemos traducido por “Feminofilia”) proviene de la palabra francesa “Femme”, empleada en Estados Unidos como forma coloquial no peyorativa para designar a los travestis, y el sufijo de origen griego conocido. Aparentemente acuñado por la autora de este libro, su empleo no parece haber trascendido estas páginas o las de su revista “Transvestia”, por lo que nos hemos abstenido de emplearlo siempre que ha sido posible sustituirlo por palabras más usuales en nuestro idioma. (N. del Tr.)

principales aspectos que perturban y preocupan a las esposas y/o a los familiares.

Esperamos que este intento sea por lo menos moderadamente útil para ayudar a sus lectores a considerar su problemática en una perspectiva más clara. Pocas cosas en la vida pueden ser clasificadas únicamente como blancas o negras; por lo general, todas tienen más bien algún matiz del gris. En el caso que nos ocupa, la idea es aplicable en el sentido de que, tratándose del problema doméstico que plantea la aparición de un comportamiento travestista en el marido, ni el punto de vista de éste, ni el de su mujer, suelen ser del todo correctos; tampoco sería deseable, en aras de la armonía del hogar, que “venciera” una u otra posición. Aun en caso de que la esposa consiguiera imponer su voluntad y restringiera las actividades de su marido, comprobaría, a la larga, que no había “ganado”. No solamente habrá fracasado en su afán por eliminar el deseo (sólo lo habrá confinado a la clandestinidad), sino que habrá “perdido” en otros campos mucho más importantes para ella. Es imposible prohibir a alguien que haga lo que desea intensamente hacer sin provocar resentimiento y antagonismo en la persona reprimida. Tales sentimientos en el marido deteriorarán gravemente la fe, la confianza y el amor que sienta por su esposa, lo cual tendría que ser mucho más importante para ella que la conducta travestista que había intentado reprimir.

Al mismo tiempo, el marido puede llegar a ser “vencedor” al obligar a su esposa a aceptar su conducta travestista contra su voluntad. En tal caso, podría decirse que él ha ganado la batalla, pero que ha perdido la guerra, porque, aunque haya obtenido la satisfacción momentánea de sus deseos, al mismo tiempo es probable que haya destruido algo mucho más precioso: el amor, el respeto y la admiración de su mujer. El meollo de la cuestión es, por lo tanto, que ambos deben darse cuenta que, al aparentemente ganar uno u otro, en realidad se está sufriendo una pérdida aún más importante. Cuando tal es el caso, el procedimiento aconsejado por el sentido común, por el amor y por la consideración al criterio del otro, estriba en consensuar un razonable y satisfactorio término medio al respecto. Para el autor, es de desear que, al colocar abiertamente ambos lados de la cuestión, de modo que puedan ser claramente examinados, aquellas parejas que no hayan conseguido llegar a un acuerdo, puedan hacerlo de esta manera. Si, gracias a la lectura de este libro, tan sólo algunas parejas consiguiesen obtener este buen resultado, habrá valido la pena todo el tiempo, todo el esfuerzo y todas las esperanzas que se han invertido en su realización.

Porque, después de todo, ¿qué es un matrimonio? Ciertamente es algo más que un simple contrato legal y religioso que permite (y, a veces, obliga) a dos personas de sexos opuestos a cohabitar y a procrear. Ambas funciones pueden ser ejercidas, y de hecho a diario lo son, por personas que soslayan esas ceremonias. No, para ser verdadero, vital, duradero y una experiencia que enriquezca nuestras vidas, el matrimonio tiene que superar la condición de simple contrato legal o religioso e incluso, rebasar hasta los límites de la simple fascinación sexual. Tiene que ser una corriente, mutuamente aceptada y deseada, de atracción física, de respeto y de intereses comunes, de lealtad, interdependencia, consideración, aprecio, compañía y reconocimiento recíproco de los deseos y necesidades del otro, de sus limitaciones y de su individualidad. Todo ésto, en suma, puede reducirse a una sola palabra: “AMOR”.

Si uno desea que su matrimonio tenga un verdadero éxito, en toda la extensión de la palabra, es necesario aceptar todos estos factores. Un convenio matrimonial de tipo contractual es apenas un poco más que una transacción de negocios en la que el hombre entrega una parte de sus ingresos a cambio de los servicios de una mujer experta en las tareas domésticas. Sobre esta base, ninguna de las partes de semejante sociedad de

negocios estará suficientemente motivada para ser tolerante con la idiosincrasia de su contraparte. En un auténtico matrimonio, un matrimonio basado en el amor, siempre hay un gran acopio de motivación para conducirlo al éxito; hay un alto nivel de respeto hacia las necesidades y problemas individuales del otro; una genuina preocupación por la tranquilidad espiritual y la felicidad del cónyuge, y, en suma, cada uno obtiene un verdadero gozo de la felicidad y alegría del otro. Más aún, todo esto tiene que ser voluntario, no impuesto. Nada, como la exigencia, elimina y neutraliza la buena voluntad. La imposición forzosa de la opinión de una de las parte, tarde o temprano conduce al fracaso de una hermosa relación.

El tema de este libro gira en torno a un patrón de conducta específico por parte del marido y a la consecuente reacción de su esposa. Una mujer casada que esté suficientemente motivada para construir un matrimonio feliz estará dispuesta a invertir cualquier esfuerzo que sea necesario para lograrlo; no obstante, en los casos en que se requiere de comprensión, estará desvalida si no cuenta con un mínimo de información y de conocimiento que le sirva de base a tal entendimiento. Todos los maridos travestistas intentan transmitir tal conocimiento, pero sus mujeres tienden a descartar esas explicaciones considerándolas burdos pretextos, racionalizaciones y auto-justificaciones. Como en la mayor parte de los casos que implican conflictos domésticos graves, las personas involucradas rara vez tiene la capacidad para resolverlos por sí mismas. Por lo general, la solución requiere de la intervención de algún tercero cuyo opinión sea emotivamente ajena a la relación de los cónyuges. El propósito de este libro estriba entonces en la intención de proporcionar objetivamente dicho conocimiento, así como ilustrar, por medio de sus cartas, la forma en que otras personas han resuelto esta situación cuando ha llegado a presentarse en sus vidas. Conmino entonces enfáticamente al lector de estas páginas a que se despoje provisionalmente de sus prejuicios e ideas preconcebidas, ya sean de orden religioso, moral, familiar, social, etc., mientras examina con amplio criterio el material presentado en este libro. Al cabo de su lectura, puede el lector, por supuesto, estar en desacuerdo y hasta condenarlo, si así lo juzga conveniente; pero antes conviene que dé a su inteligencia una justa oportunidad de considerar esta situación abiertamente. Si el lector es capaz de hacerlo y así procede, puede ser que advierta que su lectura le puede proporcionar medios para insuflar una nueva vida, un nuevo espíritu a su matrimonio, como sólo al principio de su reacción pudieron haberse dado.

Esto es un reto, ¿está usted dispuesto a aceptarlo?

* * *

P R E F A C I O

El tema del travestismo es vasto y complejo; es difícil incluso saber por dónde comenzar a tratarlo. Puesto que este libro pretende principalmente contribuir a la comprensión del fenómeno por parte de las esposas, parientes y demás personas allegadas, es conveniente enfocar el tema desde las perspectivas que mayor preocupación les causan. Sin embargo, muchos otros lectores de estas páginas bien pueden carecer de una idea muy clara de esta situación, por lo que resulta conveniente detenerse brevemente a exponer, en términos generales, esta tendencia antes de profundizar en los aspectos que más preocupan a las esposas y familiares.

El autor ha dictado innumerables conferencias sobre el tema en clubes de servicio, academias médicas y otros grupos de discusión. Puesto que el formato de tales eventos, cuyo tiempo disponible no suele ser suficiente para tratar a fondo todos los aspectos de la cuestión, se publicó un folleto con la intención de exponer el tema de manera general. Esta publicación expone la cuestión a grandes rasgos y constituye un buen punto de partida para la ulterior discusión más detallada de sus distintos aspectos. Tal vez, por tanto, convenga dar principio a esta obra incluyendo el contenido de ese folleto. No se pierda de vista, sin embargo, que ese breviario fue preparado para un público general, buena parte del cual probablemente nunca antes haya siquiera oído el término “travesti”. Puesto que muchos de los lectores de este libro están naturalmente más familiarizados con el tema, en cierta forma considerarán demasiado elementales algunos conceptos básicos expuestos en esta primera parte.

PRIMERA PARTE

INTRODUCCION AL TEMA DEL TRAVESTISMO O FEMINOFILIA

El travestismo (feminofilia o conducta transgénérica) es la expresión de una forma de comportamiento y personalidad que se caracteriza por el deseo de vestir ropa propia del sexo opuesto. La palabra proviene del latín: trans, que significa “moverse a través”, y vesta, “ropa, atuendo”; es decir que, etimológicamente, la palabra travestismo significa “vestirse con la ropa del otro”. Suele usarse como sinónimo también el término “eonismo”, palabra que proviene del nombre del Caballero d’Eon, un noble de la corte de Luis XV de Francia, quien, disfrazado de mujer, llevó a cabo misiones diplomáticas encomendadas por su rey.

Debido a que el término “travestismo” suele aplicarse indistintamente a toda conducta que implique el vestirse con prendas del sexo contrario, sin hacer distinciones con respecto a sus motivos o propósitos, se forjaron las palabras “feminofilia”, para la condición, y “feminófilo”, para la persona que la adopta; significan “gusto por lo femenino” y se aplican a las personas cuyo interés se reduce únicamente a asumir el rol de género femenino y no a su conducta sexual.

Aunque, en teoría, el fenómeno del travestismo (feminofilia) podría presentarse en forma evidente en ambos sexos; en la práctica, únicamente representa un problema para los varones. Las mujeres pueden vestir abiertamente, y de hecho lo hacen, prendas masculinas sin que ello repercuta en una reprobación social que frustre su gusto por hacerlo y, en consecuencia, no plantea el menor problema. Sin embargo, es socialmente incomprensible la motivación que pueda hallarse en el fondo de equiparable conducta en el varón y se suele identificar o, por lo menos, relacionar con la homosexualidad y, por lo tanto, se estigmatiza dicha conducta, obligando a los feminófilos a refugiarse en una especie de “clandestinidad”.

El deseo de algunos hombres de vestir las bonitas y delicadas prendas de las mujeres no es un problema exclusivo de nuestra cultura ni de nuestra época. Es un fenómeno que se ha presentado desde la antigüedad hasta el presente y ha tenido adeptos en todas las culturas y formas de vida. En numerosas sociedades primitivas, el varón que decide abandonar su papel masculino para vivir su vida de una manera femenina es considerado muy favorablemente como persona sabia y de extraordinarios poderes. En Japón, los célebres actores del teatro Kabuki que se especializan en la representación de los personajes femeninos, son entrenados desde su más tierna infancia

y, con frecuencia, viven como mujeres para conservar la “sensibilidad” que exige su actuación. Y los japoneses lo consideran perfectamente normal.

En cambio, en nuestras culturas occidentales, la sociedad adopta los siguientes postulados falsamente lógicos: 1) Todos los homosexuales son afeminados (en realidad sólo algunos lo son); 2) La homosexualidad es inmoral y mala, por lo tanto, 3) CUALQUIER macho que se incline por objetos femeninos es probablemente homosexual, inmoral y malo. Puesto que tanto las premisas básicas, como la conclusión son falsas, se ha hecho mucho daño a mucha gente como consecuencia de esta clase de razonamientos.

En la actualidad se consideran por lo menos cinco diferentes maneras por las que los travestirse diferencias de los homosexuales:

1) El travestismo es la expresión de una personalidad estrictamente individual, mientras que la actividad homosexual requiere de dos personas. Por lo tanto, los homosexuales tienen que revelar sus inclinaciones, mientras que los travestistas no, de modo que pueden mantener secretas sus actividades.

2) En la práctica, ningún travesti aconsejará, inducirá o influirá para que otra persona adopte el travestismo. Conoce el oneroso precio a pagar y lo ha padecido lo suficiente como para deseárselo a otra persona. En cambio, la mayor parte de los homosexuales no duda en inculcar e iniciar a otras personas en sus prácticas.

3) La persona homosexual todo el tiempo es como es, de día y de noche, su personalidad se mantiene constante. Un travesti, en cambio, alterna sus personalidades: como varón, es masculino y se comporta como tal; pero su otra personalidad es femenina y, como tal, en gran medida olvida su vida como hombre.

4) Muchos homosexuales, aunque de ninguna manera la totalidad, adquieren modales de alguna forma afeminados (incluso durante sus actividades de tipo masculino); ésto les resulta necesario puesto que ellos, en efecto, están asumiendo por completo el papel femenino. En cambio, el travesti, nunca muestra un comportamiento femenino durante sus actividades como varón. No lo necesita ni lo intenta. El travestista, de hecho, vive dos personalidades.

5) Hay que considerar también el aspecto motivacional. El travesti adopta un atuendo femenino como expresión de su personalidad interna; mientras que el homosexual de los llamados “locas” lo hace para provocar un efecto externo, o sea, para atraer a otros machos con propósitos sexuales y para reducir la culpabilidad de ambos.

Estos cinco factores de diferencia son mucho más importantes para distinguir estas dos formas de comportamiento que la similitud única que pueda haber entre ellas, es decir, que algunos (de ninguna manera todos) homosexuales también se inclinan por la adopción del vestido femenino.

Nunca insistiremos demasiado en la importancia de distinguir claramente al homosexual del travestista, quien es un varón heterosexual cuyo objeto afectivo es la mujer. Si bien ésta es una distinción básica, no siempre resulta perceptible para un observador externo. Sin embargo, las estadísticas demuestran, en el Informe Kinsey, una

proporción de incidencia de conductas homosexuales relativamente menor entre los travestistas que la que se manifiesta con respecto a la población general.

¿Cuáles son las causas de esta necesidad? Se sugieren varias posibilidades. Los motivos que con mayor frecuencia aparecen en la literatura médica incluyen los siguientes: a) por la conducta de los padres que, habiendo deseado tener una niña, crían como tal a su hijo varón; b) por ataviar a un chico con vestidos femeninos y bucles hasta una edad avanzada; c) por obligar a un muchacho a vestir ropa de niña como castigo; d) por ausencia de una figura paterna adecuada a la cual emular, o, por último, e) porque un padre, cuya excesiva exigencia de manifestaciones de masculinidad por parte de un hijo con tendencias intelectuales, sensitivas o artísticas, empuje a éste a buscar refugio en una feminidad que lo hace sentirse más seguro.

Sin embargo, puesto que, por una parte, no todos los chicos que han vivido esas experiencias se vuelven transgénicos ni, por otra, todos los travestistas las incluyen en sus biografías, podemos inferir que hay otras y más profundas razones para el travestismo. Plantearemos brevemente algunos de estos factores diferentes.

A) La necesidad de adquirir las cualidades y experiencias de lo bello: el hombre moderno idealiza a las mujeres y las hace depositarias de todo aquello que es bueno, verdadero y deseable. Las chicas, como dicen las canciones infantiles, están hechas de miel, de especias y de todo lo que es agradable. Algunos varones sienten el deseo de tener una idea semejante de ellos mismos y que los demás los consideren de la misma manera que ellos consideran a las mujeres. Estas “ventajas” y “cualidades” no pueden ser expresadas vestidos con un atuendo masculino porque estarían fuera de lugar; pero, en cambio, con ropas femeninas resultan perfectamente naturales. Vestidos de mujer, son capaces de experimentar lo bello y de gozar de las satisfacciones que proporciona y, así, identificarse con el objeto de su amor: la mujer.

B) La necesidad de acicalarse y de expresar su personalidad: En la mayor parte de las especies, el macho es más bello que la hembra. Así sucedía también con el ser humano en la antigüedad; pero nuestra cultura contemporánea coarta severamente la expresión de este natural deseo por parte de los hombres. La ropa masculina suele ser oscura, pesada, tosca e insulsa. Es casi un uniforme, ya que hay poco margen de variación para diferenciarse de la muchedumbre por medio del color, el corte o el estilo. Así pues, algunos varones descubren que pueden satisfacer sus deseos naturales al ingresar en el universo femenino del color, las telas, el estampado y el diseño.

C) Relajamiento de las exigencias de la masculinidad: No todos los hombres están psicológica o espiritualmente capacitados o interesados en comportarse con la agresividad, prepotencia o poderío, ni a exhibir otras características semejantes o bien a manifestarlas a los niveles que la sociedad considera adecuados para el ideal masculino. Socialmente se espera que un varón haga determinadas cosas y sea de determinado modo, pero muchos hombres no quieren hacer eso ni ser así. Muchos aspectos de la personalidad masculina están forjados por la necesidad de tener éxito, de conseguir un ascenso, de cerrar un negocio, de impresionar a sus superiores, etc. Pero muchos no consiguen relajarse realmente y ser como verdaderamente quieren ser en su interior. La eventual sustitución de lo masculino por lo femenino proporciona la travesti un descanso de tales exigencias puesto que el papel de la mujer es idealmente pasivo, condescendiente, complaciente. No hay relajación comparable a la de transformarse en otra persona, particularmente si es del género opuesto. El golf, el boliche, la cacería, el

bridge, etc., todas aquellas actividades que los caballeros emprenden con el propósito de relajarse, son incomparablemente inferiores al total abandono del propio ser cotidiano para convertirse en otro sumamente distinto. Esto no significa que el ser íntegro y completo del travestista sea totalmente femenino, sino más bien que es incapaz de manifestar la totalidad de su ser verdadero portando ropas masculinas debido a las exigencias y limitaciones que la sociedad impone al hombre y que, en cambio, el atavío femenino le proporciona un medio de expresión de esos aspectos reprimidos de su personalidad.

D) Alivio de las expectativas sociales: Cada uno evoluciona hasta convertirse en un cierto tipo de persona que manifiesta determinadas características. Son los demás quienes orientan nuestra formación en tales términos. Es por ello que siempre nos sentimos obligados a “estar a la altura” de la imagen desarrollada por nosotros mismos de nosotros mismos. Es igualmente cierto que, de vez en cuando, esté fenómeno se debilita y entonces deseáramos “ser” otra persona, con una diferente configuración de sus expectativas. La mayor parte de la gente es incapaz de alejarse de sí misma; el transgénico es capaz de hacerlo por la vía de su ser femenino.

Estos cuatro factores están presentes en algún grado en todos los hombres, aunque su presencia no pueda ser demostrada. Por lo general, quienes descubren estos factores lo hacen durante su adolescencia; pero, a veces, no es sino hasta la madurez, con motivo de alguna situación carnavalesca, de una parodia de boda o de alguna otra circunstancia festiva semejante, cuando se encuentra el pretexto para acicalarse con galas femeninas. En tales casos, si la persona es de naturaleza sensitiva y sus tendencias se encuentra próximas de la superficie de su personalidad, percibirá por primera vez su naturaleza y comprobará las satisfacciones que puede esperar de tal conducta. A partir de entonces, deseará repetir la experiencia y volver a disfrutar de la satisfacción que le proporciona: se convertirá en travestista, aunque tenga que mantener secreta su tendencia debido a que también le provoca sentimientos de culpabilidad y de miedo.

¿Qué nos dice la medicina acerca de este fenómeno? Probablemente basten tres citas para ilustrar sus criterios actuales al respecto.

El Dr. Alfred Eyres (en Dis. Nerv. Syst., No.21, p.50, de Enero de 1960) declara: “Una terapia efectiva, ya de por sí ardua y difícil para tratar cualquier desorden de la personalidad, en este caso [del travestismo] resulta prácticamente imposible. Lo indicado, sin duda, es un enfoque terapéutico que alivie los síntomas, las tensiones y las incomodidades, que estimule una mejor adaptación”. Resulta evidente que la comprensión es la base sobre la cual se puede sustentar la adaptación; comprensión tanto por parte del propio travesti, como por la de aquellos que lo rodean.

Los Dres. Bowman y Engle (Amer. Jour. Psych., No.113, p.581, 1957) afirman: “Es generalmente aceptado que toda clase de psicoterapias son ineficaces [para tratar el travestismo]. Por lo tanto, hasta el momento no se ha reportado ningún caso de tratamiento exitoso.”

Los Dres. Walker y Fletcher, en el libro “Sex and Society” (Pelikan Books) manifiestan: “Cuando los doctores apenas son capaces de hacer tan poco por sus pacientes como nosotros, médicos, podemos hacer en el caso del travestismo, tal vez sería mejor para que invirtiéramos nuestros esfuerzos en otra dirección. En lugar de tratar a los propios pacientes, tal vez sería mejor tratar a la sociedad que hace tan difícil la vida

de estas infortunadas personas”. Con estos criterios en mente, observemos la actitud de la sociedad.

Es generalmente aceptado que ningún hombre es 100% masculino ni mujer alguna es 100% femenina. Siendo así, todo varón tiene cualidades femeninas que requieren expresión y cualquier mujer tiene cierta agresividad, tendencias de dominación, etc. en varias de sus actividades, pero, en su caso, le es permitido ataviarse de la manera más adecuada para realizarlas. Es así que contamos con mujeres militares, mujeres policías, conductoras de autobuses, remachadoras, mensajeras motociclistas, etc. En todos estos casos, ellas visten ropa evidentemente masculina que resulta adecuada y deseable para satisfacer tanto sus exigencias internas propias, como las impuestas por tales actividades.

Sin embargo, en el caso del varón que pretenda expresar sus cualidades femeninas como su ternura, su ausencia de agresividad, su capacidad de compasión o bien su gusto por el color, el diseño y la belleza o sus talentos artísticos o domésticos, será mal visto o será objeto de burla y escarnio. Una persona así llegará a sentirse completamente inadecuada al manifestar este aspecto de su personalidad vestido con pantalones. De esta modo, así como la mujer que conduce un autobús puede armonizar sus deseos íntimos con las condicionantes impuestas por su trabajo, gracias a que viste un atuendo masculino; el varón que intenta expresar su personalidad y liberar el aspecto femenino de su ser, podrá lograr mayor armonía vistiéndose de mujer, aplicándose maquillaje y calzando zapatillas de tacón alto, etc., que usando pantalones. Es por eso que él adopta atuendos femeninos, maquillaje y bisutería para permitir que su lado femenino “viva”. Ataviado de esta manera, sus sentimientos y patrones de conducta que resultan inapropiados para una persona viril, se tornan aceptables y pueden ser expresados. El hombre tiene tanto derecho como la mujer a la emancipación y a la libre expresión.

Es importante poner énfasis en que así como la mujer que conduce un autobús es perfectamente capaz de ser una buena esposa y una buena madre en cuanto termina su trabajo y vuelve a vestir su ropa femenina; el varón travestista no sacrifica ni pone en peligro su masculinidad como consecuencia de sus ocasionales conductas transgénicas. Las esposas y los parientes que consiguen entender este hecho, descubrirán que el varón que así se comporta se convierte en un ser humano con una capacidad de comprensión mucho más amplia, profunda y sincera gracias, precisamente, a su “doble género”. de la que de otra manera podría tener.

En nuestra cultura, el hombre común está muy a la defensiva con respecto a toda manifestación o sospecha de feminidad. No obstante, en todos y cada uno de ellos hay un cierto grado de feminidad. Aquellos hombres que toman consciencia de esta circunstancia, que aprenden, sin culpabilidad, a aceptar el lado más tierno de su naturaleza, ya sea por medio del travestismo o de alguna otra forma, por lo general se vuelven mejor integrados, más seguros y más íntegros como seres humanos, por el hecho de haber actuado así. Ellos dejan de estar en conflicto con una parte de sí mismos y de ser hipersensibles a las opiniones de los demás.

¿Qué son los travestis? ¿cómo podemos saber que alguien lo es? ¡La respuesta es que no es posible saberlo! Los travestistas no salen a las calles admitiendo a voz en cuello sus tendencias. Las guardan en secreto debido a su miedo al ridículo o a las acusaciones de homosexualidad. No sería posible detectar a simple vista a una persona transgénica porque, en promedio, se trata de un hombre casado, por lo general es un padre y está bien integrado a la sociedad. Es eficiente y adecuado en el campo de sus relaciones de

trabajo y, desde cualquier punto de vista, resulta ser “un buen tipo”. Sin embargo, muchos hogares se han deshecho y muchas relaciones entre el padre y los hijos han sido gravemente afectadas debido al descubrimiento o revelación de las conductas transgénicas del marido, del hijo, del hermano, del padre o del amigo. Cuando las personas no tienen suficiente información, es imposible que sepan cuál es el fondo del problema y lo comprendan. Y cuando no lo entienden, se sienten temerosos e inseguros, y, teniendo miedo, se tornan crueles. Así es la vida. Ahora bien, la razón de ser de este libro es que el conocimiento y la comprensión puedan revertir esta cadena.

Entiéndase que no se pretende difundir el travestismo, sino paliar los muchos sufrimientos infligidos por la sociedad en virtud de su reacción tan excesivamente represiva, debida simplemente a su falta de comprensión de la verdadera naturaleza de la persona transgénica y a que la ha confundido con otros patrones de conducta. Es de desear que esta discusión amplíe el horizonte del conocimiento y de la comprensión de aquellos que la lean y que amplíe su consciencia de las complejidades del animal humano quien, como un iceberg, con frecuencia tiene una mayor existencia por debajo que por encima de la superficie. Esta consciencia nos volverá más comprensivos y tolerantes para con nuestros congéneres.

* * *

SEGUNDA PARTE

LOS PROBLEMAS DE LA ADAPTACION Y DE LA COMPRESION

1. LOS DOS LADOS DEL PROBLEMA

Antes de que un árbitro o negociador intervenga en una situación problemática para resolverla, es necesario que ambas partes tengan la oportunidad de exponer su punto de vista y ofrecer sus argumentos. La intención de este libro es la de ayudar a los maridos y a las esposas que confrontan una situación de travestismo. Mientras que, para los participantes, cada situación parece única, en realidad el problema, así como sus pros y sus contras, son semejantes en gran medida en una u otra familia. Es por ello que hemos seleccionado sendas cartas para cada parte, de las muchas recibidas, y que presentamos como punto de partida de nuestra discusión, aclarando que las dos no provienen de la misma familia. Cada una de las cartas plantea las respectivas posiciones con tal claridad que todo marido o toda esposa que enfrente este problema podrá identificarse con alguna de las misivas. Consideremos en primer término como plantea su situación el propio travesti.

Querida Virginia:

Le escribo esta carta con el corazón henchido tanto de esperanza como de miedo. Encontré un ejemplar de su revista TRANSVESTIA en un puesto de periódicos y lo compré con sentimientos confusos debido a que antes había adquirido publicaciones deplorables que sólo proporcionan satisfactores espurios para la soledad y los deseos que todo travestista siente. Temía que TRANSVESTIA fuese uno más de esos intentos comercializados, cuya única finalidad es lucrar con mis esperanzas, pero que nada me dan a cambio. Pero como parecía más genuina que las demás, decidí probar suerte. ¡Qué bueno que lo hice! Me bastó con abrir la portada para darme cuenta de que, por fin, había encontrado MI revista, una revista escrita para mí y para personas como yo. No dejaba de sorprenderme que una revista así pudiera existir. Lo que quiero decir es que, por años, pensé que yo era el único o, por lo menos, uno de los escasísimos hombres en el mundo que gustaba de vestir ropa femenina. Así que me sorprendió saber que había miles más que tenían inclinaciones semejantes a las mías. El bienestar de sentirme al fin “en casa”, rodeado de mis semejantes fue una sorpresa abrumadora después de tantos años de deambular yo solo. Supongo que usted habrá escuchado lo mismo cientos de veces antes, pero yo casi rompí en llanto al sentirme totalmente relajado al saber que no estaba solo. Y quería escribirle cuanto antes para manifestarle cuán feliz me ha hecho su revista. Debo confesarle, sin embargo, que me siento al mismo tiempo un poco temeroso al escribirle porque usted es la única persona a quien, en toda mi vida de adulto, le he confesado mi

travestismo. Hubo una niñita con quien yo jugaba en mi niñez que sabía que me gustaba ponerme su ropita y jugar con ella como si yo fuera otra niña. Solíamos hacerlo con frecuencia cuando nuestros padres estaban ausentes. Pero yo he ocultado mi secreto desde entonces. El simple hecho de saber que en el mundo hay una persona con la que puedo hablar de esto significa mucho para mí y quiero agradecerle por ello.

Pero tal vez usted quiera saber algo acerca de mi persona. Para empezar, tengo alrededor de 35 años y llevo unos doce años de casado, tenemos dos hijos, un chico de 10 años y una niña de 8, a quienes quiero entrañablemente. También amo a mi esposa, pero en eso estriba mi gran problema. Nunca le hablé acerca de “Linda” (el nombre de mujer que escogí para mí) antes de que nos casáramos porque, en primer lugar, creí que Linda quedaría enterrada en el pasado después de nuestro matrimonio y, en segundo término, porque sabía que mi esposa no entendería mi problema y temía perderla. Como es natural, nada en el mundo quisiera más que conseguir que la mujer que amo llegase a comprender la totalidad de mi ser y no sólo una parte. Su comprensión nos acercaría mucho más, pero esperarla sería esperar demasiado.

Pues bien, nos casamos y yo traté de olvidar a Linda. Lo conseguí durante los primeros meses; pero, poco a poco, el deseo de vestir prendas femeninas se fue haciendo más y más imperativo. El hecho de mirar a mi esposa desfilando por la casa vestida con sus lindos trajes no me facilitaba las cosas. Me imagino que así sucede siempre, pero paulatinamente comencé a ponerme una de sus prendas, luego otra, aprovechando los momentos en que ella estaba ausente, hasta que, finalmente, terminé por vestir casi toda la ropa de ella que me quedaba, además de las zapatillas de tacón alto, el sostén y la faja de mi talla que había adquirido especialmente para mí y que escondía en una caja en la cochera.

Pero, desgraciadamente, un día sucedió. Yo me había vestido de pies a cabeza y me había arreglado y estaba disfrutando plenamente de mi apariencia. Mi esposa había llevado a los niños a pasar el día con su abuela y, después de almorzar, tenía planeado asistir a un espectáculo con una de sus amigas. Así que yo creí disponer de todo el día para mí. Pues bien, el mundo se me vino encima como a las dos de la tarde cuando, inesperadamente, ella se me presentó. Yo estaba lavando los platos de mi almuerzo en el fregadero, con un coqueto delantalito de encaje. El ruido del agua me impidió oír la llegada de su auto y, cuando me di cuenta, ella ya estaba en la puerta de la cocina, boquiabierta por la sorpresa, ambos —créame—incapaces de decir nada. Nunca en mi vida me había sentido más avergonzado. Hasta el día de hoy no tengo ni la menor idea de lo que pude haber dicho o de qué manera intenté explicar la situación, supongo que tal vez argüí una especie de broma particular, un experimento para saber qué se sentía vestirse de mujer, caminar en tacones altos. No debe haber sido una explicación muy convincente; yo me escapé a toda velocidad y subí a cambiarme de ropa de inmediato. Ese día, no volvimos a mencionar el incidente; pero, a partir de entonces, muchas veces ha vuelto a salir y mucho hemos discutido al respecto. Ella me ha acusado de toda clase de cosas de las que no me siento culpable; me ha amenazado con la separación, con quitarme a nuestros hijos, con denunciarme con nuestros padres, y con toda clase de sanciones. Me ha destrozado la vida, pero no ha conseguido ni destruir mi amor por ella, ni tampoco mi necesidad de expresarme por medio de mis prendas femeninas. En la actualidad, la única posibilidad que tengo para manifestarme es inventar como excusa que tengo que emprender “viajes de negocios” fuera de la ciudad. Entonces, por unas cuantas horas, en el cuarto de algún motel, mis vestidos arrugados, mi lencería, mis zapatillas, etc. escapan de su escondite y me conceden un momento de respiro y de reorganización de mí mismo.

Virginia, ¿porqué las mujeres pueden ser tan duras, tan poco comprensivas? Yo me considero un buen proveedor, un buen esposo, un buen padre y creo que he cumplido perfectamente con todas mis responsabilidades de hombre. Ella muchas veces me ha llamado “invertido” y me acusa de ser como Christine * y de tener la intención de cambiar mi sexo. Dice que ella se casó con un hombre y no con otra mujer. Piensa que estoy loco y que debo consultar a un psiquiatra. A propósito de psiquiatra, hace años, consulté a uno por iniciativa propia; pero me parece que él sabía menos que yo acerca del travestismo. Yo, por lo menos, he tenido acceso a las bibliotecas durante mis años de estudio en la universidad y, por supuesto, he leído cuanto texto sobre el tema ha caído en mis manos. El psiquiatra que consulté insinuó que yo tenía tendencias homosexuales latentes y ese tipo de cosas. Para mí, todo eso fue un simple despilfarro de dinero. ¡Qué demonios! Yo sé que los hombres no me interesan sexualmente; tal vez sea incapaz de probarlo ni al psiquiatra ni a nadie, pero sé muy bien lo que yo siento en mi interior. ¡Amo a las mujeres! Las amo al grado de querer ser una de ellas, de poder ingresar a su mundo. Hasta donde logro entenderlo, un homosexual no se interesa en las mujeres, ni sexualmente ni de ninguna otra forma. Tampoco pretendo ser como Christine ni cambiar de sexo quirúrgicamente. No tengo la intención de renunciar a mi masculinidad o sacrificar las satisfacciones que me proporciona mi condición de hombre. Simple y llanamente hay un lado de mi personalidad que no consigo manifestar cuando asumo mi papel de varón.

Tampoco estoy loco. Me recibí, con muy altas calificaciones, en Ciencias Físicas en la Universidad Estatal. Considero que he tenido un buen desempeño en mi trabajo. Soy Director de Proyectos en una compañía aerospacial con quince subordinados a mis órdenes y creo que casi todos mis tornillos están bien apretados.

Me intriga que una mujer pueda beber, fumar, apostar, maldecir, ensuciarse, hacer un trabajo de hombre si lo desea, ponerse pantalones —no sólo pantalones de mujer, sino de hombre, con bragueta y todo—, camisas, botas y todo lo demás... y nadie se sorprende; en cambio, basta que un hombre se ponga una falda o pretenda ponerse unas pantaletitas de nilón color de rosa para que desencadene un escándalo de todos los diablos. No me parece razonable ni justo. ¿Por qué las mujeres son incapaces de darnos una oportunidad equitativa? Lo único que quieren es poder hacer lo que les venga en gana y que nosotros, los hombres, nos matemos trabajando para ganar el dinero que les permita hacer su voluntad. No me malinterprete: amo a mi esposa y amo a mis hijos, de ninguna manera deseo perder a ninguno de ellos, pero —¡demonios!— quisiera recibir un poco de amor en reciprocidad. En mi opinión, el amor no es sólo el resultado de corresponder a las ideas que el otro tiene de uno. El amor es la consideración por la pareja, el deseo de estar con ella, el aprecio que uno siente por esa otra persona, es decir, todo aquello que nos permite tolerar sus defectos gracias al reconocimiento de sus cualidades. Mi mujer tampoco es perfecta (a pesar de que ella no tome en consideración este punto) y tampoco está a la altura de mis expectativas a su respecto, pero la aprecio lo suficiente como para pasar por alto sus deficiencias. Sólo desearía sentir que ella me ama lo suficiente como para tratar de entenderme a mi TAL COMO SOY y no que trate de exigirme que sea como ella me imagina o como ella quisiera que yo fuese.

Bueno, Virginia, ya me he quejado bastante. Me parece que he abusado, pero nunca antes había tenido a nadie con quien hablar de mí. Mi mayor deseo sería que Dorothy, mi mujer, consiguiera conocer y entender a Linda. Si se me concediera, valdría la pena vivir;

* Christine Jorgensen, uno de los primeros transexuales reasignados quirúrgicamente, cuyo caso tuvo resonancia mundial a principios de la década de los '60 (N. del Ed.)

pero tal vez esté esperando demasiado. Es doloroso que no podamos compartir una porción de nosotros mismos y de nuestra vida precisamente con la persona que uno ha elegido para compartir nuestra vida. Esto convierte en un fraude, por lo menos hasta cierto punto, todo el compromiso matrimonial puesto que uno se compromete “para bien y para mal” y también a “amar, honrar...” y todo lo demás. ¿Qué clase de amor es ese que dice: “¡Amo ésto en ti, pero aquello no!”, cuando “aquello” resulta ser precisamente una de las partes esenciales de uno; es más, cuando justamente “aquello” es, en realidad, el principal factor que ha hecho de uno la clase de persona que, en su momento, la convenció lo suficiente como para formar una pareja.

Puede ser que todo esto resulte un poco confuso, pero lo que quiero decir es que la parte de mí que yo llamo Linda es la que me hace ser amable, tierno, considerado y solícito. Ella aprecia estas cualidades y lo ha reconocido, pero se niega categóricamente a tener algo que ver con Linda.

Bueno, le quedo muy agradecido por su atención; agradecido simplemente por estar ahí.

Con aprecio.

Linda

* * *

Al Director de Transvestite Magazine

Estimado(a) Señor(a) (según sea el caso):

Soy la esposa de un travestista o “TV”, como usted los llama y, me parece que sería conveniente que Usted supiera algo del problema planteado desde el punto de vista de una esposa, por eso me permito expresarle mi opinión al respecto.

Antes de que John y yo nos casáramos, lo había visto vestido de mujer un par de veces con motivo de fiestas de disfraces organizadas por la iglesia y otros grupos sociales a los que pertenecíamos. Estos eventos eran de simple diversión y todos estábamos disfrazados de alguna manera; así que su presencia en traje femenino caía dentro del espíritu de la fiesta. El parecía encontrarse perfectamente a gusto con su ropa y se las arreglaba para caminar en tacones altos con mayor facilidad de la que cabría esperar de una persona desacostumbrada a usarlos. Sin embargo, yo no le di mayor importancia a todo esto, excepto al detalle de que él personificaba a una chica muy atractiva y a que todo el mundo la estaba pasando muy bien. Nos casamos un año más tarde y todo marchó muy bien durante algún tiempo; pero, un buen día, John me preguntó si podía ponerse una de mis pantaletas porque todos sus calzoncillos estaban lavándose. Accedí entre risas y le arrojé unos panties de encaje y en broma le pedí que me mostrara cómo se veía cuando se los pusiera. Creo que algo recordé de sus disfraces, porque recuerdo que me devolvió una mirada irritada, pero no hizo ningún otro comentario sobre el asunto y olvidamos el tema. No volví a recordar mis pantaletas y él no me las devolvió. Supongo que las lavó y las secó en secreto porque, tiempo más tarde, las encontré, perfectamente dobladas, entre sus cosas en un cajón de su escritorio.

Esa noche, cuando regresó a casa, le dije que las había encontrado y le pregunté por qué se las había quedado y no me las había devuelto. El se puso muy nervioso y se ruborizó muchísimo, lo que me hizo sospechar que algo sucedía. Lo presioné hasta vencer su resistencia y hacerlo confesar todo. John se había vestido de mujer, más o menos desde que era niño, con ropa de su madre y de su hermana; por esa razón, actuaba con toda naturalidad como chica durante aquellas fiestas de disfraces. Confesó que le encantaba vestirse de chica y que se sentía muy infeliz e irritable si no podía hacerlo. Me dijo que, ese día, me había pedido mis panties como último recurso y que estaba tan encantado de poder conservarlos que le había sido imposible devolvérmelos. Por último, reconoció que, varias veces, cuando los niños y yo habíamos salido, él no sólo se había puesto mis pantaletas, sino otras prendas de mi guardarropa, sumadas a algunas que había comprado especialmente para él, en particular sus zapatillas de tacón alto, pues el calzaba una talla más grande que yo. Me rogó que lo comprendiera y que le permitiera vestirse de mujer de cuando en cuando.

Pues bien, ¡era demasiado! Lo había tolerado vestido de mujer en aquellas fiestas porque eran eventos en los que los disfraces eran aceptables; cosa muy distinta era aceptar que se paseara así, por toda la casa, delante de mí. Un hombre normal simplemente no hace esas cosas. No sé cuál es el problema de John, pero no me gusta nada. No creo que haya muchas mujeres que tengan que confrontar un problema como éste, pero... ¿qué puedo hacer? Obviamente él quería seguir haciendo esa ridiculez y obviamente también yo no podía aceptar que el hombre con quien me había casado, el hombre que yo amaba, el hombre que era el padre de mis hijos (tenemos dos, un niño de ocho años y una niña de seis) se paseara delante de mí, por la casa, vestido de mujer, con la boca pintada, de tacones altos y todo eso.

Quedé entonces sumamente perturbada y las cosas, en vez de mejorar, han ido de mal en peor. A desgana le dije que, si tenía que hacerlo, que lo hiciera; pero que nunca se me presentara en esas condiciones. No quiero ni verlo ni saber nada del asunto. Después de todo, yo contraí matrimonio con un hombre, no con una mujer, y tengo todo el derecho a esperar que mi esposo sea un hombre que se comporte como un hombre. En honor a la verdad, tengo que reconocer que, en lo demás, él ha sido un buen esposo, que ha sido un buen padre para nuestros hijos y que los quiere mucho. Nunca me ha dado motivos para preocuparme porque pueda andar con otras mujeres y tampoco toma.

Pues bien, así pasó como un año. A veces tenía que refugiarme al fondo de la casa para que él pudiera moverse por la sala. Después comenzó a insistir de vez en cuando en que saliera con los chicos a alguna parte y comprendí perfectamente que su intención era poder quedarse a solas con “sus cosas”. También comenzó a pretextar viajes de negocios más o menos cada mes. Siempre eran viajes a ciudades cercanas y, por lo general, de sólo un día. Al principio no sospeché nada; pero, por esas fechas, comenzó a traer toda clase de literatura sobre el travestismo, aunque trataba cuidadosamente de ocultármela. Una vez, sin embargo, olvidó una de sus revista en su mesa de trabajo en la cochera y yo la encontré. Así fue como conocí TRANSVESTIA. La leí de cabo a rabo y, discúlpeme que se lo diga, nunca antes había leído semejante basura: todos esos hombres pavoneándose de faldita, etc. Pero también leí que alguien acostumbraba ir a un motel para ahí vestirse de mujer y eso me hizo sospechar de los “viajes de negocios” de John.

Pues bien, abreviando, discutí con mi marido la cuestión de la revista y tuvo que aceptar que tenía toda una colección; incluso me pidió que leyera algunos números. Yo no quería perder el tiempo leyendo eso, pero insistió en que leyera por lo menos una edición

en particular. Se trataba de un número que incluía un artículo sobre las esposas, firmado por Susanna* en el que calificaba a las esposas de “A” (excelentes) a “F” (desastrosas). Las esposas de las categorías “A” y “B” eran demasiado buenas para ser ciertas, porque no me explico cómo puede aceptar una mujer un comportamiento tan ridículo. La esposa categoría “C” accede al capricho vestimentario de su marido porque reconoce su incapacidad para suprimirlo, pero con la reserva de que, si llegase a presentarse alguna forma de curación, ella insistiría en que él se sometiera a la terapia. Las esposas del tipo “E” y “F”, resuelven drásticamente el problema, la primera, por medio del divorcio, y la segunda reaccionando de la manera más drástica contra toda la situación. En el caso de la esposa categoría “D” —supongo que es la que me corresponde—, Susanna me describió bastante bien. Todo este asunto me repugna. No creo que John tenga tendencias homosexuales: a pesar de que no tengo motivos para suponer que ande metiéndose con otras mujeres, tampoco creo que se interese en otros hombres. Además, tenemos dos hijos y él parece quererlos mucho —tanto como a mí (excepción hecha de cuando surge este asunto de su travestismo)— y, en términos generales, es una persona sumamente cooperativa y considerada. Pero, ¿cómo puedo estar segura de cómo es él realmente? ¿Cómo puedo estar segura de que un buen día él no va a salir corriendo e irse al Africa o algún lugar de esos en donde hacen esas operaciones demenciales de las que uno oye de vez en cuando? Incluso si no hace nada de eso, yo no quiero estar casada con una mujer. A veces tengo la impresión de estar compitiendo con “Jane”, que es nombre que se ha dado cuando está vestido de mujer. Tal vez no estoy siendo tan femenina como John quisiera que fuese o bien no concuerdo con la imagen que John se ha hecho de mí. Tal vez me he descuidado un poco estos últimos años debido al trabajo de la casa y a que hay que estar al pendiente de los niños todo el tiempo.

Pero John debe estar enfermo o algo así para aferrarse tanto a una idea tan loca. Quizás debía yo insistir en que consulte a un psiquiatra. Se lo he sugerido ininidad de veces, pero siempre me reponde que los psiquiatras no entienden lo que un travesti siente y que todo eso no sería más que tirar el dinero por la ventana. Y hablando de tirar el dinero, ¿qué me dice de su guardarropa de mujer, de sus pelucas y todo lo demás?

Incluso si yo aceptara que se vistiera y que me acostumbrara a verlo por la casa de vestido y tacones altos tres o cuatro veces al mes... ¿qué sucedería con los vecinos, con nuestra reputación, con su negocio, con los niños? Todos estos problemas me preocupan también. En realidad, no aguanto más y por eso me decidí a escribirle esta carta a Usted Señor (o supongo que Usted preferiría que la llamara “Srta.” o “Sra.”) Director(a). Usted proclama en su revista que intenta ayudar a los travesistas y a los demás a entender esta condición. Tengo la seguridad que yo puedo servirle de cochinito de indias. He intentado resolver este problema yo misma; John también. Ha hablado y hablado conmigo sobre la situación, pero me doy cuenta de que no hace más que defender su propio caso, pero no me resulta fácil estar de acuerdo con él cuando consigue tener razón; y tengo que admitir, en honor a la verdad, que algunas veces ha tenido razón (¡pero, por Dios Santo, no le vaya a decir que lo he admitido!). Amo a John y a los niños y a nuestro hogar y a todo lo demás y no quiero llegar al divorcio. Todo este lío ya ha durado tanto tiempo que empiezo a darme cuenta que voy a tener que aprender a vivir con él de alguna manera. Por eso y porque Usted parece sincera en su ofrecimiento de ayuda a la gente... ¿por qué no me ayuda un poquito a mí? Estoy intentando tomar las cosas con el criterio más amplio posible, pese a que no me será fácil después de haber sido durante tanto tiempo tan excesivamente reticente a aceptarlas. Espero recibir cuanto antes algún tipo de información por parte

* El artículo en cuestión aparece en la Tercera Parte de este libro.

suya, confiando que nos ayudará a John y a mí no sólo a preservar nuestro matrimonio sino incluso para enriquecerlo. El ha insistido en que mi aceptación contribuirá a hacer aún mucho más estrecha nuestra relación con tan sólo mi comprensión de sus razones para desear vestirse como él desea. Afirma que lo que quiere es ser una parte de mí y que sólo puede hacerlo de esa manera. Dios sabe que me casé con John para convertirme en una parte de él, pero supongo que no le he conseguido. ¿Puede Usted ayudarme, es decir, ayudarnos? Le prometo que escucharé todo lo que Usted tenga a bien decirme.

Sinceramente.

Sra. de "Jane"

* * *

De esta manera, en esas dos cartas, el impacto del travestismo en la escena doméstica aparece con claridad dramática. Es un verdadero problema, un problema grave, que, sin embargo, como la mayor parte de los demás aspectos de las relaciones humanas, PUEDE ser resuelto si las partes involucradas pueden afrontarlo con amor y comprensión.

Es probable que este libro resulte útil para los travestistas mismo; no obstante, puesto que está escrito principalmente para ayudar a las esposas en su búsqueda de entendimiento, me dirigiré directamente a USTED, la esposa. Consideremos los principales aspectos a los que se refiere la esposa de la carta precedente. Estoy segura que todas ustedes han tenido ideas semejantes.

2. ALGUNAS ESTADISTICAS

Para comenzar, conviene que usted sepa que el interés de su esposo está lejos de ser único. En nuestra cultura, el travestismo o, como usualmente lo abreviamos, "TV", se manifiesta con bastante frecuencia entre hombres normales y heterosexuales. Aparece en todos los estratos de la población, pero su incidencia es un poco más frecuente en el sector más cultivado y más exitoso. No es un fenómeno exclusivo de nuestra generación ni de nuestros tiempos; contamos con información de su aparición en casi todas las culturas antiguas y modernas. En el mundo del travestismo están representados todos los grupos sociales. Los que lo practican van desde estudiantes universitarios hasta hombres de más de 80 años; desde empleados y meseros hasta físicos, abogados, jueces, sacerdotes y científicos; desde gente con los más bajos ingresos hasta aquellos que perciben entre 50 y 100,000 dólares al año. Por lo tanto, su esposo no es más que uno de los muchos. Además, el hecho de que sea un hombre casado y que, al mismo tiempo, siga siendo un travesti, no es inusual ni sorprendente. Una encuesta realizada en más de 400 travestis reveló que el 70% estaba o había estado casado y que el 70% de ellos eran padres. Por lo tanto, el matrimonio y la paternidad no son la excepción sino la regla. Por lo que se refiere a las esposas, es interesante observar que la tercera parte de ellas estaban categóricamente en contra o bien desconocían la conducta del marido. Frecuentemente los maridos temen confiarse a sus esposas porque suponen que "ellas simplemente no van a comprender". En realidad, se ha demostrado que muchas de aquellas que "no iban a comprender" sí comprendieron cuando se les expuso la situación de manera comprensible. Así pues, este libro se dirige a aquellas de ustedes que son simplemente

tolerantes o bien francamente antagonistas debido a una insuficiente comprensión del fenómeno, con la esperanza de aportarles un mejor entendimiento y solidaridad.

Probablemente usted se diga: “Y ¿por qué tengo que ser más comprensiva? ¡No me gusta esto y no quiero volver a oír hablar del asunto!” A sus objeciones, yo le respondería que usted se casó con su esposo “para bien y para mal”. Es de suponer también que usted lo amaba entonces y que aún lo ama. Si usted lo sigue amando, difícilmente desearía que él cargue solo y por el resto de su vida un fardo de infelicidad, frustración y culpabilidad. Por el contrario, su intención sería la de quitarle esas cargas, hacerlo feliz y saludable durante el tiempo que Dios le conceda vida en este mundo. Es probable que, al enterarse de sus inclinaciones travestistas, lo primero que venga a su mente sea “¿Por qué no consultas a un psiquiatra?”, lo cual es una sugerencia razonable dadas las circunstancias; pero, en términos prácticos, será también un proyecto tan oneroso como inútil en casi todos los casos. De los 400 casos antes referidos, sólo el 22% consultó a un psiquiatra y, de éstos, únicamente las dos terceras partes se sometió a un tratamiento serio, la mitad de los cuales declaró que había sido una pérdida de tiempo y dinero de la que no habían obtenido ningún provecho. La otra mitad aceptó que su terapia apenas había contribuido a que se comprendieran mejor ellos mismos. Esto significa que sólo 30 de 400 obtuvieron este mínimo beneficio. En realidad, la psiquiatría no aporta solución alguna a este problema. En la literatura médica no se encuentra ninguna “curación” satisfactoria de este rasgo de conducta. Sí hay, en cambio, una buena cantidad de artículos firmados por eminentes autoridades en la materia que declaran que una curación de esta clase es casi imposible* .

Este libro ha sido escrito porque yo concuerdo con los autores (Drs. Walker y Fletcher) que declaran: “sería mejor tratar a la sociedad que torna tan difícil la vida de estos infortunadas personas”. En este caso, USTED es la sociedad y, en cierta forma, yo estoy intentando tratarla A USTED, transmitirle información, invitarla a cambiar su punto de vista para ayudarla a comprender y, en consecuencia, a tener la capacidad para ayudar a su vez a una cierta “persona infortunada” a “vivir” más armónicamente y con mayor felicidad. Me valgo del término “infortunada” sólo porque es el calificativo que emplea el especialista. En realidad, yo no pienso que el travesti sea infortunado. Todo lo contrario. Para sí mismos son afortunados porque han encontrado un medio para expresar la TOTALIDAD de su personalidad y no sólo una parte. El único obstáculo que enfrenta su fortuna es el hecho de que USTED, una persona tan querida para él, no comparta ni la comprensión ni la experiencia.

La medicina ortodoxa considera que las conductas travestistas principian en la infancia debido a alguna de las siguientes cuatro condiciones: 1) padres que, habiendo deseado tener una hija, educan a su hijo durante sus primeros años como a una niña; 2) el padre proyecta un ejemplo masculino insuficiente debido a tener una personalidad débil, a estar ausente con demasiada frecuencia o a embriagarse casi todo el tiempo; 3) se castigó al chico vistiéndolo de niña, y 4) el padre exige manifestaciones de masculinidad tan excesivas por parte de un hijo de tendencias intelectuales o sensibles que el chico se refugia en la femineidad, en donde esas presiones son menores.

Ahora bien, es indudable que, hoy en día, algunos travestistas hayan sufrido una o más de estas circunstancias. Sin embargo, hay muchos más cuya biografía indica que, durante su infancia, fueron deseados como niños, que su progenitor fue un padre cariñoso, que no manifestó una personalidad débil ni exageradamente exigente y que, por

* Tres de estos artículos se citan antes en la Primera Parte, “Introducción al Travestismo”.

último, nunca estuvo expuesto a tener que vestirse de niña durante sus años infantiles. Estos hechos quedaron demostrados en la encuesta antes citada. Es más, quedó de manifiesto que las primeras experiencias vinculadas al travestismo que se recordaron, en el 55% de los casos sucedieron con anterioridad a los 10 años; 38% comenzaron durante la adolescencia, entre los 10 y los 18 años de edad, y el resto, sólo un 7%, descubrió la tendencia con ulterioridad a los 18 años.

¿Qué indican estas estadísticas? Pues demuestran, para empezar, que la información de que dispone la ciencia médica es inadecuada. Para los médicos, aquellos que están razonablemente bien adaptados, felices, sin problemas y aceptados por los demás, son invisibles.

Esto significa que la información en la que se fundamentan las teorías psiquiátricas es, en gran medida, poco confiable. La razón es que, en primer lugar, las personas que asisten a la consulta de un psiquiatra son aquellas que tienen problemas con la ley, las que están seriamente perturbadas mentalmente, aquellas cuyo travestismo incide en alguna otra condición o quienes han sido obligados a la consulta por esposas o familiares angustiados por el problema. Así, el psiquiatra tiene pocas posibilidades, o ninguna, de estudiar a esas personas de comportamiento transgenérico que están en armonía con ellas mismas, que no tienen problemas, que no padecen ninguna otra perturbación y cuyas relaciones domésticas son satisfactorias. Más aún, el hecho de que muchos hombres que nunca hayan padecido ninguna de esas “causas ortodoxas” se vuelvan travestistas (transgenéricos) demuestra que debe haber otras explicaciones para esta conducta.

En nuestra Introducción General se mencionan algunos de esos factores. Son los siguientes:

- 1) La necesidad de adquirir las cualidades y la experiencia de la belleza;
- 2) La necesidad de acicalarse y de expresar la personalidad;
- 3) Un paliativo a las exigencias de la masculinidad, y,
- 4) Una tregua a las expectativas sociales.

Sería conveniente que la psiquiatría y la psicología estudiara estos factores más generales si pretenden entender realmente no sólo las causas primigenias, sino las motivaciones y satisfacciones que se activan en la conducta transgenérica.

3. EL DILEMA DEL ESPOSO

Su marido manifestará patrones de conducta regulares y me imagino que si usted lo interroga, descubrirá gran parte, si no todos, los rasgos de su historia. En primer lugar, en cuanto descubra la naturaleza de su ansiedad, aprovechará toda oportunidad en la que se sienta seguro para expresarse en secreto. De joven y en casa, es muy probable que, siempre que se le presentara la ocasión, se haya vestido con la ropa de su madre o de su hermana. Más tarde y ya viviendo solo, habrá adquirido prendas para integrar un guardarropa propio, por lo general comenzando con lencería y zapatillas de tacón. Varias

veces, presa de culpabilidad y remordimientos, habrá hecho “propósitos de enmienda” deshaciéndose de todo su vestuario. Pero, al retornar la necesidad de vestirse, tras un periodo de abstinencia, se habría dado por vencido y adquirido nuevas prendas. (Todos nosotros hemos pasado por estas “purgas”, pero no hemos aliviado la urgencia de satisfacer nuestra necesidad de “vestirnos”). Más tarde, se habrá enamorado y, entonces, ¿qué hacer? ¿Se lo dirá a su novia o no? Tiene mucho miedo de perderla si se lo confiesa porque lo más probable es que ella no lo comprenda y lo considere un “invertido”. Por otra parte, ¿que pasará si él no cambia de sentimientos? ¡Decir o no decir, he ahí el dilema! Recuerdo que yo estaba tan convencida de que mi conducta era una especie de sustituto a la posesión de una mujer propia y que el problema se solucionaría en cuanto contrajera matrimonio, que me deshice de todas mis cosas la víspera de nuestra boda. ¡Qué equivocada estaba! El recordatorio constante de mis deseos más íntimos, al admirar por todas partes todas esas cosas lindas de ella, sólo contribuyó a agudizar mi carencia. Terminé por darme por vencido y comencé a ponerme algunas de sus cosas. Acabó por descubrirme, condenarme por considerarme homosexual y, como conclusión, el divorcio. Pero USTED no ha llegado al punto del divorcio; puesto que, si así fuera, no estaría leyendo estas líneas. ¡No permita que la ignorancia, la intolerancia y el egoísmo se interpongan entre usted y su marido! Quizás a su esposo le ocurrió lo mismo que a mí.

Tal vez, por otra parte, él le confesó su inclinación antes de que se casaran y usted supuso que podría “curarlo”; pero al constatar que no le era posible, su frustración pudo convertirse en antagonismo y amargura... En todo caso, es probable que su cónyuge haya albergado en su mente esta condición durante muchos años. Puede ser que él haya tenido arranques de frustración, de irritación, de depresión, incluso de enajenación al momento de adquirir sus prendas femeninas, al refugiarse en un motel y abandonarse ahí a la expresión de sus sentimientos más profundos. Tal vez su esposo haya desarrollado úlceras, hipertensión u otros padecimientos psicosomáticos y que se sienta imposibilitado de explicárselos a usted o a sus médicos. (Esto ha sucedido en gran cantidad de casos). El hecho de atreverse, de contárselo todo a su mujer y de haber logrado su comprensión y su aceptación ha sanado las úlceras, ha abatido la hipertensión y, en todos sentidos, ha devuelto todo a la normalidad.

4. HOMOSEXUALIDAD

Hemos examinado algunas de las causas y desarrollos del travestismo; veamos ahora cuál es la situación presente. Usted está casada con un hombre cuya personalidad tiene un aspecto femenino y ésto le preocupa. Examinemos sus preocupaciones. Es obvio que una de las principales es que su marido sea homosexual activo o potencial. Yo, por supuesto, no lo conozco en persona. No obstante, si él se ha suscrito a TRANSVESTIA — que no contiene nada que interese a un homosexual—, si se ha casado con usted e incluso han procreado a sus hijos, tengo la convicción profunda de poder tranquilizarla en este sentido. En general, la gente común tiene la idea de que todo hombre que se interese en el atuendo femenino es automáticamente un homosexual. Nada puede estar más alejado de la verdad en ambos sentidos. En primer término, sólo un pequeño porcentaje de los homosexuales son afeminados en su conducta o inclinados al vestuario femenino. A esta clase de personas se les denomina vulgarmente, en inglés, como “Queens” *. Vestirse de mujer suele ser una simple parodia de feminidad y sólo lo hacen como complemento de sus actividades sexuales. Se diría que es un recurso para atraer a los restos de heterosexualidad que puedan subsistir en sus parejas masculinas y el mensaje que

* Literalmente “Reinas”; tal vez “mariquita” sería un equivalente en el argot mexicano (N.del Tr.)

implican es “¡yo puedo darte lo mismo que cualquier mujer, pero puedo dártelo aún mejor!” Es más, el hecho de relacionarse con una pareja vestida de mujer minimiza en parte la sensación de culpa consecuente. Por tanto, las motivaciones que tiene esa minoría de homosexuales que recurren al vestido femenino son por completo diferentes a las que mueven a una persona heterosexual que disfruta del atuendo propio de la mujer. Las distintas formas en que difiere la homosexualidad del travestismo han sido expuestas antes en la Introducción General y espero que, a estas alturas, quienes hayan llevado su lectura hasta este punto, puedan distinguir claramente estos dos fenómenos.

5. CAMBIO DE SEXO

La segunda gran preocupación de las esposas es la siguiente: “¿Desearía mi marido convertirse en mujer?” La respuesta a esta cuestión también está claramente implícita en nuestra encuesta. Se preguntó específicamente “¿Estaría usted dispuesto a una reasignación sexual si la operación le fuese económicamente o de cualquier otra forma accesible?” Casi el 75% de los encuestados respondieron que no pues estaban satisfechos de ser varones. Es evidente que queda pendiente un 25% y no tengo la posibilidad de conocer los sentimientos de ese caballero en particular que es su marido. Puedo suponer, sin embargo, por el hecho de haberla desposado a usted, lo excluye de esta categoría; recuerde que sólo el 70% de las personas entrevistadas estaban casadas, lo cual dejaba un margen de 30% de solteros. Es muy probable que la mayor parte de ese 25%, dispuesto a someterse a la cirugía de reasignación sexual si tuviera la posibilidad, esté incluido en ese 30% de solteros. Hay que considerar también a este respecto que la persona que vive en un estado de profunda frustración, como sucede con muchos travestis, la posibilidad de cambiar de sexo se plantea como la única salida, ya que, después de la reasignación, la persona podrá vestirse como lo desea. En mi experiencia, al entrevistar a esas personas que se inclinan por la solución quirúrgica y que se consideran transexuales, ha sucedido que basta un poco de comprensión amistosa por parte de alguien que sepa del tema para eliminar su confusión. Cuando una persona que se encuentra en estas circunstancias empieza a relacionarse con otras personas que comparten su situación, cuando empieza a vestirse de mujer en su compañía y, de esta manera, comienza a comprenderse y a aceptarse a sí mismo en mayor medida, empieza también a darse cuenta que su idea de recurrir a la cirugía no sólo era ilusa sino algo así como un espejismo. Es una idea que lo fascinará tan sólo mientras siga considerándola como la única solución; pero conforme avance por el camino de la comprensión, de la oportunidad y consiga reducir sus tensiones, se irá dando cuenta que es precisamente su masculinidad la que lo convierte en un transgénero y no en un transexual. Esto puede parecer contradictorio, pero no lo es en realidad. En última instancia, es el hecho de que un hombre sea macho lo que, en primer lugar, lo orienta hacia las hembras, ¿no es cierto? La emulación de la mujer, vivir una experiencia similar, son manifestaciones de un deseo de unirse a ella de una manera más intensa, más emotiva y menos física. Por lo tanto, la consciencia de estas circunstancias elimina toda intención de sometimiento a la cirugía de reasignación sexual porque, una vez operado, el impulso mismo, el principal, que ha hecho de esa persona un travesti, quedaría eliminada y él quedaría derrotado en todos los frentes.

6. ENFERMEDADES MENTALES

Es posible que en su mente aún persista cierta duda acerca si su marido está un poco “chiflado” o incluso mentalmente enfermo. Habiendo llegado a este punto, ¿de veras lo sigue creyendo posible? Hace apenas unos treinta años, las mujeres no usaban en

público pantalones ni camisas de hombre con los faldones por fuera. ¿Usted cree que las mujeres que en la actualidad lo hacen debían ser consideradas mentalmente deficientes? Y esas damas que conducen autobuses o taxis o esas motocicletas policíacas de tres ruedas que se ven en algunas de nuestras ciudades, ¿tendrían que dar pruebas de su salud mental? Por supuesto que no. Pues tampoco tienen que hacerlo los caballeros que gustan de la ropa delicada. La única diferencia estriba en que, a estas alturas de nuestra evolución cultural, las nuevas actividades femeninas han llegado a ganar aceptabilidad; no así las de los hombres. Pero no era así hace treinta años y, dentro de treinta años es probable que tampoco lo sea para los hombres: todo es relativo a la época.

Aunque confío en que los párrafos anteriores hayan conseguido tranquilizar sus temores con respecto a su marido, quedan aún pendientes los problemas que plantea el mundo exterior, así como los sentimientos personales de usted.

7. PROBLEMAS SOCIALES

“¿Y si los vecinos se enteran?” Esta es una preocupación comprensible. El criterio de los vecinos puede estar basado en la ignorancia y sería muy probable que no entendieran la situación. A nadie le gusta enemistarse con la gente que vive en la casa de junto ni ser blanco de sus comentarios. Estas son las razones que justifican sus temores. Pero, en nuestros días, no resulta tan grave como usted cree. La experiencia con mucha gente ha mostrado que la sociedad es mucho más tolerante con respecto a conductas como esta de lo que uno podría suponer, a condición de que se le plantee en una forma adecuada y le sea debidamente explicada. Ciertamente es que la mayoría de los travestis viven con un miedo mortal a que alguien vaya a descubrirlos. Es interesante observar, por otro lado, que buena parte de las personas que integran nuestro grupo y que han incrementado su comprensión de ellos mismos y su auto-aceptación, han llegado al punto de no estar tan avergonzados como solían estarlo con anterioridad. Han hablado del asunto a otras personas, a sus vecinos, a sus amigos y demás, y no como una provocación ni como una actitud temeraria, sino como un acto de simple honestidad para con los otros y para con ellos mismos. Y las reacciones no suelen ser de animadversión. De lo anterior puede sacarse la lección de que si uno dice algo a cualquier persona en un tono avergonzado, pusilánime, de culpabilidad, uno está proyectando esa misma vergüenza, pusilanimidad y culpa en nuestro interlocutor, quien naturalmente reaccionará entonces como si se hubiese dicho a sí mismo: “Bueno, pues si usted se siente tan avergonzado de todo esto, entonces yo también debo sentir vergüenza por usted” o bien “Pues si esto le resulta tan malo, con seguridad que yo debo considerarlo igual de malo”. Se deduce que de la forma en que uno comunica la cuestión a otros depende la reacción de ellos respecto a lo que se les plantea.

Habiendo llegado a este punto, deténgase un momento a considerar la forma en que usted misma descubrió el “pasatiempo” de su marido. ¿Se lo dijo ya después de casados y lo hizo tan sólo por haber sido incapaz de seguir ocultándolo o por no poder guardárselo para sí por más tiempo? o bien, ¿lo descubrió usted misma? El 90% de los casos de las esposas que no entienden el problema, su incompreensión se debe a la forma en que tomaron conocimiento del problema. Muchos maridos travestis, con la intención de introducir la cuestión a sus esposas, han cometido el error de valerse de la argucia de llevarla a algún espectáculo en donde se presentan transformistas profesionales. Estos actores representan casi siempre muchachas muy hermosas, pero el ambiente y las bromas que ahí se hacen por lo general son excesivamente subidas de color, cargadas de contenidos homosexuales y en definitiva inapropiadas como base de comprensión

asociada a los sentimientos del hombre que ellas aman. Casi siempre, esta clase de introducción al tema es más dañina que provechosa como medio para conseguir la comprensión que se busca, aunque la intención del marido haya sido buena. Recuérdese que un hombre que ama a su mujer tendrá mucho miedo de decirle algo que él mismo, sintiéndose culpable, tiene la impresión de que ella tal vez no pueda entenderlo. Consecuentemente, le parecerá casi imposible plantearle el tema a su esposa de una manera directa y clara, sin macularla de culpabilidad, temores, etc. Muchas de las esposas de nuestros suscriptores, los han sorprendido al reaccionar no sólo aceptando los hechos al serles expuestos, sino que han salido a comprar ropa para sus maridos *. La única objeción de varias esposas fue que sus maridos hubieran mantenido el secreto durante todos esos años y hayan menospreciado el alcance de su criterio y de su amor al no compartirlo con ellas. En estos casos, las esposas sufrieron por la falta de confianza que las mantuvo ajenas al problema.

8. "YO ME CASE CON UN HOMBRE"

Hay otro sentimiento que se manifiesta en algunas esposas de travestis y que merece ser explorado. Muchas dicen (o lo sufren en silencio): "Me casé con un hombre, no con una mujer", y lo dicen en un tono sumamente condenatorio. Cierto es que ellas se casaron con un hombre; tan cierto como que, precisamente por ser hombre, es por lo que él gusta tanto de las mujeres. Las ama y las respeta a un grado tal que quisiera tener la posibilidad de compartir con ellas su lado de la experiencia humana. Después de aprender a aceptar la situación, una de las esposas expresó la siguiente opinión: "Eso me dio una nueva perspectiva respecto de mi propia femineidad y me hizo apreciar mejor mi propio aspecto femenino." Conviene a toda esposa que albergue estas ideas recordar que hay un mundo de diferencia entre ser femenino y ser hembra. Ser mujer es una cuestión de anatomía y de fisiología que un hombre nunca podrá experimentar ni imitar; pero la femineidad cae en el terreno de lo psicológico y de lo sociológico, y es ese aspecto el que el varón transgenérico intenta afanosamente emular. El Dr. Wardell Pomeroy, del Instituto Kinsey de Investigaciones Sexuales, ha definido que los hombres travestistas son personas "supernormales", es decir, que no están interesados en las mujeres únicamente como compañeras de cama, como sucede con gran parte de los hombres, sino que se interesan en ellas enteramente y en todos sus aspectos. Tienen a la mujer en tan alta consideración que desean experimentar en ellos mismos por lo menos una parte de la clase de vida que llevan. En realidad, la persona transgenérica tiene un mayor aprecio por las mujeres que el que tiene la mayor parte de ellas por sí mismas.

9. COMPETENCIA

El rechazo a la idea de "haberse casado con una mujer" se relaciona con el sentimiento que experimenta la esposa de estar compitiendo por el afecto de su marido con otra "mujer". Es obvio que algunas esposas podrían comportarse de esa manera al grado de poner de manifiesto una situación semejante. La necesidad de expresión de su femineidad en un hombre travestista es muy fuerte y muy profunda, y no es una pulsión susceptible de ser erradicada. Si la reacción de sus seres queridos, sobre todo de su esposa y de su familia, es de comprensión, el travesti es capaz de manifestarse tranquilamente y de mantener su desarrollo en las proporciones más adecuadas, moderadas y bajo control; pero si su esposa se niega a aceptar la existencia de este aspecto de la personalidad de su marido, fuerza a la femineidad de éste a refugiarse en la

* Véanse las cartas en la Cuarta Parte de este libro.

clandestinidad y, consecuentemente, ahí se incrementa y se robustece. Los aspectos de su esposa que él ama se neutralizan debido a su incompreensión. Su lado femenino crece y se vuelve más ingente en su necesidad de poder manifestarse y “vivir”, pero se ve obligado a mantener en secreto sus impulsos debido a la actitud de su mujer. Esta es una situación sumamente crítica y, en ciertos casos, susceptible de arrastrar al marido al punto en el que su lado femenino se convierte en un competidor de su esposa por la simple razón de que la esposa misma provocó esta reacción. Si, en cambio, la esposa manifiesta un criterio amplio para entender la psiqué humana y comprende los verdaderos propósitos que hay detrás de la conducta de su esposo, pronto comprobará que el amor de su marido por ella crecerá en gran medida. Así sucederá por dos razones: debido a su agradecimiento por esa comprensión y, en segundo lugar, por su deseo de identificarse con ella y ser parte de ella. Ambos factores se manifestarán entonces a un grado más alto y más complejo que con anterioridad. Desgraciadamente son demasiados los hombres que se vinculan con sus mujeres únicamente a nivel anatómico —como si su vida fuera sólo la prolongación del abrazo nupcial—, pero sin experimentar hacia ella realmente ese sentimiento de “ser uno” con ella en otros aspectos de su vida conyugal. Por esta razón, muchas mujeres se quejan de que “los hombres no piensen más que en una cosa”, implicando el sexo. Los maridos transgenéricos también son, por supuesto, hombres en este sentido; sin embargo es indudable que tienen otras ideas en su cabeza y, con certeza, ideas más halagadoras para con el sexo femenino que las que suelen tener los varones que no tienen más que “una idea fija”.

10. CONSIDERACIONES CULTURALES

Consideremos el papel del hombre y de la mujer en nuestra cultura durante la década de los ‘60. La cultura de esos años se abrió para permitir que las mujeres expresaran cualquiera de los aspectos de su personalidad que desearan; entre estos, por supuesto, estuvo incluida la posibilidad de expresar todo rasgo de masculinidad que ellas pudieran tener. No se produjeron presiones sociales importantes que les impidieran hacerlo en cualquier momento.

Pese a que la psiquiatría moderna reconoce la presencia de cualidades femeninas en el varón, así como características masculinas en la mujer, tenemos la tendencia de ser sumamente parciales en lo que se toca a la aceptación social de este fenómeno y poco tolerantes en cuanto a la expresión de esas cualidades. La esposa que “lleva los pantalones” en términos figurados (y probablemente también en sentido literal), que lleva el timón, la que asigna una cantidad semanal a su esposo y ese tipo de acciones, está expresando con ello características masculinas, pero resultan tan comunes que nadie las comenta. En cambio, se supone que el hombre debe plegarse de buen grado a ciertos patrones de conducta formales de los cuales no debe apartarse. En cuanto se detecta que un varón da muestras de actitudes femeninas, enseguida se le condena. La idea de que la feminidad, en sí misma, es una valiosa contribución al estado de ser humano, no parece entrar en la cabeza de mucha gente, tanto profesional como leiga. Sin embargo, el detenernos a pensar un momento en este problema, con seguridad permitirá esclarecerlo.

Nuestra cultura exalta las virtudes femeninas. Los hombres consideran que sus esposas, amigas y madres son en cierta forma mejores, diferentes, más virtuosas, hermosas... superiores en muchos aspectos a ellos mismos. Casi todas las enseñanzas de la ética cristiana en nuestra cultura es de naturaleza femenina. No se considera que sea viril “ofrecer la otra mejilla” ni que “una palabra amable amaina la ira” ni tampoco “amar a nuestros enemigos”. Se considera que un hombre tiene que ser capaz de defender su

posición, de levantarse y pelear y pasar por encima de cualquiera que se le oponga. Si no lo hace, se le califica de débil y “poco hombre”. A esto probablemente se debe que el mundo haya llegado a ser como es. Si las cualidades más finas, más amables y más consideradas de la humanidad no se hubiesen descartado, no se hubiesen calificado de femeninas, y, por tanto, su expresión excluida de la conducta varonil, no padeceríamos tanta belicosidad en el mundo. Si aplicáramos en los asuntos del mundo en mayor medida el Principio del Amor, y menos el Principio del Poder, dejaríamos de estar todo el tiempo al borde de la catástrofe nuclear.

11. ¿QUE GANA UNA ESPOSA CON ESTO?

Hasta ahora nos hemos ocupado de las dificultades y desventajas de estar casada con un travestista o transgénero; pero, ¿no tiene esto también algunas ventajas? Desde el punto de vista de la esposa, se preguntará ¿“qué puedo yo ganar con esto”? Basada en mi experiencia con infinidad de travestis, puedo responder categóricamente que sí se puede ganar algo. Para comenzar, el varón transgénero es, en términos generales, mucho más comprensivo de las necesidades, actividades, habilidades y deseos femeninos que un marido no-TV. Posee una sensibilidad aguda respecto a lo que a ella puede gustarle debido a que a él también le gustaría. Muchas esposas que conocieron las inclinaciones de sus maridos, los amaron y se casaron con ellos precisamente debido a su carácter gentil, amable y comprensivo. Pero cuando descubren su afición por las telas delicadas, por la ropa bonita y por lo bello en general, se vuelven en su contra y consideran que esos gustos son algo horrible. Su reacción tiene un componente inducido inconsciente y culturalmente porque siente que su marido no debía sentir de esa manera. Más aún, ella siente que debe oponerse... y se opone.

Se dice con frecuencia que cuando una mujer se siente desanimada o deprimida, le conviene salir y comprar un sombrero o un vestido nuevo y que, así, se siente mejor. Un marido travestista puede comprender este mecanismo porque también funciona con él, mientras que un marido común y corriente probablemente no lo entienda y proteste con furia contra el gasto superfluo. Un hombre que disfruta él mismo de las cosas bellas y de las prendas nuevas, no sólo puede entender, sino que no tiene motivos para oponerse a que su esposa compre algo nuevo. Cuando una esposa consigue comprender la personalidad femenina de su marido, conseguirá tener una relación más plena con su “esposa” de lo que sería si no lo entendiera porque entonces disfrutará y vivirá con “los dos” al mismo tiempo. Ella tendrá un marido masculino, pero también contará con “una novia”, por decirlo de alguna manera, que se pondrá de su lado y será capaz de hacer suyos muchos de sus sentimientos. Es más, los esposos que disfrutan de la ropa delicada y que tienen la capacidad de empatía (es decir, de “sentir con”) para con la mujer, disfrutan seleccionando y comprando y regalando esas cosas bonitas a sus esposas.

Por último, cualquier mujer que ame realmente a su marido, no querrá colocarlo en una posición en la que tenga que luchar constantemente para suprimir y reprimir ese aspecto que, en realidad, es parte de sí mismo. Cuando tal es el caso, casi siempre el varón se vuelve nervioso, irritable, difícil, temperamental, testarudo o áspero de trato, sencillamente porque no se le permite estar en armonía consigo mismo. He conocido a mucha gente que, por consideración a sus esposas, intentaron reprimirse y sólo consiguieron provocarse úlceras, hipertensión u otros padecimientos. Cuando los médicos descubrían el factor represivo original, les aconsejaban eliminarlo de sus vidas, salir y “vestirse” en un cuarto de motel, por ejemplo. ¿No sería mejor que en el hogar hubiera más amor, más comprensión?

12. LA FILOSOFIA DE CONJUNTO

Cuando uno confronta por primera vez el problema del travestismo, parece ser una forma relativamente sencilla de comportamiento no-conformista. El observador suele tener algunas ideas preconcebidas acerca del afeminamiento y la homosexualidad; pero estos prejuicios obnubilan su capacidad para observar los rasgos generales de este patrón de conducta. Yo estoy familiarizada con el tema y espero haberlo expuesto y explicado en las páginas precedentes. En realidad, el travestismo no es tanto un fenómeno confinado a sus propios límites, sino que es la manifestación de un problema social subyacente mucho más amplio. Todo individuo, macho o hembra, tiene la capacidad de ser malo, cruel, despiadado, agresivo, prepotente, intrépido e intensamente egoísta. Tales son, después de todo, características que se manifiestan en la mayor parte de las especies animales y son esenciales para la preservación propia y de la especie. No obstante, todos los seres humanos, hombres y mujeres, también son capaces de amabilidad, consideración, compasión, espíritu cooperativo, generosidad y, en general, de solidaridad y amor. Son estas cualidades las que ponen al ser humano por encima de los animales... son la esencia de lo humano. Todas las religiones, todos los profetas religiosos recomiendan y enseñan esas cualidades; y es natural, porque la religión es un rasgo estrictamente humano, ajeno por completo a los animales.

Desgraciadamente, y no sólo para el individuo, sino también para la religión, nuestra cultura enaltece de tal manera los aspectos agresivos, competitivos y prepotentes de la vida —aspectos más propios del aspecto animal de nosotros mismos—, que muchas veces no nos queda más espacio para que se manifieste nuestro lado humano. A partir de la época en que empezamos a vivir bajo un sistema patriarcal, es decir, dominado por el macho, el hombre asumió casi siempre la responsabilidad de satisfacer las necesidades de la familia. En una sociedad competitiva, sólo es posible tener éxito y salir adelante por medio de métodos agresivos y competitivos. La consecuencia es que el hombre, en nuestra sociedad contemporánea, está forzado a expresar un alto grado de agresividad, cuya manifestación se ha equiparado con lo que se considera un grado adecuado de masculinidad. Una persona que no es suficientemente agresivo ni competitivo es considerado insuficientemente masculino.

La célebre antropóloga Margaret Mead, quien estudió muchas sociedades primitivas, ha puesto énfasis en que muchas de las cualidades que, en nuestra cultura, se consideran como una parte inherente de la masculinidad, es decir las cualidades del macho humano, en realidad no son intrínsecamente masculinas, sino sólo cualidades que tiene que demostrar y aplicar el sexo dominante. Ha mostrado que, en las sociedades matriarcales en las que las mujeres constituyen el sector responsable del orden social y, por lo tanto, que tienen responsabilidades sociales semejantes a las de los hombres en nuestra cultura, eran ellas quienes se comportaban de manera agresiva, competitiva y decisiva, porque esa es la única forma en que una sociedad humana puede organizarse y funcionar. Estas características no son propias del hombre como tal, sino del sexo dominante, el cual, en nuestra cultura contemporánea está asignado al varón. Es obvio, entonces, que esas características y habilidades en realidad pertenecen a los dos sexos y que se manifiestan en uno u otro sexo según los patrones culturales. Si esto es verdad, verdad será también lo contrario, es decir, que las cualidades que suelen aparecer en el sexo subordinado estarán presentes asimismo en ambos sexos, aunque sólo se manifiesten en el sexo al que una determinada cultura le asigne la función de dominado. Una misma persona no puede ser al mismo tiempo agresiva y receptiva, fuerte y débil,

considerada y competitiva; así, cuando se activa un grupo de cualidades, el grupo opuesto tiene que ser reprimido aunque siga latente en la persona. La intensidad de estas características varía según las personas. Algunos hombres, por ejemplo, tienen el deseo interno de ser amables, considerados, cariñosos, menos agresivos y menos competitivos, que se interesan por el arte, por la música y que, en suma, son personas sensibles. Una persona así se encuentra en conflicto con una serie de prejuicios y malentendidos sociales. Gran parte de las enseñanzas de Cristo (y, por lo demás, de la mayoría de los líderes espirituales), y que la gente más inteligente considera como una forma de vida deseable, nuestra cultura las asigna a las mujeres por ser el sexo subordinado. Es por eso que al varón amable se le considera afeminado y “mujercito”. En su fuero interno sufre también de un stress agudo porque está en constante conflicto interno entre lo que haría, lo que sería, si tuviera plena libertad para hacer y para ser, y lo que el cree que los demás esperan de él.

El problema de cómo enfrentar el aspecto femenino de su naturaleza es el más difícil que tiene un varón durante su desarrollo. Todo hombre tiene un componente femenino, como toda mujer lo tiene masculino, pero el varón no es libre para expresar todas las facetas de su personalidad como lo es la mujer. Inhibir en una persona la expresión de su interioridad es sumamente perturbador y destructivo para su personalidad. Es preciso que eliminemos nuestras erróneas ideas acerca de lo que es perverso, anormal, etc. y que aceptemos objetivamente la realidad. Ser amable, tierno, cariñoso y disfrutar de las cosas bellas son cualidades de la vida humana y debieran ser expresados por ambos sexos. Es ridículo que se considere admirable en uno, pero sucio y perverso en el otro. Resulta inconsistente que una naturaleza amable y condescendiente sea condenable en un varón, mientras que sus opuestos, la aspereza y la agresividad, se consideren indicadores de talento y habilidad de ninguna manera condenables en una mujer.

La principal razón de esta inconsistencia estriba en el hecho de no distinguir entre sexo y género y suponer que son dos formas de un mismo concepto. Así, consideramos que la delicadeza, la ternura y la sensibilidad, por un lado, y la agresividad y la decisión, por otro, son características de género que nada tienen que ver con el tipo de compañero que uno elige para dormir. En el caso de una mujer, es aceptable que posea una personalidad agresiva y eficiente o que se manifieste científica o intelectualmente dotada, sin que ello implique merma de su femineidad ni de su condición heterosexual normales. En cambio en el hombre, por desgracia, la expresión de los rasgos genéricos generalmente considerados como femeninos automáticamente hace que se les suponga asociados con la actividad sexual y se califica a quien los manifiesta como homosexual. Algún día llegaremos a darnos cuenta que las características de género no son indicadores sexuales y que un hombre gentil puede ser un gentilhomme sin tener que sufrir un estigma como el mencionado antes.

Esto constituye una nueva perspectiva que es preciso difundir y enfatizar como un nuevo punto de partida para el estudio de las relaciones humanas. En realidad, este conflicto básico es probablemente la causa de más problemas psiquiátricos que cualquier otro motivo, por la sencilla razón de que se intenta aplicar arbitrariamente costumbres, políticas y reglas sociales para suprimir algo cuya presencia es inherente al macho de la especie. El conflicto entre los sentimientos naturales del individuo y lo que la sociedad le impone como lo que le debe gustar rebasa la capacidad personal en cuanto a lo que podemos denominar como su simple capacidad de tolerancia. Aquellos que no pueden conciliar este conflicto de manera sencilla, se ven obligados a aplicar medios más y más

complicados para hacerlo. Esta es una de las raíces de la homosexualidad, una de las raíces del alcoholismo, de la adicción a las drogas, de los síntomas de neurosis, de padecimientos psicosomáticos, etc. Objetivamente hablando, el travestista, es decir, la persona transgénerica, está confrontando el problema de la manera más inteligente posible. En efecto, el travesti parece decirse: “Muy bien, yo reconozco que tengo características femeninas y que mis rasgos femeninos necesitan ser expresados; y la única forma en que puedo expresarlos cómodamente es con el mismo atuendo, con la misma conducta y entorno social con el que las mujeres lo hacen porque son esas precisamente las condiciones apropiadas para expresar ese mundo”. Exactamente de la misma forma, una mujer deseosa de expresar la fuerza, la agresividad, la competitividad, etc. del componente masculino de su personalidad, busca un empleo que requiera de dichas características y en el que el atuendo masculino sea el apropiado para el trabajo. Y ella puede expresarse así sin por ello despertar excesiva curiosidad ni condenación por parte de la sociedad.

Un transgénerico, al estar discutiendo el problema de comunicar a la esposa la afición al travestismo, declaró que él se había casado dos veces. La causa de su primer divorcio había sido el travestismo. Prosiguió poniendo énfasis en que el gran problema que se planteaba con respecto a “abrirse” a la esposa, además de encontrar la forma más conveniente de hacerlo, estribaba en que daba lo mismo de qué manera se le comunicara la inclinación del marido por el travestismo, si la esposa era de por sí una persona emocionalmente inmadura o desadaptada, si ella tenía que resolver sus propios problemas emotivos, entonces se opondría. Una mujer en tales condiciones sería incapaz de aceptar el fenómeno de ninguna manera y su explosión se daría tarde o temprano. Este hombre destacó un punto muy importante. Las personas cuyas vidas están ya sometidas a una excesiva carga emocional y a las que se les agregan los problemas de sus cónyuges, hijos, parientes, etc., esas dificultades ajenas y complementarias pueden convertirse en la paja que le rompa el espinazo al burro. Por lo tanto, y puesto que estas líneas están destinadas a las esposas o familiares de travestis, es oportuno sugerirles la conveniencia de recapitular su propio inventario emocional para determinar si su falta de comprensión con respecto a este problema se debe o no, en alguna medida, a su propia carga de problemas emocionales más que al problema del travestismo propiamente dicho.

Es oportuno cerrar esta exposición con algunas de las ideas expuestas por un psicólogo profesional a un grupo importante de transgénericos y sus esposas, durante una de nuestras reuniones de discusión. No es mi intención citarlo literalmente, sino destacar tres de los puntos principales que él planteó.

1) Cualquier persona a quien se le impida ser lo que es está destinado al conflicto. Cuando un individuo rechaza una parte de sí mismo, suprime, reprime y se niega a externar cualquier parte sustancial de su propio ser, está viviendo una mentira. ¿Por qué? Porque está inhibiendo la expresión de su verdadero ser total y simulando ser lo que no es, mostrando al mundo una apariencia que no es enteramente auténtica. Así, en tanto simula ser alguien diferente a quien es para sí mismo, está obligado también a simular ante todo aquel con quien entra en contacto. De esta manera se va tornando él mismo un neurótico y contagia su neurosis a quienes lo rodean porque los inclina a ser ellos también inauténticos como inauténtico es el difusor de esa neurosis. Cuando una persona ES cualquier cosa, transgénerico o lo que sea, y se niega a reconocerlo, su rechazo genera angustia y perturbaciones mentales en sí mismo y en los demás.

2) Los varones experimentan emociones, y tienen que expresarlas, exactamente igual que las mujeres. No obstante, en nuestra cultura, se considera que el hacerlo implica el debilitamiento de esas personas y la merma de su masculinidad. Por lo tanto, muchos son incapaces de expresar sus emociones en su condición de entes masculinos normales. Pero, en cuento se les viste de falda, “se vuelven” femeninos y, así, son capaces de expresar lo que ocultan en su interior y, de esta manera, tornarse personas más íntegras. La mayor parte de los travestistas son sumamente masculinos en su personalidad varonil. Indudablemente que esto se debe a su mecanismo de defensa, pero por lo mismo se vuelve mucho más difícil poder expresar el lado emotivo de su naturaleza y lo bloquea en su interior. Si estas personas tienen la oportunidad de desbloquear sus impulsos, su calidad humana se verá incrementada.

3) La mayor parte de la gente no reconoce que es el aspecto emocional de una persona el que proporciona la energía, el empuje, la motivación para emprender toda actividad masculina, que es ese lado emotivo el que hace que un hombre quiera hacer, construir, descubrir. Si un hombre no es entusiasta, inspirado, “enamorado” de lo que hace, no será mucho lo que consiga hacer. Por lo tanto, es el aspecto sentimental del hombre, su lado femenino, el que lo capacita para ser masculino en las actividades que emprende en su vida. Obnubilar o negar la calidez y la emotividad femenina que tiene en su fuero interno significa inhibir la total expresión de sus capacidades. Si, en cambio, se reconoce, se admite, se activa, se experimenta esa emotividad —femineidad, si se quiere—, el hombre, como tal, será mejor, más pleno y más fuerte, en suma, un hombre más equilibrado. Frente a él aparecerá una vida más rica y más interesante porque su ser total será reconocido y utilizado.

Así pues, si el camino que conduce a esta forma más íntegra de expresión, a través de la identificación con lo femenino, libera el lado sentimental y emotivo del individuo que estaba bloqueado, es preferible emprenderlo que bloquearlo e impedir que el hombre goce de la oportunidad de expresarse plenamente. Piénsenlo un minuto, ustedes, mujeres que están leyendo estas líneas, ¿no se sentirían mucho muy inhibidas, disminuidas, frustradas y hasta esclavizadas si se les obligase a vivir toda su vida dentro de los muy estrechos márgenes de lo que la sociedad considera “adecuado” para la vida femenina? Y ¿saben qué? sus abuelas así vivieron, pero lucharon cruentas batallas para “emanciparse” de ese yugo. No siempre las mujeres fueron libres de fumar, beber, usar pantalones, manejar motocicletas y aviones, ser conductoras de autobuses, operar remachadoras, ser Senadoras, ejecutivas empresariales, científicas, doctoras, etc. ¿Que sentirían ustedes si estuvieran obligadas a volver a esos días? Las mujeres modernas están tan habituadas al ejercicio de su libertad, su libertad de acción y de expresión, que esa libertad les parece natural y que así ha sido siempre. Sin embargo los hombres siguen confinados por las rígidas, represivas, estrechas y poderosas paredes psicológicas de lo que es un comportamiento masculino “adecuado”. Esta situación es nefasta, tanto para el individuo, como para la sociedad en su conjunto. No podemos cambiar a la sociedad de la noche a la mañana, como tampoco pudieron hacerlo quienes lucharon por la liberación femenina, pero ellas iniciaron la lucha y persistieron hasta ganarla. Las personas transgenéricas, aunque de una manera diferente y más sutil, están iniciando una lucha semejante... una lucha no para que todos los varones vivan como mujeres, sino una lucha para que, puesto que la personalidad íntegra de una persona es valiosa, tal integridad pueda ser expresada sin sufrir represión ni censura, con la única salvedad que la impuesta por el principio de que su expresión individual no perjudique, limite o vaya en detrimento del derecho igualmente importante a la auto-expresión de otra persona.

13. RESUMEN

Me parece que en las páginas precedentes se ha planteado el problema del travestismo desde todos los puntos de vista, de una manera clara, imparcial y, espero, interesante. Sinceramente deseo que toda esposa, novia, amiga o pariente que haya leído esas páginas podrá y querrá reconsiderar su actitud, no sólo al cambiar su nivel de antagonismo por el de tolerancia, sino acceder a una verdadera comprensión y, de ser posible, a la solidaridad. Se sorprenderán al constatar lo divertido que puede ser el crear a su propia “amiguita”, ayudarla con su atuendo, su maquillaje, su manera de actuar. Ella puede convertirse, en cierta forma, en la creación de usted y su participación en ese proceso muy probablemente proporcionará a su esposo mayor alegría que cualquier otra cosa que usted pueda hacer porque será la prueba evidente de que usted auténticamente se comparte y comparte su vida con él. Una última cita del escritor Antoine de Saint-Exupéry expresa muy atinadamente esta idea: “El amor no consiste en espiarse uno al otro, sino en mirar juntos a lo lejos en la misma dirección”. Esto es lo que una persona transgénica trata de hacer... asumir la posición de su esposa y mirar al mundo con ella desde el mismo punto de vista.

¡Espero haber ayudado...!

VIRGINIA

* * *

TERCERA PARTE

OTROS PUNTOS DE VISTA

Por más experimentada y cultivada que sea, nadie, en forma exclusivamente individual, podría abarcar un tema como este de manera integral. He tratado hasta aquí de compartir con usted lo que yo sé y lo que yo he experimentado, he planteado la cuestión en la forma en que he llegado a entenderla personalmente. Conviene, sin embargo, que quienes lean este libro en busca de aclaraciones obtengan una visión de conjunto lo más completa posible. Asimismo, quisiera evitar que se llegue a creer que estas páginas no contienen más que la exposición de mis propias ideas; sobre las cuales, si tal fuese el caso, se podría sospechar que estuviesen prejuiciadas. Por ambas razones, considero que también deben tener cabida otras opiniones. Por tanto, en esta segunda sección del libro (la Tercera, Cuarta y Quinta Partes), se exponen las ideas y puntos de vista de otras personas: un médico, un sacerdote, esposas, niños, amigos y otros travestistas, es decir, personas que están involucradas en el problema y que, de una u otra manera, tienen un conocimiento del tema.

1. LA CONTRIBUCION DE UN MEDICO

La siguiente carta fue escrita por un médico que, además, es él mismo un travestista. No debe sorprender a las lectoras de este libro que un profesionalista —doctor, abogado, sacerdote, científico, ingeniero, etc.— esté incluido entre los transgenéricos. En realidad, como mostraron las estadísticas en una encuesta sobre casi 400 casos, el 31% de los sujetos entrevistados eran profesionalistas o técnicos, y el 26% tenían ingresos superiores a los 10,000 dólares al año. Solicitamos al “Dr. Charles” la elaboración de una carta que sirviera para presentar el tema a otros médicos porque él podía hacer coincidir en su texto tanto el conocimiento objetivo propio de su profesión, como las experiencias subjetivas de su propia trayectoria como travesti. Graciosamente accedió a hacerlo, con la única condición de conservar su anonimato, ya que las sanciones en contra de las conductas transgenéricas son más severas contra los profesionalistas que contra los no-profesionalistas. A continuación se incluye su carta en este libro por considerar que trata el tema de una manera bastante peculiar.

Estimado Doctor:

Se me ha solicitado escribir una nota acerca de un “viejo” síndrome envolviéndolo con ropajes nuevos. El problema recae en el campo de la psiquiatría, ya que toca una serie de manifestaciones de la personalidad que con anterioridad ha sido malentendido y distorsionado debido a serios errores de interpretación. El tema al que me refiero es el travestismo. Literalmente significa la urgencia o compulsión de vestir la ropa del sexo opuesto. Como es natural en el curso de la vida, todos, en algún momento, experimentamos algunas de las muchas formas que adoptan las inclinaciones compulsivas tanto a nivel de pensamiento como de obra. Pero debido a la naturaleza

individual de los razonamientos que están detrás de dichas compulsiones, éstos son peculiares a la persona en particular y, por lo tanto, sólo son posibles muy pocas generalizaciones. Más aún, como resulta evidente para cualquiera que estudie la literatura especializada disponible, el tema rara vez es tratado, excepto en los casos extremos que incluyen la asociación de conmovedoras combinaciones de disturbios orgánicos cerebrales, psicosis y desviaciones sexuales graves. Así, la tendencia transgénica ha sido muy poco y mal entendido no sólo por el lego en la materia, sino también por los médicos. Vamos a exponer este concepto intentando esclarecerlo, tratando de establecer unos cuantos principios subyacentes. La intención es dilucidar más que tomar partido al respecto.

Hay razones para suponer que la costumbre de “vestirse” (como también se suele decir en términos coloquiales, implicando con ropa propia del sexo opuesto) es una conducta más frecuente de lo que se cree. En mi propia consulta, he atendido a travestis cuyas motivaciones obedecían a razones tan variadas como diferentes eran los individuos que practicaban dicha conducta. Su situación es problemática, pero las personas que buscan ayuda profesional constituye sólo una mínima parte del total, y aún menos numerosos son aquellos que llegan a sufrir desórdenes graves.

Los hombres que se visten de mujer lo hacen por razones de placer y de compulsión. Si alguno de ellos en particular es además un psicópata, cleptómano, homosexual o calza zapatos talla 16, tales condiciones nada tienen que ver con sus inclinaciones transgénicas. El síndrome del travestismo constituye por sí mismo un fenómeno. A pesar de que no siempre se le considere así, esa es la opinión establecida por psiquiatras y sexólogos especializados en esta conducta que han publicado sus hallazgos. Las razones subyacentes son demasiado numerosas para especular en torno a ellas; bástenos describir la conducta tal como se manifiesta en determinados casos. El hecho de ganar el Premio Nobel en física no garantiza que el ganador esté libre de sufrir manifestaciones neuróticas. De igual forma, pero en sentido opuesto, el hecho de tener inclinaciones transgénicas no implica que esa persona carezca de inteligencia ni que sea un despojo social. En realidad, muchos travestis son personas con un elevado nivel de inteligencia que gozan de buena situación social y profesional. Comprender lo anterior es el primer paso para el médico, el abogado, la esposa de un marido en todos aspectos ejemplar excepto por haber sido sorprendido una noche poniéndose las pantaletas de su mujer. También es importante comprender que esta conducta no debe ser tomada a la ligera por el observador no especializado, puesto que infinidad de casos han demostrado que la simple declaración de que “no deben ser así las cosas”, no las elimina.

Califíquesele de neurosis compulsiva, si se quiere, pero no se espere que una dosis de fenobarbital o de Miltown antes de dormir la “hará retroceder hasta su punto de origen”. Como es ya de rigor en el tratamiento de todas las neurosis compulsivas, el paso más importante de la terapia (tanto para el paciente, el consejero, el confesor o la esposa) es la comprensión. Entendimiento, empatía, incluso simpatía, no implican que uno justifique personalmente la conducta; pero considerarla como una manifestación superficial de un puro deterioro interno significa condenar o empeorar la situación. Freud insistió (y tal vez esa sea su contribución más importante) en que aprender a vivir con lo que uno es y aprovecharlo al máximo significa avanzar en dirección de ese estado etéreo que denominamos felicidad. En términos psicológicos, podemos sustituir la palabra felicidad por adaptación y estar en lo cierto en muchos casos.

Las pasiones compulsivas tal vez son expresiones emotivas relativamente inmaduras que se manifiestan con gran cantidad de variantes individuales. La esposa de un travesti ocasional nos decía: “Lo quiero muchísimo, pero cuando él hace eso, simplemente no puedo quererlo”, o bien “No lo puedo aceptar”, o “No soporto el verlo así o estar cerca de él”. Estas expresiones revelan también inmadurez. En cierta forma esto es semejante a la actitud de un niño de siete años que ama a su madre, pero cuando le sirve nabos en la cena, la odia. Amar tan sólo por lo que a uno le satisface del otro es amar por motivos egoístas. Aprender a superar las compulsiones no es tan fácil como aprender a comer nabos, pero forzar el cambio en ambos casos suele proporcionar pocos beneficios. Es obvio que toda situación presenta dos caras opuestas y que en la mayor parte de los casos es necesario llegar a un término medio de consenso. Es justo que un travestista reciba comprensión y tolerancia, pero él debe corresponder en igual medida. La presión compulsiva acumulada puede serle perjudicial; pero, por otro lado, la indulgencia excesiva por su parte consume tiempo, esfuerzos y pensamientos que repercuten en un estado de higiene mental insuficiente.

La tolerancia y la comprensión aventajan con mucho a cualquier otro tratamiento. Si la compulsión puede ser mantenida en estado latente por medio de un mutuo acuerdo entre el marido y la esposa (la cooperación de ambos es indispensable, de otro modo no vale la pena ir más lejos) y se asignan ciertos días, noches, horas o lo que sea para el ejercicio controlado y realista que permita la expresión de estos impulsos; si ambas partes establecen los detalles precisos de estas manifestaciones, entonces la puesta en práctica llega a ser tolerable para ambos. Con espíritu realista, la esposa puede aprovechar esta compulsión para obtener beneficios propios en el arreglo, por ejemplo, para hacer que su marido sea más tolerante con respecto a los defectos de ella. Más aún, puede aprovechar el interés de su marido en su vestuario para hacerse de un guardarropa más atractivo. Siempre en términos realistas, ella tiene las mejores cartas en la negociación del pacto relativo a esa conducta del marido, pero asimismo es conveniente que ella aproveche esa oportunidad para incrementar su femineidad, su atractivo y su afectividad. La esposa que no entiende esto corre el riesgo de tornarse reservada, menos sociable y menos femenina, pero también es cierto lo contrario si quiere atraer y conservar a su esposo. Su marido se volverá más atento a sus necesidades si ella consigue hacerlo.

Esto no significa que ella deba simple y sencillamente aceptar tales prácticas y ocuparse de lo suyo con un “al demonio todo lo demás”. Esta actitud es igualmente nociva porque el marido puede entonces buscar la compañía eventual o indeseable de personas ajenas para compartir sus prácticas o bien ser presa del pánico y exponerse de manera tal que se provoque graves problemas sociales. Entiéndase bien, ¡la comprensión a la que se alude no implica la exigencia de que la esposa se vuelva lesbiana para conciliarse con el travestismo! Nada de eso. Lo que el marido travesti desea de su esposa es que sea más femenina. Para ella, su femineidad es una parte genuina de su vida biológica; para él, es un proceso simbólico, pero ambos pueden compartir intereses comunes por la música clásica, por las carreras de autos antiguos, por los helados de vainilla o por unos cuantos dólares gastados en lencería. Si la esposa decide que desea vivir felizmente con su esposo, será preciso llegar a un acuerdo, pero no un acuerdo impuesto por la fuerza y que no conduciría más que a la sospecha y a la decepción. Tiene que ser un acuerdo establecido paulatinamente, modificado de cuando en cuando conforme se manifieste la necesidad de hacerlo, los deseos y exigencias auténticas por parte de cada uno de los dos.

En síntesis, todo esto no es más que un asunto de familia y si lo que se persigue es la armonía, debe resolverse en base a un acuerdo recíproco y a la moderación. La forma en que se resuelva el problema en el hogar, sobre todo en los casos en que hay niños pequeños en el entorno (con la consecuente necesidad inocente, pero universal, de contarle a los vecinos la chistosas imitaciones de Mami que hace Papi), es una cuestión personal, irresuelta hasta ahora. Probablemente la mejor manera de hacerlo sea la de familiarizarlos con las prácticas del padre en situaciones humorísticas, semi-lógicas (como la de una fiesta de disfraces en la que cada quien se viste con la ropa de los demás, sólo para el entretenimiento y diversión de los chicos, por supuesto) y completamente inocentes. No sería conveniente que los niños, como antes su madre, llegasen un día, por mero accidente, a descubrir a su padre vestido de mujer y, en consecuencia a sufrir una experiencia traumática por incomprensión de su conducta.

En la gran mayoría de los casos, el travestismo es una conducta compulsiva, pero relativamente inocente por parte de un hombre casado e inteligente, que no obedece a razones lógicas para realizar sus impulsos. Uno bien puede ser un freudiano a ultranza, pero conviene tener presente que no se trata de una perturbación grave ni tampoco de una conducta trivial pasajera, que pueda desaparecer por sí misma. El ganarse la confianza y la aceptación sin reservas del alma afligida que sufre en el interior de un hombre así, constituye una forma de ayuda profundamente significativa que él no olvidará.

Dr. y M.en C. Grayson Charles

* * * * *

En consideración a la gran cantidad de travestistas católicos y en virtud de que muchos de ellos han manifestado una cierta inquietud con respecto a la actitud de la iglesia con respecto a la conducta transgénerica, se solicitó al Muy Rev. Monseñor Adrian Dwyer que comentara el tema. Mnsr. Dwyer es miembro de un tribunal diocesano, el sector de la iglesia que se ocupa de los problemas de matrimonio y divorcio. En el ejercicio de sus funciones, ha tenido conocimiento del problema por medio de varias parejas en cuyo matrimonio se dio el problema del travestismo. En el curso de mi correspondencia con él, le planteé el concepto de transgenerismo (Feminofilia) y la del individuo que se comporta como un “fémino-intérprete” (es decir, hombre que da vida a la persona femenina que tiene en su interior). Monseñor comprendió la psicología y la filosofía que están implícitas y por esa razón emplea la abreviatura “FI” (“fémino-intérprete”) en su artículo.

2. EL PUNTO DE VISTA DE UN SACERDOTE

Mnsr. Dwyer envió una carta adjunta a su artículo en la que afirma:

Deliberadamente he tratado de mantener mis observaciones a un nivel de generalidades que soslaye las consideraciones de orden moral vinculadas con la FI que pudiesen ser privativas exclusivamente de los católicos. Los problemas tratados con seguridad afectan a numerosos FI, independientemente de su afiliación eclesiástica.

Anticipándome a las obvias críticas que se me pudieran hacer por haber planteado muchas interrogantes, pero abstenerme de proponer respuestas específicas, considero necesario aclarar que, a las preguntas planteadas, sólo pueden darse respuestas sobre bases individuales, porque las circunstancias varían en cada caso. Así, incluso si cien hombres hicieran idéntica pregunta, sería imposible dar a todos la misma respuesta, pues lo que puede ser recomendable para uno, bien puede provocar en otro un daño irreparable.

Nadie puede saber todas las respuestas, pero las oportunidades que ofrece para la comunicación una publicación como TRANSVESTIA proporcionan a las personas amplias facilidades para ventilar sus problemas y nada disipa más un problema que el hecho de sacarlo a la luz. Los problemas se gestan en el secreto, muy en particular cuando se trata de problemas morales.

LA FEMINO-INTERPRETACION Y LA IGLESIA

por Mnsr. Adrian Dwyer

Es imposible proponer una “declaración de principios” para responder a su pregunta acerca de cuál es la actitud de la Iglesia Católica con respecto a la FI. La Iglesia hace declaraciones oficiales acerca de cuestiones morales cuando considera necesario hacerlo; pero, en términos generales, se espera que las personas normen sus propias conciencias y resuelvan sus problemas propios aplicando los principios morales generales. Cuando se requiere de consejo, uno puede obtenerlo de su confesor o de algún cura que merezca nuestra confianza.

En mi opinión, algunos varones efectivamente practican FI sin que ello implique un peligro moral grave ni para ellos mismos ni para los demás. Estas personas no tienen un problema moral puesto que nada hay intrínsecamente pecaminoso en preferir una forma de vestirse a otra. El hecho de que un hombre asuma el atuendo y el aspecto general de una mujer no es en sí mismo ni por sí mismo un acto gravemente inmoral.

A diferencia de estos FI que no tienen ningún problema moral, otros padecerán conflictos de conciencia como consecuencia de distintas dificultades. El problema más obvio son las actividades sexuales incidentales o efectivamente relacionadas con su travestismo, pero muchos otros factores pueden ser causa de conflictos.

Un padre, por ejemplo, puede preocuparse por las repercusiones de su conducta y sus responsabilidades paternas: ¿Qué efecto puede tener su FI sobre sus hijos? El tiempo que dedica a su FI y el engaño que implica, si lo hace a escondidas de sus hijos, ¿no significa una seria negligencia de sus deberes? Y, si sus hijos lo descubren, ¿cómo afectará sus vidas ese descubrimiento? ¿Existe la posibilidad de que su conducta FI pueda ser la causa de un desastre moral para sus hijos?

Un hombre casado puede llegar a tener las mismas preocupaciones con respecto al trauma moral que puede infligir a su esposa debido a sus inclinaciones FI: ¿Sus actividades son susceptibles de causar a su esposa conflictos morales que, de otra manera, no tendría? ¿Hasta qué grado es culpable por las desavenencias, los resentimientos y hasta el odio que pueda engendrar su FI? Si su matrimonio naufraga, ¿será por culpa suya?

Además de estos problemas claramente evidentes, hay otros más sutiles que también se manifiestan: Tomando en cuenta las pesadas cargas económicas que tiene que enfrentar la familia de un hombre normal por los gastos familiares cotidianos, y eso sin considerar las previsiones para el futuro, ¿cómo puede él justificar los gastos que implica su FI? O bien, puesto que en nuestra civilización la forma en que uno se viste significa una declaración explícita del sexo al que uno pertenece con todas sus implicaciones consecuentes, el hecho de poner en práctica su FI, ¿no es una grave mentira, al menos en los casos en que el engaño puede afectar a otras personas?

Los FI no son los únicos que tienen problemas, pero sí tienen problemas peculiares porque tienen poderosos motivos personales para mantener su problemática en secreto. Esta tendencia a la clandestinidad hace que sea sumamente difícil para el FI encontrar una solución a sus problemas, no porque los problemas mismos sean más complicados que los de los demás, sino debido a que uno nunca puede resolver una dificultad si es incapaz de sacarla a la luz y considerarla en forma adecuada, honesta y realista. Con frecuencia sucede que basta con una confrontación directa con el conflicto para hacer evidente cómo es posible solucionarlo. Muchas veces, la simple discusión del problema conduce a los mismos resultados. En otros casos, la simpatía y comprensión de otras personas contribuye a proporcionar a quien lo sufre la fuerza y el impulso necesarios para que él mismo lo solucione.

Cualquier FI que consulte a un sacerdote acerca de sus problemas, por lo general encontrará que el cura hará un sincero esfuerzo por prestarle ayuda. Sin embargo, debido a la naturaleza peculiar del fenómeno de la FI y de la reluctancia de muchos FI a pedir ayuda a aquellos cuya reacción a su conflicto les resulta imprevisible, lo más usual es que un FI consiga la mejor ayuda por parte de otro FI.

Nadie espera, por supuesto, que la ayuda que un FI pueda proporcionar a otro excluya la necesidad de orientación por parte de los especialistas en problemas morales complicados; pero, con frecuencia, una persona que ha resuelto su problema por sí mismo, puede mostrar el camino hacia la solución a otro que tenga dificultades semejantes. Incluso cuando es indispensable el recurso a profesionales, no es raro que ayude el hecho de “romper el hielo” a nivel no-profesional. Por esta razón, el programa educativo que ustedes han organizado y las diferentes actividades derivadas directa o indirectamente de su empresa, pueden ser un valioso recurso para la promoción del bienestar espiritual de los FI y una preciosa contribución para que recuperen su tranquilidad de conciencia.

* * * * *

Susanna, una de las colaboradoras habituales de la revista TRANSVESTIA, escribe una provocativa columna titulada “Susanna dice”. En el No. 32 de TRANSVESTIA, ella planteó una agresiva clasificación de las esposas de travestistas, ubicándolas desde el grado de excelencia hasta el de fracaso. Aquí se reproduce parcialmente dicho artículo porque nuestra colaboradora pone énfasis en muchos puntos interesantes e importantes.

3. ESPOSAS DE LA “A” A LA “F”

He dudado mucho antes de decidirme a escribir acerca de las esposas de los travestis porque es casi imposible postular cualquier cosa que sea pertinente para todas ellas. En todos los campos en que están incluidos seres humanos, todo intento de generalización provoca oleadas de protestas por parte de aquellos que no se identifican con el postulado general. Mis circunstancias me limitan a no escribir más que acerca de las esposas que conozco personalmente y de aquellas cuyas actitudes me han sido comunicadas por sus maridos durante nuestras conversaciones o por medio de nuestra correspondencia. Con el propósito de facilitar este análisis, he clasificado a las esposas en seis categorías, tomando como modelo los seis grados con los que la mayor parte de las escuelas califican el aprovechamiento de los alumnos *. Tendremos, entonces, esposas de nivel “A” (excelentes), esposas “B” (buenas), esposas “C” (regulares), esposas “D” (aceptables), esposas “E” (malas) y esposas “F” (un fracaso total, calificación reprobatoria). No hay que olvidar que esta es una clasificación considerada desde el punto de vista del travestista y, por lo tanto, sumamente parcial.

ESPOSAS “A”:

Antes de entrar a la descripción de estos maravillosos especímenes de la especie humana, me parece oportuno mencionar que la Esposa “A-Plus” sería aquella que alcanzaría el éxtasis cada vez que su marido se vistiera de mujer. Ella lo llevaría personalmente de la mano al tocador y procedería a transformarlo en una dama. Su mayor felicidad la alcanzaría cuando gozara de la compañía femenina de él. Nunca se compraría nada para sí, a menos que antes hubiera adquirido algo igualmente atractivo para “ella”. Cuando, por cualquier causa él optara por no “vestirse” en alguna ocasión, ella se sentiría desolada. La Esposa “A-Plus” se considera la más feliz de las mujeres y le resulta incomprensible que otras esposas puedan llevar una vida marital satisfactoria con un marido que no sea travestista.

Tras este vuelo a las alturas de la fantasía, volvamos a la realidad y a...

ESPOSA “A”:

Es una chica que realmente toma en serio el concepto de sociedad que implica todo matrimonio. Dos personas que comparten sus vidas al máximo (excepto en los casos en los que es imposible hacerlo; p.ej.: cuando el marido es un fanático del levantamiento de pesas, del fútbol americano, de cortar leña con hacha, etc.). La Esposa “A” ama a su marido tal como es y no intenta “hacerlo cambiar” en el sentido de lo que ella preconiza como el marido ideal. Ella lo acepta sin restricciones porque lo ama y está con él incondicionalmente. Se identifica con aquellas heroínas cinematográficas que, después de que su hombre ha cometido un crimen y va en camino de la cárcel, le dice: “Querido, estaré esperándote”, y se identifica en serio. Así es una Esposa tipo “A”. Sabe que el travestismo no es algo que pueda encenderse y apagarse a voluntad como un interruptor eléctrico. Discute la cuestión con su marido de principio a fin y está siempre dispuesta a verbalizar sus sentimientos. Disfruta de lo que el fenómeno significa en sí mismo. Está bien dispuesta a conocer a otros travestis y a sus esposas, y los ayuda a entender y superar el fenómeno...

ESPOSA “B”:

* Tal es el sistema de calificaciones en la mayor parte de las escuelas anglosajonas, en particular norteamericanas, siendo “A” la mejor calificación y “F” la mínima y reprobatoria (N. del Tr.)

La siguiente es la Esposa tipo “B”, que es una mujer de personalidad entusiasta, de espíritu práctico, incapaz de creer que una persona no pueda superar sus problemas. Es una buena esposa de travesti, aunque no le preocupe especialmente indagar “los porqués ni los orígenes” de lo que ella considera “las peculiaridades inofensivas de su marido”. La Esposa “B” no se burlará cuando su esposo se vista de mujer, ni se opondrá a que lo haga cuando “no haya moros en la costa” (cuando estén a salvo de los vecinos y de los niños). Hará de buen grado las compras necesarias para satisfacer sus necesidades transgénicas, aunque probablemente no aquilate cuán significativos e importantes son para él los artículos de vestuario que ella adquiere en su nombre. Ella ha llegado a comprender que “su marido es más feliz” cuando se viste de mujer, pero no concibe que prefiera pasar un fin de semana vestido de chica, en lugar de pasarlo con los hijos o en la casa de campo de su hermana. La Esposa “B” ejerce, hasta cierto punto, una función equilibradora sobre su marido. Asume que él no es lo suficientemente inteligente para balancear sus actividades familiares, evitando exagerar el ejercicio de sus preferencias genéricas cuando éstas vayan en detrimento del resto de las actividades que ella espera de su esposo.

No objetará que se vista de mujer, siempre y cuando sea discreto, cumpla satisfactoriamente con sus responsabilidades de proveedor y demuestre ser un buen padre para sus hijos y un amante esposo con ella. Si cumple con estas condiciones, a ella no le preocupa en lo más mínimo cómo se vista en sus periodos travestistas. Disfrutará incluso de que se acueste con un camión de encaje simplemente porque a él le gusta, sin inquietarse por las razones que pueda haber detrás. Si llega a conocer a otros travestis y a sus esposas, los juzgará tan sólo por su calidad de “personas agradables” con quienes uno puede departir a gusto. Comentarán que a ella no le importa que él se vista de mujer y se mostrará orgullosa con los demás de que “su marido no beba ni apueste en exceso y sí, en cambio, le sea fiel”. En realidad, la Esposa tipo “B” intuye que esa “peculiaridad” constituye una garantía de fidelidad, puesto que si a él se le permite “vestirse” en casa, en ninguna otra parte se sentirá mejor y, en consecuencia, la probabilidad de que salga en busca de aventuras es prácticamente nula, sobre todo si es de la clase de travestis que acostumbre usar ropa íntima femenina debajo de su ropa masculina o que guste de tener pintadas con barniz las uñas de los pies.

Es, en definitiva, una chica práctica que no pierde oportunidad para fincar sólidas bases para su hogar; de alguna manera su actitud al respecto es como la de ciertas mujeres que no se sienten totalmente seguras de su matrimonio sino hasta que tienen hijos porque piensan que cuando un esposo es también padre, en caso de cualquier malentendimiento que surja entre ellos en el curso de su vida marital, los hijos siempre constituirán en factor primordial para la reconciliación y para resolver en forma pacífica la controversia. De alguna forma considera que, al aceptar las “extravagancias” de su esposo, tiene a su favor un argumento más en caso de que el cielo conyugal llegue a cubrirse de nubarrones. Se da cuenta de que no debe intentar “curarlo”, porque sabe Dios hacia qué otras cosas puede inclinarse para reemplazar su travestismo si se ve obligado a renunciar a él. En todo caso, el tener un marido travesti la hace sentir más segura. La principal diferencia entre una Esposa tipo “A” y otra tipo “B”, consiste en que esta última no comparte con la primera su interés en compartir plenamente con su esposo su vida transgénica. No por ello dejará de ayudarlo a que se vea bien, le aconsejará, incluso lo acompañará en sus incursiones al exterior si lo considera suficientemente seguro, pero básicamente sentirá que su peculiaridad no le concierne más que a él y que su

participación se limita a aceptarla de la misma forma en que uno acepta las particularidades de un niño amado.

La Esposa “B” siente que, hasta cierto punto, en lo que concierne a esta situación particular, ella es más madura que su marido y, por tanto, es uno de los aspectos de su vida conyugal en el que posiblemente ella sea superior a él, en virtud de no padecer de ninguna peculiaridad por su parte. Considera al travestismo como un detalle de debilidad en una personalidad que, en sus demás aspectos, es fuerte y casi perfecta; aunque, por otro lado, admita que no se trate de una debilidad desagradable ni dañina y que, por tanto, no sea difícil de sobrellevar. Además, en ocasiones puede llegar a ser una fuente de diversión para ella, como cuando le permite lavar los platos o cuando le es sumamente útil al realizar una serie de trabajos domésticos que pueden llegar a ser demasiado pesados para el ama de casa. “Querido, ya que estás lavando tus cosas, ¿no quisieras lavar las mías?”. Argucias que funcionan maravillosamente.

LA ESPOSA “C”:

Cuando un travesti está casado con una mujer de este tipo, siente que todo está bien, que podría ser peor, ¡mucho peor! Por lo general, este tipo de esposa requiere de gran cantidad de explicaciones y de una extraordinaria paciencia para aceptar la “rara conducta” de su marido, pero finalmente consecuenta con la idea, aunque no deja de desear que hubiera algún medio de eliminar esa “conducta ridícula”. Se esfuerza en adaptarse de la mejor manera si se encuentra en una reunión de travestistas e intenta de buena fe aceptarlos y que le agraden en calidad de amigos de su esposo. Admite que la mayor parte son personas agradables, pero considera una lástima que pierdan su tiempo en algo tan improductivo y carente de sentido como el reunirse vestidos de mujer, con maquillaje y pelucas. Al término de cada reunión transgénica, desea en secreto que su marido haya tenido suficiente satisfacción en vestirse de mujer como para que le dure lo más posible y se siente en extremo defraudada si él pretende “vestirse” de nuevo al día siguiente. Lo consecuenta, pero no lo anima, respecto a sus inclinaciones; se siente ridícula cuando le compra artículos femeninos, en tallas demasiado grandes. Intenta agradar a su “hombre”, comprende (¡al fin, después de interminables discusiones!) que él es como es y que lo más probable es que siga siéndolo el resto de su vida; pero, en el fondo, no le gusta y desearía que no fuera así. Ella intenta sinceramente que esa conducta le agrade, pero algo en su interior le impide aceptar emotivamente esas inclinaciones excéntricas.

Cuando esta esposa llega a descubrir la situación por vez primera, sufre un verdadero shock; piensa que su marido es “uno de esos pervertidos” de los que uno lee en los periódicos y es preciso librar una auténtica batalla cuesta arriba para convencerla que no es así. Pero, a veces, cuando él da rienda suelta a sus inquietudes y proyecta destellos de femineidad, el gusanito de la duda reptaba hasta los más recónditos de su mente. Sabe, no obstante, que es inútil luchar contra su “obsesión” y carga en silencio lo que considera que es “su cruz”. Se pone nerviosa cada vez que él se viste de mujer y vive con el temor de que su secreto sea descubierto y caiga sobre ella y su familia la burla y el escarnio. Tiembla al pensar que alguna de sus amigas llegue a descubrirlo y teme caer en una crisis nerviosa si “ellas” se enterasen. Como ella todo lo sufre en silencio, ya que ama al amable cónyuge y no lo regaña, él piensa ingenuamente “mi esposa acepta mi travestismo de buen grado”. Pero, ¡no es cierto, de ninguna manera! Si alguien inventara alguna píldora para “curar” el travestismo, ella sería la primera en administrársela subrepticamente con el pretexto de darle un nuevo remedio contra la gripe recomendado por su médico. En mi

opinión, la Esposa “C” es el tipo más frecuente entre las mujeres de los travestis; insisto, no obstante, en que estas categorías no son inamovibles. Una Esposa “C” bien puede convertirse en una de tipo “B” (¡sin que me refiera a su aspecto!) o incluso alcanzar el grado “A”. Casi siempre, depende del propio travesti poner los medios para lograr tal propósito.

LA ESPOSA “D”:

En el caso de la Esposa “D”, el travestista enfrentará dificultades. Ella sabe de sus intensos deseos y, a veces, contemporizará con ellos, pero él nunca podrá estar seguro de su reacción: algunas noches aceptará de buen grado su “compañía femenina”; pero, otras, se mostrará irritable, le lanzará miradas de desprecio que lo lastimarán hasta el

fondo del alma. Se quejará del despilfarro de dinero que significan todas esas compras estúpidas como una peluca cara o un bonito abrigo de invierno, sin que considere que él esté ganando bien. Le será indiferente que el se compre un rifle de caza o un juego de palos de golf chapeados en oro....¡pero un vestido de 20 dólares, de ninguna manera! También se niega a compartir sus ejercicios transgénicos y preferirá visitar a su madre el fin de semana para que él pueda desahogar solo sus impulsos.

La Esposa “D” nunca pierde la esperanza de poder reformarlo y hace todo lo posible por interesarlo y comprometerlo en lo que considera “actividades y objetivos netamente masculinos”; llega incluso a organizar reuniones imprevistas en casa con personas no-travestistas, a sabiendas de que interferirán con la velada en que él había planeado vestirse de mujer. Si el trata de besarla cuando está “vestido”, ella lo rechazará con un “¡No te atrevas a besarme mientras estés vestido así. Me das horror. Siento como si me hubiera casado con una MUJER!” O bien comentará: “¿Tienes que vestirte así cada vez que tienes un día libre?” Otras veces se volverá francamente hostil y le dirá: “Muy bien, ya que tanto quieres ser una mujer, entonces compórtate como una. Limpia la casa este fin de semana, lava la ropa, pláncala. ¡A ver si eso te gusta!” (¡Ella piensa que con esa clase de remedios lo curará!). Tendrá la idea fija de que el travestismo no significa otra cosa que el deseo de su marido de “convertirse en mujer”; no le cabe en la cabeza que pueda tener otras características o propósitos, muy posiblemente porque su esposo no haya conseguido explicarle la situación en forma adecuada.

Si la pareja tiene hijos, ella será recalcitrante en sus objeciones. “Prohibido “vestirse” en casa. Prohibido esconder todas esas cosas en el closet... ni siquiera en el desván. Imagínate si alguno de los niños lo descubre. ¿Cómo explicarles que su padre es un... un...” (sus sollozos le impiden completar la frase). En tales condiciones, nuestro travesti se abstiene y se abstiene y se abstiene... hasta que llega al borde de la explosión. En ese punto hará lo que cientos, miles probablemente, de travestís han hecho, hacen y seguirán haciendo: buscará un lugar, lejos de casa, en donde pueda vestirse de mujer ocasionalmente y en donde pueda también guardar sus vestidos y “sus cosas”. Y cuando llegue a reunirse con otros travestis casados con Esposas de tipo “A”, “B” o “C”, con una sonrisa triste se lamentará: “¡Cuánto daría por que ella me entendiera!”. Este es un caso en el que tenemos un matrimonio que consigue ir la pasando, aparentemente bien establecido visto desde el exterior, pero que, sin duda, tiene un agujero por debajo de la línea de flotación. A esta clase de parejas yo le doy un 50% de probabilidades de conseguir permanecer unidos durante toda su vida de casados.

ESPOSA “D”:

Entremos de puntillas en el hogar de una Esposa tipo “E”. En este caso, el agujero debajo de la línea de flotación es ya toda una plancha faltante en el casco y todo el mundo está achicando el agua a cubetadas para mantener la nave a flote. Ella no busca el divorcio, pero no quiere tener nada que ver con esa “horrible costumbre” y, desde luego, no levantará un dedo para ayudarlo en nada que tenga relación con su travestismo. No pierde oportunidad para recriminarle acremente la condición de sus amigos travestis, aunque no los conozca. El simula olvidar algún ejemplar de TRANSVESTIA, con la esperanza de que ella, por mera curiosidad, lea algunas páginas; pero no sucede así: se niega a “contaminarse” con esa terrible perversión. Cada vez que llegan a disgustarse, lo primero que le echará en cara será su travestismo; si llega a enfurecerse lo suficiente, aprovechará que él esté ausente en la oficina, para buscar en su armario y proceder sistemáticamente a destruir todo artículo femenino que él posea. Cualquier paquete que él traiga a casa despertará sus sospechas. Lo vigilará como un ave de presa cada vez que haga la maleta para salir en viaje de negocios para asegurarse de que no esconde nada femenino en su equipaje.

En honor a la verdad, ella preferiría verlo borracho que vestido de mujer. ¡Y eso es precisamente lo que con frecuencia sucede! El se siente tan frustrado que sustituye el vestidito por la botella. Lo trágico en esa clase de matrimonios es que la hostilidad que se da entre ambos con motivo del travestismo comienza a invadir otras áreas de la vida conyugal que nada tienen que ver con las tendencias del marido. El empieza a considerarla amargada e ingrata y suele pensar: “Después de todo, yo le doy todo lo que quiere, nunca le niego dinero... entonces, ¿por qué se niega a corresponder en esta simple cuestión?”. Ella, por su parte, se dice: “Lo hace sólo por molestarme. Sabe muy bien lo sensible que soy con esas cosas e insiste sólo para torturarme. Es cruel e ingrato, porque, después de todo, yo soy una buena esposa, una buena ama de casa, preparo sus comidas, lo cuido cuando se enferma... no entiendo por qué no ha de ser un poco condescendiente en ésto, que es lo único que le pido... que deje de vestirse de mujer”. La Esposa “E” siente que él la engañó, que le hizo trampas, sobre todo si ella descubre sus conductas transgénicas después de haberse casado. No obstante, aunque lo haya sabido antes de la boda, argüirá que ella nunca supuso que “eso” llegara a convertirse en una obsesión, que se imaginó que el matrimonio, por sí mismo, eliminaría “sus caprichos”. En otros casos, los celos empeorarán el cuadro, en particular si su esposo resulta ser un travesti atractivo. Aunque ella no lo admita, si por un milagro condesciende a asistir a una fiesta de travestistas y su esposo resulta ser el centro de atención y no ella, ¡se volverá verde de envidia! Parece increíble, pero llega a suceder. La Esposa “E” da por sentado que lo que el travesti desea es cambiar de sexo y se muere de miedo ante la idea de que un buen día su esposo decida comprar un billete a Casablanca.

ESPOSA “F”:

Si las características de la Esposa tipo “E” se intensifican, tenemos el retrato de la Esposa “F”: un verdadero infierno para el travestista. Cuando ella lo descubre, literalmente se cuelga de las lámparas, lo cubre de injurias y abre las hostilidades de un auténtico juicio de la Inquisición contra el desdichado. No le importará decirle a sus hijos que su padre es un degenerado y difundirá la noticia entre su círculo de amistadas, condimentándola con toda clase de rituales perversos “a los cuales la obliga a presenciar”. Goza de las exclamaciones de asombro de sus amigas y se convierte oficialmente en la “víctima” de ese tal por cual, su marido. Si él sugiere el divorcio, lo amenaza con arrastrar su nombre por el lodo en las cortes y no duda en hacerlo. He

sabido de más de un caso en el que el travestí involucrado fue literalmente echado del pueblo debido a las revelaciones hechas por su esposa durante el juicio. Nunca ni por ningún motivo intentará la esposa comprender el fenómeno del travestismo, ni siquiera informarse mínimamente al respecto. Para ella es sinónimo de homosexualidad y cerrará sus oídos por completo a cualquier intento pacificador por parte de algún amigo o incluso de un cura o un psiquiatra: para ella, “eso” es la cosa más horrible que pueda haber en el mundo... ¡punto final! Hace poco tuve conocimiento de un caso en el que la esposa simplemente tomó a los niños y abandonó a su marido, pues no estaba dispuesta a tolerar que sus “angelitos” permanecieran un minuto más bajo esa influencia nefasta. El desafortunado travesti estaba hecho un mar de lágrimas mientras me narraba la historia.

Así, llegamos al término de este análisis, somero e incompleto, de las esposas de travestistas. Las del tipo “A”, “B” y “C” son difíciles de encontrar; sin embargo, es muy posible que su número sea mucho mayor de lo que suponemos porque, sin duda, hay miles de travestistas de los que nunca sabremos nada porque viven felices “vistiéndose” en casa en compañía de sus maravillosas mujeres tipo “A” o “B”. Es igualmente posible que nuestro optimismo al respecto sea desmedido y que, en realidad, la mayor parte de ellos se encuentren unidos a esposas incluidas dentro de las categorías “D”, “E” y “F” y que por eso creamos necesario advertir a todos aquellos que planean contraer matrimonio: “¡No lo haga! Lo más probable es que se arrepienta”. Abundan los casos de aceptación previa por parte de las amiguitas, (más tarde las novias), que se convierte en franco rechazo después de unos cuantos meses, o incluso después de años, de vida en común. Resulta sumamente decepcionante para una persona travestista comprobar que su maravillosa mujer tipo “A” empieza a deslizarse cuesta abajo, a toda velocidad, a lo largo del alfabeto. Pese a todo, yo quisiera terminar con una nota de optimismo: estoy convencida que por medio de su auto-aceptación, el mayor conocimiento de sí mismos y la aplicación de sus talentos femeninos, buena parte de los travestistas conseguirán empujar a sus esposas cuesta arriba en dirección de las alturas de las Esposas “A” y “B”.

* * * * *

La siguiente carta, escrita por un travesti a su esposa, fue enviada a TRANSVESTIA para su publicación. El autor, considerando que convenía hacer una breve presentación de sí mismo, adjuntó estos párrafos introductorios.

4. ALEGATO DE UN MARIDO TRAVESTI

Querida Virginia:

Adjunto copia fiel de una carta que escribí recientemente para mi esposa, después de once años de matrimonio.

Tengo 35 años, mido más de 1.80m, peso cerca de 100 kg y soy un Oficial de la Marina Mercante. También soy, por supuesto, un travestista.

He practicado el travestismo por tanto tiempo como puedo literalmente acordarme. Durante los primeros diez años de matrimonio, Gloria, mi esposa, se mostró fríamente distante con respecto a mi compulsión, a pesar de que yo se la había comunicado antes de comprometernos e incluso le había explicado claramente que yo no podía dejar de ser lo que era. A lo largo de esos diez años, puse todo mi empeño en ignorar su actitud, de darle gusto y en hacer que nuestra vida matrimonial fuese lo más feliz posible; pero, de

todos modos, era como si viviera sin mi brazo derecho, sin una pierna y sin un ojo, al extremo de llegar a un quebranto total. Al comprobar tan desastrosos resultados de mis honestos esfuerzos de represión, ella, para sorpresa mía y como si fuera una decisión caída del cielo, instigó la completa manifestación de mi travestismo, pero bajo su control.

Tras un año de completa felicidad, para mí, y de la agradable sorpresa, para Gloria, de descubrir que mi conducta podía reservar interés y esparcimiento a ella también, me di cuenta que mi esposa aún conservaba ciertas dudas y temores normales, los cuales he intentado disipar con la carta adjunta.

Mi mujer la leyó y releyó, reflexionó y volvió a reflexionar y, sin duda, comparó su contenido con mis propias acciones y actitudes. Cuando finalmente comprobó que era una carta honesta en lo que a mí tocaba, y escrita con verdad y amor, sus dudas se despejaron y se volvió más cariñosa aún y más cooperativa, gracias a lo cual empezamos a vivir una nueva etapa de unión y solidaridad. También mi actitud mental halló la tranquilidad, mi vida se tornó más fácil y yo comencé a vivir una felicidad plena.

Gloria quedó tan impresionada con esa carta que insistió en que debía compartir su contenido con otros, con el propósito de que sus esposas confirmen su confianza en ellas mismas como mujeres, consigan eventualmente un mejor entendimiento de sus maridos y alivien algunas de sus dudas y temores.

Así que, por eso, la estoy adjuntando; quizás no sea gran cosa lo que representa; pero, al menos, es una verdad, tal como la observa un marido travesti y que la ofrece a su esposa.

Con los mejores deseos para un mayor entendimiento

**Gene y Gloria
(con Theresa, entre líneas)**

* * *

Mi adorada:

Al momento de escribir esta carta, me encuentro a miles de millas de distancia de ti y mucho me duele esta separación. Tengo presente, y esto me hace quererte más aún, el saber que tu te encuentras atrapada en un laberinto de confusión mental, aunque a mí no me manifiestes más que tranquilidad y bienestar cuando estoy contigo.

Quisiera aprovechar estas horas de calma para esbozar para ti ciertas informaciones acerca de mis fuertes impulsos transgénicos, de los que tu estás enterada. Confío en que puedan aliviar parte de tu confusión y ansiedad.

Aprecio tus esfuerzos por informarte mejor acerca de la naturaleza de mi aberración * (a falta de una palabra más adecuada) leyendo cuanto texto especializado puedes conseguir. Permíteme asegurarte, adorada mía, que yo ya he pasado por todo

* A finales de los '70, la Organización Mundial de la Salud (WHO, por sus siglas en inglés) modificó sus clasificaciones en virtud de los nuevos y contundentes descubrimientos acerca del travestismo. El término taxonómico adecuado para clasificar esta práctica es el de "Filia" (que significa "preferencia", "gusto por..." (N.del Ed.).

eso, igual que cualquier otro travesti que haya conocido, con mucho mayor avidez y con mayor profundidad de asimilación de la que creo puedas llegar a tener tu con respecto a esta cuestión, simplemente por el hecho de que tu no eres uno de nosotros. Déjame que intente, en mi calidad de persona involucrada, tratar de allanar el camino de tu búsqueda por medio de estas breves, escuetas explicaciones.

Nadie, hasta ahora, ha conseguido explicar satisfactoriamente las causas de esta conducta; así, a falta de una mejor, te expongo la mía:

En primer lugar, a estas alturas tu ya sabes que el travestismo constituye un fin en sí mismo y que nada tiene que ver con lo que tu conoces como homosexualidad. Una década de dedicadas relaciones conyugales, de múltiple paternidad, de integridad, de amor por tí, estoy seguro de que son pruebas suficientes para tí y que tu lo entiendes mejor que nadie. Confío plenamente en tu inteligencia. Abre tu corazón y pregúntate si el hombre que es el padre de nuestros hijos, tu esposo y tu amante debe o puede ser marcado con tan cruel calificativo.

Esta ausencia de vinculación con conductas invertidas, ya sea declaradas o latentes, ha sido expuesta por opiniones tan autorizadas como son todos los investigadores clásicos como Freud, Krafft-Ebbing, Jung, etc. y puedes comprobarlo por tu propio conocimiento de mí. Estos estudiosos también han demostrado a su satisfacción que la represión o rechazo de este impulso sólo redundará en otros tipos de personalidad de naturaleza indeseable debido precisamente a haber coartado la necesidad de su expresión. También han comprobado que esta condición no responde a ningún método o tratamiento, ni físico ni psicológico; todos los intentos realizados en ese sentido sólo han contribuido a hacer más ingente la necesidad. Tu misma has sido testigo, en estos diez años, de los resultados de mis esfuerzos por abandonar mis inclinaciones, cuya inhibición me causó úlceras, hipertensión, etc., consecuencias que, con seguridad, deben haberte impresionado al grado de moverte a estimular y ayudarme a manifestar mi travestismo. Estoy seguro de que te diste cuenta, en base a tus observaciones personales, que el método más eficaz para lograr la tranquilidad es el permitir su expresión. Y tienes razón.

A partir del momento en que me diste tu aprobación y tu maravillosa asistencia, mi amor por tí y mi disfrute en nuestro matrimonio se incrementaron de una manera indescriptible. Mi vida actual está libre de falsedades y aprehensiones y he dejado atrás las profundas angustias que son el resultado de tan aguda frustración.

Nosotros los travestis sabemos que la mayor parte la gente, por desconocimiento, considera que las conductas transgénicas son una confesión explícita de homosexualidad activa o latente, o, cuando menos, una declaración de mariconería o de virilidad dudosa. Conociéndome como me conoces, querida mía, sabes que no es así. Los atributos masculinos personales que desde un principio te atrajeron a mí, tu bien lo sabes, constituyen una parte integral de mi personalidad, de la misma manera que mi travestismo. Eso ha sido desde siempre un constituyente de mí y, como tal, fue un factor definitivo que contribuyó a hacer de mí la clase de hombre que te atrajo lo suficiente como para casarte conmigo.

Para aquellos de nosotros así privilegiados (o afligidos), esta compulsión puede llegar ocasionalmente a tan incontrolable intensidad que entonces sentimos que estaríamos dispuestos a abandonar cualquier otro propósito y cualquier otra ventaja, con tal de gozar de la oportunidad de satisfacer nuestro deseo devorador.

Afortunadamente, sin embargo, somos personas racionales y estamos conscientes, por supuesto, de que no es posible vivir absteniéndonos de expresar nuestras tendencias; pero, para todos y cada uno de nosotros, una existencia así restringida, no es vivir. Somos capaces de reprimir nuestros deseos si suponemos que su expresión puede causar infelicidad a nuestros seres queridos o hacerlos perder el respeto que nos tienen. Por desgracia, vivir así nos significa una agonía constante. No hay término más apropiado que “agonía” para significar nuestro estado de ánimo. El anhelo, la ansiedad, el deseo de vivir la profunda y serena tranquilidad de un interludio de expresión travestista provoca tan intensa perturbación mental cuando nos esforzamos por negar la urgencia de nuestro impulso, que nuestra vida se convierte en una mentira complicada y amarga que va creciendo cada vez más en complejidad y confusión.

Comprendo que, debido a tu educación conservadora, hayas tenido muy poca información acerca del travestismo y que esa tan escasa información en realidad sea la opuesta a la verdad. Comprendo asimismo que tu puedas hasta cierto punto considerar una invasión de la privacidad personal o una forma de divulgación de cuestiones íntimas el hecho de que tu me ayudes a transformarme en una mujer atractiva. Tal vez llegues a sentir una especie de resentimiento porque no dejas de tener consciencia de que, detrás de esos vestidos y cosméticos, sigue habiendo un varón; y no un varón cualquiera, sino aquel que tu has desposado y que no deberías ni intentar siquiera descubrir el íntimo secreto de si lo sigues atrayendo todavía y si sigues provocando su interés. ¿Por qué —te preguntas— este hombre, que es tan masculino, cuya masculinidad es lo que más me atrae de él, pretende interesarse en los detalles personales de mi arreglo y de mi guardarropa, y aprender todos los artificios, todos los trucos cosméticos de una mujer?

Voy a intentar, querida, decirte por qué y también tratar de responder a otras de tus preguntas. Mi intento bien puede llegar a ser una empresa descomunal, pero confío en que me conoces lo suficiente como para poder seguir el hilo de mi exposición aunque, de cualquier manera, intentaré exponerte mis puntos de vista en un lenguaje sencillo y comprensible, así como recurrir a las frases con las que tu ahora estás familiarizada.

Como tu bien sabes, cuando me permito dar rienda suelta a mis breves períodos de fantasía, tanto tu como nuestros amigos travestistas me tratan con el nombre de “Theresa”. Esto parece afectarte de alguna incierta manera que no consigo determinar y tu no puedes tampoco explicármela. Este detalle de trato te resultará perfectamente natural si tan sólo lo consideras de la siguiente manera: Nosotros únicamente simulamos convertirnos en chicas y nunca dejamos de estar conscientes de que, en realidad, somos varones; por lo tanto, no temas que lleguemos a estar inconformes con nuestra masculinidad ni que pretendamos transformarnos definitivamente en mujeres. Cuando nos acicalamos con prendas femeninas y logramos una apariencia tan aproximada como nos es posible con una muchacha de verdad, lo cierto es que simulamos ser una chica durante el breve tiempo de nuestra indulgencia, pero eso no es más que una simulación y nunca, definitivamente, la realidad. De ninguna forma tratamos de probar que padecemos de “personalidad múltiple” ni nada por el estilo. Usamos un pseudónimo femenino únicamente para describir nuestra URGENCIA travestista que motiva nuestras deliciosas (para nosotros) personificaciones; así como también para describir la imagen que intentamos conseguir. El nombre femenino sólo describe esa parte de nosotros que se involucra en nuestras tendencias transgenéricas. En cualquier otra circunstancia ajena al ámbito travestista, seguramente nos molestará que alguien ajeno nos llame por ese pseudónimo y reaccionaremos en protesta. Después de todo, tu lo sabes tan bien como

nosotros, no es aceptable ni adecuado, según las normas de nuestro sistema social actual, que un varón disfrute usando vestidos bonitos, cosméticos ni que se comporte con delicadeza y amabilidad extremas; no obstante, en honor a la verdad, ¿puedes imaginarte que una persona arreglada con los más bellos ornamentos femeninos, embellecida con todos los recursos del maquillaje y de la joyería, perfectamente peinada y ataviada, pueda ser tratado como “Chuck” o “Jake”, , “Flaco” o “Zurdo”? ¿No te parecería ridículo? ¿No crees que la forma habitual es más apropiada?

Nos has oído hablar a veces en términos, por ejemplo, de que “Theresa” estuvo “encerrada en el clóset” hasta que, por fin, “ella” consiguió “salir” al ganar ciertas “libertades”. Esto también parece perturbarte al grado de convencerte de que somos auténticos esquizofrénicos o hasta locos de atar porque esa forma de hablar parece contradecir nuestras aseveraciones de no padecer de “múltiple personalidad”. Permíteme que te lo explique.

Lo que realmente queremos decir con eso es que nos hemos visto obligados a ocultar nuestras TENDENCIAS durante años hasta que, por fin, logramos ser, en alguna medida, comprendidos y nuestros seres más queridos (tu, en mi caso) nos autorizan a ponerlas en práctica. Esta apertura nos permite aliviar en algún grado nuestra angustia, gracias a la indulgencia de nuestras esposas, pues podemos entonces liberar nuestros deseos más secretos y gozar de una determinada libertad al no tener que ocultarlos ni reprimirlos.

Puesto que tu eres una mujer de cálidos y comprensivos sentimientos, con un gran sentido común, confío sinceramente en que, a partir de ahora, estarás perfectamente tranquila con respecto a las razones por las cuales a veces soy llamado “Theresa”. Salvo en los escasos y breves períodos en que practico mis tendencias, yo sigo siendo tu Gene, como es natural y masculino. Aunque parezca extraño, pero aún cuando simulo ser “Theresa”, sigo siendo Gene. Este fenómeno te lo explicaré más adelante porque no quisiera complicar demasiado mi exposición.

Tal vez tu sientes, como les sucede a algunas mujeres, que el impulso transgénico de tu marido —esa necesidad poderosa, auténtica e imperativa de personificar y experimentar la femineidad— deriva de alguna forma de una posible o potencial falta de femineidad de tu parte o bien de que, por alguna deficiencia de tu propio ser, carezcas del suficiente atractivo personal. Mi muy querida bienamada, tal no es absolutamente de ninguna manera el caso, como lo comprenderás en un momento. Para comenzar y con la intención de esclarecerte la cuestión, permíteme decirte que mi travestismo ha estado en mí por tanto tiempo como mi memoria alcanza y que el único efecto que tu has tenido en él es el que intento describir enseguida.

Es una verdadera hazaña de increíble complejidad, dolor y amargura para un hombre travestista el verse forzado a vivir año tras año en la íntima compañía, impuesta por el matrimonio, de una mujer tan hermosa como tu eres, ocultando hasta la más mínima expresión de su amargura y de su frustración. El estar el tiempo todo consciente de por las muestras y accesorios de su femineidad legalmente justificada y, al mismo tiempo atraído por ellas, constituye la forma más pura, la más dolorosa forma de tortura que jamás se haya inventado. Poder constatar la fragilidad y delicadeza con que ella se rodea imbuida de la naturalidad consecuente a saberse merecedora de tales atributos; ser testigo constante de sus ademanes refinados, de sus actitudes sofisticados y reconocer su confianza en sí misma y la serenidad de su conducta y porte en que se reflejan su

encanto y su belleza; ansiar compartir esa pequeñas preocupaciones que le son prohibidas y en las que ella parece complacerse y disfrutar un placer intenso y sensual... es entonces, amada mía, cuando la desesperación y una cruel envidia se apoderan del alma de ese pobre hombre, lo mismo que de su ángel amado, hacia el cual se siente tan intensamente atraído precisamente por su perfecto dominio de las artes femeninas, y todo esto se convierte para él en el símbolo ostensible y humillante de su amarga frustración. Su último recurso es racionalizar esta compleja situación con toda claridad para guardarse para sí toda su envidia, amargura y frustración, así como sus celos. ¿Cuántos hombres son capaces de semejante sacrificio?

En síntesis, si tu no fueras una mujer de tan exquisita femineidad, de tan evidente belleza, encanto y gracia; si tu encantadora personalidad femenina no estuviese enriquecida por las cálidas cualidades de la cordialidad, la comprensión, el amor y la dicha o si no te comportases con el orgullo y la seguridad que tu tienes en tu propia condición femenina, entonces y sólo entonces, quizás podrías reprocharte de carecer de algún aspecto de la femineidad, la madurez o el atractivo de la mujer. Sin embargo, si tal fuese el caso, para empezar, nunca te hubiera pedido que te casaras conmigo ya que, para mí, no representarías la perfección. Por lo tanto, querida mía, ten la seguridad absoluta de que no hay mujer en el mundo que pueda motivar en mí el grado de respeto, admiración, amor y devoción que tu motivas en mí y, por la misma razón, ninguna otra mujer podría tampoco provocarme tan intensa envidia por su femineidad perfecta precisamente porque, para mí, tu representas el ideal de perfección en ese sentido.

Es inevitable para nosotros, travestis, torturarnos siempre a nosotros mismos por haber cortejado o desposado a la más deliciosa muestra de cualidades femeninas perfectas que hayamos podido encontrar, como es mi caso también con respecto a tu encantadora persona, porque a quien adoramos es a quien intentamos emular. Y entonces, bienamada, cuando, después de haber encontrado a esa joya, como a mí me aconteció, descubrimos en ella la mente y el alma de una mujer amante, comprensiva y solidaria, su compañía nos abre las puertas del paraíso. Lo contrario constituye el infierno en esta tierra.

Como es natural, en virtud de la perfección de la imagen que intentamos imitar por medio de nuestras personificaciones, los travestis también somos fanáticos de la perfección. No les envidiamos sus atributos físicos, ni sus glándulas o sus efectos; lo que pretendemos imitar son sus consecuencias en cuanto tienen un valor cosmético. Les envidiamos solamente su apariencia y sus características más típicas relacionadas con la capacidad de transformación estética, así como la habilidad para proyectar una imagen lo más alejada posible de lo que realmente somos. Intentamos asimismo compartir con ustedes ese relajamiento consecuente por breves lapsos de tiempo que nos permita un descanso de nuestro universo masculino gracias al ejercicio temporal de la dulzura, la suavidad, la delicadeza y el refinamiento cuya manifestación nos está vedada por nuestra condición masculina. Como es lógico, cuando emprendemos nuestras breves incursiones al mundo de fantasía femenino, somos mucho más exigentes en cuanto a la perfección que la mayor parte de las chicas auténticas, puesto que ellas ya nacieron con todos los atributos que nosotros pretendemos imitar. Cada uno de los modelos congénitamente femeninos cuenta ya con las virtudes de gracia, de configuración delicada, de formas y características refinadas y todas las características cimbreantes y adorables en su apariencia que nosotros deseamos desesperadamente poseer o, cuando menos, imitar por medio de nuestras interpretaciones; la consecuencia natural es que, cuando nos feminizamos, deseamos ser tratados por los demás, pero sobre todo por tí, como lo serían

los objetos de nuestras imitaciones, es decir, recibir las atenciones correspondientes a la apariencia que asumimos. Cuando ustedes nos tratan como a las chicas que pretendemos ser en esos momentos, su trato nos afecta profundamente porque significa que se dan cuenta de la perfección que ustedes representan para nosotros y que nos están concediendo y permitiéndonos compartir en cierta medida y por algún tiempo ese tan deseado encanto que tan ávidamente respetamos y admiramos en ustedes.

Deseamos representar el rol de una mujer en un mundo de mujeres, tan perfectamente como nos es posible, así como lograr una apariencia tan perfecta como podamos. Pero sería aberrante si actuáramos semejante papel y, al mismo tiempo, nos comportáramos como hombres de pelo en pecho, ¿no te parece? Si así lo hiciéramos, nos convertiríamos en un remedo sórdido y grotesco de lo peor de ambos sexos.

Nos esforzamos por vivir nuestras vidas de varón de la manera más decente y honesta que podemos y, por tanto, cuando nos evadimos de ella y nos permitimos vivir unos momentos de expresión controlada de nuestra deliciosa (para nosotros) fantasía, también tratamos y con igual esfuerzo, de comportarnos como chicas decentes: recatadas, amables, con modales refinados propios de una dama. Es natural, entonces, que nos guste ser tratados en esas ocasiones como creemos habernos hecho merecedores por nuestra conducta, de la misma manera que le gustaría a cualquier chica verdadera, que se comportara con iguales rasgos de carácter, que la trataran..

Como ves, para nosotros, la personificación es un fin en sí mismo y, en verdad, constituye el propósito y la idea final de todo el proceso. No nos “vestimos” con otros propósitos ulteriores ni como un medio para lograr otros fines. No nos vestimos de mujer con la intención de atraer a otros hombres ni para “engañar” a propósito a nadie (salvo a nosotros mismos y, eso, con plena consciencia); nos “vestimos” como un reconocimiento supremo a la perfección que nosotros adoramos. Actuamos de esta inexplicable forma para compartir lo más completamente posible aquello que tanto amamos, la perfección del encanto femenino al que consagramos todo nuestro amor y todos nuestros empeños.

Algo más. Hoy en día, como ha sido siempre a través de los tiempos, el mundo masculino es un mundo duro, exigente, competitivo en el que escasean las oportunidades de disfrute de la más mínima dosis de serenidad y paz. Y, por otra parte, el universo femenino nos parece en cambio un ámbito que contrasta por completo con el nuestro y ansiamos compartirlo aunque sólo sea durante unas cuantas horas para disfrutar de su serenidad, su tranquilidad y su calma, así como las satisfacciones táctiles que le son propias y, al mismo tiempo, sumergirnos totalmente en esa adorada imagen.

Nuestras necesidades de refinamiento, delicadeza, suavidad y afectación en el vestido, el ambiente, el comportamiento o la compañía son imposibles de satisfacer en el universo masculino debido, por supuesto, a la necesidad de preservar nuestra reputación, dignidad e ingresos que imponen las duras normas que en la actualidad rigen todo el sistema social. No es entonces sorprendente que nosotros, los que competimos en la jungla masculina, ansiemos un escape momentáneo para apaciguar un poco nuestra insatisfecha necesidad espiritual de tranquilidad y paz, así como para permitirnos estar en contacto con todas esas hermosas cositas delicadas y tan agradables, todas esas cositas que por regla general nos están vedadas. En algunas personas esta necesidad de escapar adopta la modalidad del travestismo.

Casi todos los travestis consideran que ustedes, las mujeres, gozan de la mejor parte de la vida, gracias a su habilidad para vivir ajenas a la necesidad de la competencia

aguda y de todos los turbulentos e imperiosos esfuerzos, tanto físicos como mentales, que impone dicha competencia. ¡No es raro que ustedes nos sobrevivan!

Todos nosotros —y me siento autorizado para hacer tan amplia generalización sin temor a ser contradicho porque yo he vivido en este universo transgenérico cada uno de los días de mi vida—, repito: todos nosotros las adoramos a ustedes, las genuinas mujeres, las amamos y las reverenciamos, las veneramos y las idolatramos, las respetamos y las envidiamos, única y exclusivamente por ser lo que son: hermosas, amables, suaves, delicadas, verdaderas damas, frágiles mujeres. Y nos sentimos tan intensamente atraídos por ustedes en calidad de amantes y de objetos de nuestra adoración que deseamos sobre todas las cosas compartir literalmente cada uno de los aspectos de su maravillosa existencia. Y ésto, que ahora te resultará evidente, es una forma mucho más profunda y mucho más preciosa de compartir, que cualquier otra que puedan asumir los llamados hombres “normales”. (Y hasta es probable que dispongamos de un más alto grado de capacidad de posesión).

Por todas esas razones, nosotros intentamos parecernos a ustedes, comportarnos como ustedes, sentir como ustedes sienten y ser tratados con el mismo trato que ustedes reciben, cuando menos durante los breves momentos en que nos sumergimos en esta efímera, ansiosa vida.

Mi bienamada, eso es más o menos lo que yo puedo decirte. Es la verdad y, la exposición más clara y exacta que me es posible de la exploración introspectiva de lo que mi espíritu siente.

Espero que la lectura de estas líneas te permitirá conocer mejor, para bien o para mal, mi pensamiento; porque, cuando tu me acordaste tu anuencia y hasta tu asistencia con respecto a mi travestismo, te prometí que nunca más te ocultaría nada y, desde entonces, no guardo para tí ningún secreto... nunca más.

Con todo mi amor,

Gene.

* * * * *

5. UN AMIGO INTENTA AYUDAR

Algunas esposas están tan asustadas por las implicaciones del travestismo que se niegan a aceptar o hasta a escuchar las razones que se les ofrecen para ayudarlas. El miedo engendra más miedo y ellas pueden llegar al extremo de la histeria y, para conseguir romper esa barrera, es preciso aplicar tácticas enérgicas. La siguiente carta fue escrita de manera firme y decidida por un amigo travestista del marido, travestista también, de una mujer que era decididamente reticente a prestar la menor consideración a los problemas de su esposo.

Querida Sra. ...

Escribo la presente con la esperanza de que la encontraré con la suficiente amplitud de criterio como para enfrentar algunas verdades crudas acerca del travestismo. En el

caso de que, sin embargo, considere que todo aquel que no esté 100% de acuerdo con usted quede automáticamente descalificado, le sugiero que interrumpa ahora mismo la lectura porque, de no hacerlo, estará perdiendo su tiempo. Las verdades a las que antes me he referido son las siguientes:

1. El travestismo no es una enfermedad. Pareciera que usted se considera calificada para diagnosticar y hacer juicio para determinar quienes están “enfermos” y quienes no. Desconozco en qué razones se basa para considerarse calificada y, por lo tanto, no podemos discutirlo; no obstante desearía poner énfasis en que muchos eminentes e imparciales autoridades médicas han llegado a conclusiones que difieren diametralmente de las suyas. En el pasado, los Dres. C. G. Jung, Havelock Ellis, W. S. Pugh (así como Alfred Kinsey, quien no es médico) han estudiado este tema; sus hallazgos están siendo confirmados por los Dres. Monay (John Hopkins), Stoller (UCLA), Benjamin (Nueva York) y otros. En síntesis, ellos han comprobado que todos los hombres conllevan un componente femenino que se manifiesta de una u otra forma. Algunos varones manifiesta este aspecto discretamente como parte de su vida cotidiana; otros lo combaten y reprimen con un mayor o menor grado de tensión interna como consecuencia. El travesti tiene que expresar su femineidad en la relativamente inaceptable forma de personificarla sólida y tridimensionalmente vistiéndose como la mujer que él siente que, parcialmente, es. Hay otras formas de expresión menos aceptables, como es el caso de la homosexualidad; sin embargo, parece ser que cuando se adopta una forma de expresión, no se cambia a otro “canal” y la persona transgénerica no cambia de medio de expresión.

2. Los travestistas no son varones de segunda categoría. No todos nosotros conseguimos llegar a la celebridad puesto que aparentemente representamos un sector con iguales características en términos de Coeficientes de Inteligencia que los demás, yendo del idiota hasta el genio; no obstante, una buena parte de nosotros ocupa suficientes posiciones de alto nivel como para que eso constituya un punto de interés. Yo conozco, personalmente o por conocimiento instintivo, a estos travestis:

Un artista mundialmente reconocido que ilustra incontables libros y calendarios;

Un alto funcionario del Departamento de Policía de una ciudad de primera importancia;

Uno de los ingenieros responsables de gran parte de las operaciones aerospaciales;

Un comediante sumamente apreciado por sus actuaciones en cine y televisión;

Un exitoso psiquiatra clínico en el área de Nueva York;

Y yo mismo, un científico e ingeniero con numerosas patentes registradas en los Estados Unidos e innumerables publicaciones.

El hecho de que podamos practicar este “arte”, en condiciones de relativa seguridad, se debe a nuestras precauciones innatas y a las excelentes leyes contra el chantaje que nos protegen de la misma manera que a los demás ciudadanos.

3. “ELLA”, el aspecto femenino de su esposo, no es su rival. Parece evidente que el odio y el desprecio de los que ha dado muestras indican que usted tiene un miedo cerval de

“ella”. HAY un motivo para ese temor, pero no es ninguno de los que usted supone, porque ella nunca podrá suplantar a ninguna mujer genuina. Sin embargo, ella representa para su marido el concepto idealizado de lo mejor que hay en la femineidad y cada acto hostil que usted inflige en su contra, la va alejando más y más de ese ideal. Usted no puede destruirla, pero sí puede destruir su matrimonio que se diría fue significativo tanto para usted como para su marido. El hecho de que ha avanzado bastante en ese sentido, debe resultarle obvio. No puedo más que tratar de adivinar cuántas agresiones semejantes más podrá resistir, antes de romperse, el auténtico amor que su esposo le tiene.

Aquellas esposas que, de buen o mal grado, han adoptado el camino de la tolerancia, de un criterio abierto y de la aceptación han descubierto que hay cosas que pueden aprender de ese “huésped” no invitado. La aceptación y tolerancia por parte de la esposa no significa que, automáticamente, la “chica” asuma el control; al contrario, cuando se resuelve el conflicto, la ansiedad que genera el “vestirse” se reduce y el marido tenderá a vestirse de mujer con menos frecuencia o estará en la mejor disposición para negociar la frecuencia más aceptable. Las ventajas derivadas de tales muestras de paciencia son una relación más intensa y más rica con sus esposos e incluso esa situación tan excepcional que es una genuina amistad entre los cónyuges.

Pues, ¡ahí lo tiene! Si usted sigue considerando que todos los travestis y todos aquellos que los toleran están “enfermos”, entonces no me cabe duda que las mismas palabras tienen tan diferente significado para nosotros, que todo intento de comunicación será muy probablemente inútil. De cualquier modo, es suya y sólo suya la decisión entre aceptar las muchas manos que se le tienden amistosamente o bien persistir en la trayectoria que ha seguido hasta ahora y llevarla hasta sus últimas consecuencias.

Atentamente

Sheila.

*** * * * ***

CUARTA PARTE

CARTAS DE ESPOSAS DE TRAVESTISTAS

Aunque desearíamos que lo que hasta ahora hemos expuesto en estas páginas haya proporcionado suficiente material para su consideración y algunos nuevos puntos de vista, tenemos que reconocer que todo ese material proviene de personas que no son las esposas de travestis. Sería normal que muchas de las esposas que leen este libro pudieran conservar aún ciertas reservas al respecto por no haber sido escrito por alguien que se encuentre en su misma situación familiar. Por esa razón, la siguiente parte está integrada únicamente con cartas de las esposas. Con frecuencia hemos recibido misivas de esposas que están seriamente perturbadas por el problema del travestismo. Sumada a la ayuda que la autora haya podido proporcionar personalmente, sus cartas fueron enviadas también a otras esposas experimentadas y comprensivas, suponiendo que la correspondencia entre ellas podría ser más útil. Por eso, algunas de las siguientes cartas son respuestas a las consultas hechas por esposas preocupadas. Otras fueron dirigidas a “Virginia”, en su calidad de Directora de TRANSVESTIA **, como respuesta a su solicitud de cartas que expusieran el punto de vista de unas esposas con la intención de que pudiesen ser de utilidad para otras.

Pese a que todas las esposas que leen este libro lo hacen en busca de información, soluciones y tranquilidad de espíritu, es imposible garantizar que encuentren específicamente lo que buscan. Sucede con frecuencia que ciertas esposas padecen sus propios problemas neuróticos por lo cual les resulta excesivo cargar también con los de su marido; pero para aquellas que gozan de fuerza suficiente, de recursos bastantes y de la motivación necesaria, las siguientes cartas pueden proporcionarles considerable ayuda y seguridad. Tratan los distintos enfoques con los que se puede confrontar el problema. Ninguno tal vez pueda ser totalmente aplicable a una situación particular; no obstante, sí constituyen una demostración de lo que otras esposas han aprendido para confrontar la cuestión. Aplicando un pequeño esfuerzo, un poco de amor y de consideración, cualquier esposa que se preocupe por la salud y la felicidad de su marido es capaz de hacer lo mismo.

Una última observación con respecto a que todas las cartas aquí publicadas fueron escritas por esposas que consiguieron adaptarse a convivir con un marido travesti. Tal vez algunas se inclinen a pensar que la presentación está inclinada “a favor”; pero, puesto que el propósito de este libro es contribuir a la comprensión necesaria para que sus lectoras consigan una mejor convivencia con el travestismo, no parece tener mucho sentido presentar las cartas que están “en contra”. Pensamos que la primera carta cumple con creces tal propósito. Todas las cartas que presentamos enseguida son cartas

* Véase Nota anterior, p.6.

auténticas de auténticas esposas y sus originales se conservan en nuestros archivos como prueba de su autenticidad, si acaso fuese necesario comprobarlo.

1. CARTA DE LA ESPOSA DE “GISELE”

Querida Virginia:

Me pareció apropiado poner en blanco y negro algunas de mis experiencias e impresiones relativas al travestismo ahora que se aproxima el segundo aniversario de nuestra relación, de mi esposo y mía, con Chevalier Publications y Phi Pi Epsilon.

Antes de contraer matrimonio, mi prometido me hizo saber que gustaba de vestir ropa femenina. En realidad, el asunto no me interesó gran cosa en ese momento y sólo recuerdo haber pensado que “eso” sólo sería un capricho pasajero. La verdad es que yo no sabía nada sobre travestismo y, por eso, ni siquiera fui capaz de pedirle aclaraciones cuando trataba de darme explicaciones acerca de sus sentimientos. Estábamos (y seguimos estando) enamorados y yo tenía un cúmulo de asuntos más importantes que resolver antes de la boda. Como no tenía la menor ocasión para “vestirse” delante de mí, simplemente pasé por alto el asunto, aunque no dejé de agradecerle que hubiera sido honesto conmigo antes de desposarme.

Después de casarnos, él quiso “vestirse de mujer” en casa y, naturalmente, comencé a interesarme más en la cuestión y a hacerle preguntas. Me contó que había estado “vistiéndose” desde tiempo atrás —siempre que lo consideraba “seguro”— y que incluso se había aventurado a presentarse en público como chica mientras cursaba la universidad. Al principio, me costó trabajo entender sus inclinaciones porque su conducta cotidiana era sumamente masculina, tanto en sus modales como en su apariencia y forma de hablar. No recuerdo haberme opuesto violentamente a su travestismo, pero en esa época no lo comprendía del todo y me limité a tolerarlo. Incluso llegué a pensar durante algún tiempo que quizás yo adolecía de suficiente feminidad o algo así y, de esa manera, yo estaba contribuyendo a fomentar sus tendencias transgenéricas. ¡Oh, cuántas veces lamenté en silencio no conocer a ninguna otra mujer en circunstancias similares con quien poder hablar!

Mi esposo advirtió mi estado de ánimo y comenzó una larga serie de discusiones sobre cada uno de los aspectos de la situación. Contaba con conocimientos y ejemplos acerca de las inclinaciones transgenéricas suficientes para tranquilizar mis inquietudes con respecto a mis propias deficiencias imaginarias e hizo gala de paciencia para explicarme en detalle sus teorías y filosofía personales, resultado —como supe más tarde— de sus prolongados estudios e investigaciones en la universidad, así como de sus experiencias propias. Juntos leímos y releímos cuanto libro conseguimos sobre el tema. Tuvimos largas conversaciones en las que discutimos a fondo el problema de manera lógica e inteligente, más que con histeria y prejuicio. Por último, llegué a la conclusión de que su inclinación era una parte constitutiva de su personalidad que precisaba ser expresada y que, en el peor de los casos, sólo podía ser calificada como una “rareza” inocua de su personalidad. Después de todo, no era ni homosexual ni pervertido; bien lo sabía yo, puesto que, excepción hecha de las sesiones ocasionales en las que surgía el aspecto femenino de su personalidad y se vestía de mujer, él era tan masculino y “normal” como cualquier otro hombre. La cuestión principal para mí era que no se trataba simplemente de un hombre cualquiera... ¡sino de mi marido! Pero cuando conseguí llegar a tener plena consciencia de lo mucho que necesitaba de alguien que lo entendiera y

tuviese simpatía por sus deseos y lo aceptara tal y como él era, simplemente decidí convertirme en ese “alguien”.

Conforme me fui adentrando en el tema del travestismo, comprobé que mi actitud al respecto también iba cambiando de una concepción negativa hacia un enfoque positivo de aceptación y de asistencia. No puedo precisar con exactitud cuando sucedió, pero un buen día me encontré revisando su guardarropa y observando que sus vestidos estaban pasados de moda. Decidí entonces que si iba a haber otra “chica” en casa, entonces yo tendría que hacer todo lo que me fuera posible para que “ella” estuviera bien vestida y adoptara los mejores modales de toda una dama. Puse al día los fondos, las faldas y los vestidos de “ella” acortándolos un poco. También fui de compras con mi marido, quien insistió en que si íbamos a comprar cosas para “ella”, también deberíamos comprar nuevas cosas para mí y yo, por supuesto... ¡no me negué! Nuestros respectivos guardarropas se vieron entonces enriquecidos con nuevos vestidos, zapatillas, blusas y accesorios; incluso compramos varias prendas de lencería iguales para ambos, lo cual fue un error porque no dejan de confundirme cuando lavo nuestra ropa. Tomé la peluca que había comprado en sus días de universitario y la llevé a que le hicieran un nuevo corte y un nuevo peinado; por último, comenzamos a “salir” juntas como dos chicas. Empezamos por dar cortos paseos a pie o en automóvil. El porte y los modales de “ella” eran aceptables desde el principio, pero me volví estricta y exigente para que “ella” fuese perfecta hasta en los más mínimos detalles.

Como también es natural, también tuvimos nuestras desavenencias como las tiene cualquier pareja de recién casados, pero éstas no tuvieron nada que ver con el travestismo. Pero aunque habíamos integrado exitosamente el travestismo a nuestra vida conyugal —en términos moderados, claro está, ya que yo me había casado con un “él” y no con una “ella—, algo nos estaba faltando: ¡nos sentíamos solos! Ciertamente que nos teníamos uno a otro, pero él necesitaba con desesperación conocer a otros travestis y yo sabía que, en el fondo, no podría estar totalmente tranquila sino hasta que pudiera hablar con otra esposa de travestista.

Y, así, casi tres años después de habernos casado, descubrimos Chevalier Publications y la revista TRANSVESTIA. En cuanto leímos la publicación de cabo a rabo supimos que nuestra búsqueda había llegado a su fin. ¡Esa gente era nuestra clase de gente! Hasta llegamos a celebrar nuestro “descubrimiento” eligiendo un nuevo nombre para “ella”: fue bautizada con el nombre de “Gisele” y, al día siguiente, le di un segundo nombre para completar su apelativo: “Clare”. De inmediato, Gisele se inscribió en FPE^{*}. Un mes más tarde, “ella” salió para asistir a su primera reunión en la Sección Theta de la FPE. Poco después fue mi turno de participar en una reunión en la que estaban invitadas otras esposas. Al principio me sentí nerviosa, pero la cordialidad y lo amigable de todos los asistentes pronto me hizo sentir a gusto. Y estoy convencida que todas las esposas, madres o novias que no hayan asistido a una de estas reuniones, debieran hacer todo lo posible por hacerlo cuanto antes. Compartir sus problemas, esperanzas y experiencias con otras “Chicas Genuinas” (G.G.^{*}) es útil y educativo en extremo; descubrirán que otros travestis y sus esposas G.G. son personas normales y simpáticas, pero también que, por

* Las siglas “F.P.E.” son las correspondientes latinas a PHI PI EPSILON, letras griegas que designan una organización social de travestis. FPE también son las iniciales que identifican la *Foundation for Full Personality Expression* [Fundación para la Expresión de la Plena Personalidad], una corporación no-lucrativa dedicada al acervo de información sobre el travestismo por medio de la investigación, así como a la difusión de conocimientos a través de acciones educativas. Esta organización social está dividida en “Secciones” con sede en varias ciudades y países. Su objetivo es proporcionar la oportunidad para que los travestistas y sus esposas entren socialmente en contacto con otras parejas, con fines de esparcimiento, esclarecimiento y diversión.

* G.G., siglas de la expresión en inglés “Genetic or Genuine Girl”, es decir “Chica Genética o Genuina” (N. del Tr.)

fin, es posible discutir un tema que nunca puede ser mencionado siquiera ante amistades y conocidos de su vida ordinaria: el tema de la transgeneridad. Más aún, en cuanto se dan por terminadas las discusiones serias de la reunión, todos los presentes se relajan y simplemente se divierten. Muy pronto uno se olvida ya de distinguir entre las chicas genuinas y las pseudo-chicas confundidas en una atmósfera de fiesta. Y uno se dice como lo ha dicho Virginia: “¡Es increíble cuánto pueden llegar a divertirse todos en una fiesta de la FPE sin que sea necesario servir ni una sola gota de alcohol!” ¡Cuán cierto es!

Sí, estos últimos dos años pasados en el universo transgenérico han sido muy satisfactorios para nosotros. Hemos conocido a muchos travestis y parejas travestistas y hemos establecido amistades duraderas con gente de todo el mundo, tanto personalmente como por correspondencia. ¿De qué manera podríamos corresponder a toda esa gente adorable por su ayuda para comprender más profundamente el travestismo y para romper el cascarón de soledad que nos encerraba antes de encontrar a Chevalier, TRANSVESTIA y FPE? Me temo que sólo podemos expresar nuestro agradecimiento de una manera indirecta, ayudando a otros cuando y en donde creamos poder contribuir al logro de la felicidad y la tranquilidad espiritual de que Gisele y yo gozamos hoy en día. ¡Y lo vamos a hacer! Aunque ninguno de nosotros jamás “aconsejará” el ejercicio del travestismo a nadie, sí deseamos que aquellos que lo encuentren ya establecido en sus vidas puedan llegar a aceptarlo, entenderlo y hasta a disfrutarlo tanto como nosotros lo disfrutamos. Este peculiar y fascinante fenómeno no es de ninguna manera incompatible con el matrimonio, siempre y cuando haya amor, respeto y confianza recíproca en la pareja.

La esposa de “Gisele”

* * * * *

La siguiente es una carta escrita por la esposa de un travesti a otra que estaba teniendo muchas dificultades para adaptarse a la misma situación. Siempre es más útil para una mujer comunicarse con otra mujer que ha enfrentado una situación semejante. Por esta razón, buena parte del trabajo de ayuda a las parejas para que consigan adaptarse a este fenómeno consiste en convencer a las esposas que han conseguido entenderlo para que ayuden a otras. La siguiente es una carta de ese tipo, enviada a una esposa preocupada y confundida. Aquí se reproduce con el propósito de que también pueda ser de utilidad a quienes leen este libro.

2. CARTA DE LA ESPOSA DE “SALLY” A OTRA ESPOSA

Querida Sra. ... :

Soy la esposa de un travesti y me he enterado del problema que esta anomalía ha causado en su matrimonio. Soy incapaz de explicar los motivos que mueven a un hombre a vestirse de mujer y tampoco he sabido de nadie más que pueda hacerlo, incluidos doctores y psiquiatras. Quisiera, no obstante, poder ayudarla a aceptar ese aspecto de la personalidad de su marido, sin sentimientos de culpabilidad, amargura u hostilidad; lo cual sólo puede lograrse por medio del amor, la confianza y el respeto. Pero si acaso estas cualidades básicas se han debilitado en el seno de su matrimonio, es probable que mi empeño resulte inútil.

Para comenzar, déjeme decirle que yo conozco las dificultades por las que está usted pasando, porque yo también sufrí las mismas penas. Aún no estábamos casados cuando descubrí el más oculto secreto de mi esposo y me sentí confundida, herida y desconcertada, a pesar de que él representaba para mí todo aquello que yo buscaba en un hombre y, además, lo amaba intensamente. Por esa razón, decidí que debía recopilar cuanta información al respecto estuviese a mi alcance. Creo que, durante los siguientes meses, nada ocupó tanto mi mente como esa preocupación. El y yo discutimos el asunto ampliamente: las posibles causas de su compulsión, la de otros travestis sobre los que había leído, y muchas otras variantes de la conducta humana. Más tarde, él comenzó a “vestirse” delante de mí. Su nerviosismo y aprehensión ante mi presencia cuando estaba vestido de mujer me movieron profundamente a intentar ayudarlo. Y por eso comencé a orientarlo en la selección de su ropa y la aplicación de su maquillaje, pese a que no había llegado aún a aceptarlo del todo. Estaba intentando determinar si algún día podría hacerlo.

Su entusiasmo ante las primeras fotografías que él admiró de sí mismo en su personificación de Sally lo hicieron feliz a tal grado, como sucedía entonces con muchos otros artículos femeninos, que decidí seguir intentándolo con mayor ímpetu, aunque todavía me repugnaba todo contacto físico con él mientras estaba vestido de mujer, pues la simple idea me resultaba repulsiva y asquerosa. Conforme fue pasando el tiempo, Sally y yo comenzamos a sentirnos a gusto conversando una con otra de temas que nada tenían que ver con el travestismo, es decir, de los mismos temas de que solíamos hablar Tom y yo. Poco a poco, comencé a ver a través de la ropa de mujer, hasta llegar a sorprenderme al comprobar haber pasado por alto sus vestidos. Me di cuenta, por último, de que Tom es Sally y que Sally es Tom: ambos son una misma y única persona total que no pueden, y tal vez no deban, ser divididos. Su atuendo no lo cambiaba, únicamente lo halagaba y lo relajaba. Tom no se molesta cuando yo visto pantalones o fumo cigarrillos. ¿Por qué habría yo de molestarme porque él se ponga un vestido y adopte actitudes femeninas? Si eso lo hace feliz, yo también debería sentirme feliz por él. Esta adaptación me tomó un año y medio, pero hubo momentos en que creí desfallecer, en que pensé que nunca iba a lograrlo. Pero lo logré y, desde entonces, mi vida es mucho mejor por haberlo intentado, por haberlo logrado.

En mi calidad de profesora, he tenido la oportunidad de observar de cerca la vida privada de muchas personas. Esto, y el hecho de haber pasado por un matrimonio anterior, me permiten afirmar que la relación que vivimos Tom y yo es muy especial. Su travestismo se ha convertido en un vínculo sagrado para nosotros que nos acerca uno al otro mucho más que a la mayoría de las parejas. El agradecimiento del travestí hacia una esposa comprensiva lo mueven a adorarla y rodearla de atenciones cariñosas. Nunca tiene una que temer, como tantas mujeres temen, de nada ni nadie que pudiese alejarlo de nosotras, porque compartimos lo más secreto de su ser. En lo personal, estoy convencida que casi todos los travestis tienen una mayor capacidad de dar amor a una mujer porque veneran a la persona femenina y no pueden menos que compartir con ella sus impulsos. El resultado es que manifiestan un mayor interés por una; nos colman de regalos porque saben por experiencia propia la alegría que producen los presentes. Las charlas de mujeres, que con frecuencia resultan triviales para los caballeros, se tornan interesantes para los travestis. La esposa de un varón transgénero no es tan sólo una parte de su vida, sino el centro de ella y la alegría que una siente gracias a su inquebrantable amor es ya una recompensa.

Aunque he tratado de explicarle la relación que usted y su esposo comparten, sé que aún puede tener temores muy concretos. Algunos pueden ser simples malentendimientos que pueden ser eliminados por medio de lo que se sabe sobre el tema; otros, en cambio, pueden ser más sutiles. Una de sus primeras inquietudes bien puede haber sido la sospecha de que sus deseos pudiesen estar motivados por tendencias homosexuales; pero las investigaciones médicas realizadas entre travestis han demostrado que las prácticas homosexuales son menos abundantes entre personas transgénéricas que entre la población considerada como normal. Los travestis se sienten más atraídos por las mujeres que los varones normales, ésto puede deberse a que su culto a la femineidad puede ser uno de los principales factores para desencadenar su compulsión. Puedo asegurarle asimismo que el gusto de su marido por vestirse de mujer no significa de ninguna manera que tenga la intención de transformarse definitivamente en hembra. El travesti bien adaptado disfruta de gozar de lo mejor de ambos mundos, el masculino y el femenino.

Algunas esposas se sienten celosas del lado femenino de sus maridos. Por mi parte, no puedo entender esos celos, porque considero que la parodia de femineidad de un hombre es la más sincera forma de halago para nosotras. Tal vez a usted le moleste que él tenga demasiada ropa que podría tener mejor uso y destino; pero, me parece, que si él es quien está ganando el dinero, bien merece el derecho de comprarse aquello que le gusta, ya sean palos de golf, artículos de cacería o bien ropa de mujer.

También puede suceder que él exagere su manía de vestirse de mujer. En mi experiencia, es lo contrario lo que sucede: ahora que mi esposo sabe que es libre de “vestirse” cuantas veces quiera, con mi anuencia total, sus inclinaciones han dejado de ocupar tanto espacio mental como ocupaban cuando tenía que ocultarlas en lo más profundo de su espíritu. Le doy un ejemplo: hace unos seis meses, mi marido y yo decidimos tratar de entrar en contacto con otros travestis por medio de la F.P.E. Queríamos hacerlo sobre todo para reducir sus sentimientos de culpa y para acrecentar nuestros conocimientos sobre la cuestión. Entre las personas que conocimos estaban Fran y su mujer con quienes hicimos amistad casi instantáneamente. Hace poco nos visitaron en nuestra casa. Uno podría suponer que dos travestis consentidos aprovecharían la ocasión para vestirse de mujer todo el tiempo; sin embargo, a pesar de que nosotras los invitamos repetidas veces a “vestirse”, ellos únicamente lo hicieron un par de veces, durante unas cuantas horas, en la noche. Todos teníamos otras cosas interesantes que hacer. Para mí, esto es una prueba de que no tengo nada por qué preocuparme con respecto a que mi esposo descuide su masculinidad.

Me queda, sin embargo, un temor: el que sea públicamente sorprendido. No sé si algún día consigamos superar ese miedo y tal vez no sea conveniente hacerlo. El secreto es muy importante y mantenerlo no resulta demasiado difícil. Hay que entender que no es prudente confiar en cualquier persona; muchos travestis lo ocultan incluso de sus familias. Por eso conviene preservar la privacidad en el hogar durante el tiempo en que nuestros esposos están “vestidos”.

Confío sinceramente haberle presentado un panorama de esta situación que de ninguna manera es una situación imposible. Creo, sin embargo, que es preciso que USTED logre controlar sus sentimientos y no que espere que él cambie los suyos. Las mujeres hemos invadido casi todos los campos del universo masculino: ropa, recreación, profesiones; no es justo que usted le cierre la puerta en las narices en cuanto él intenta penetrar en el suyo. Él busca y necesita comprensión. Amelo lo bastante para intentarlo.

La esposa de “Sally”.

* * * * *

3. CARTA DE LA ESPOSA DE “JEANETTE”

Querida Virginia:

El principal motivo que tengo para escribir esta carta es el de contribuir a que las esposas que no lo entiendan comprendan que su matrimonio con travestis puede ser exitoso.

Mi marido y yo nos conocimos en California y, después de varios meses de noviazgo, nos casamos por la iglesia. Cuando nos casamos, yo ya sabía que a mi esposo le gustaba ponerse zapatillas de tacón alto, pero ni siquiera imaginaba que guardase el gusto por otros aspectos del atuendo femenino. Tras seis años de matrimonio y por mero accidente, descubrí varias fotos de mi esposo vestido de mujer. Mi primera reacción fue de profunda desesperación y “me deshice en lágrimas”. Cuando él regresó a casa, lo confronté con mi descubrimiento y tuvo que admitir lo que guardaba tan secreto: sus sentimientos y sus deseos. Todo lo que yo conseguía pensar era cómo podía vivir con un hombre que gustaba de pavonearse con galas femeninas. No podía admitir sus inclinaciones como parte de su personalidad y a lo largo de varios años eso fue un gran obstáculo que se interpuso entre nosotros. Leí varios libros sobre el tema y debo confesar que seguía obstinada en no aceptar que su travestismo formaba parte de la personalidad de mi esposo; por su parte, no me presionaba de ninguna manera. Observé, sin embargo, que paulatinamente él iba acumulando características femeninas.

Ambos somos personas de carácter y ninguno de los dos insistía en que el otro cambiara de opinión al respecto. En esa época, yo pensaba que el divorcio era la solución de nuestro problema. Busqué y estudié las estadísticas sobre los hogares disueltos y la forma en que la ruptura afecta a todos los implicados. Entre mis hallazgos encontré, por ejemplo, que la mayor parte de los delincuentes juveniles provienen de hogares disueltos, que los segundos matrimonios no suelen tampoco ser felices (yo había imaginado que podría encontrar otra pareja) y que el divorcio no resuelve ningún problema, sino que crea otros nuevos.

Las cualidades que habían hecho que me enamorara de mi marido, tales como su amor por lo bello, su ternura, su amabilidad, etc., muy posiblemente podría volver a encontrarlas en otro hombre que me atrajera, pero también podía suceder que, con el tiempo, mi nueva pareja se revelara ser otro travestista o algo mucho más indeseable. A pesar de que no podíamos ponernos de acuerdo con respecto a la cuestión transgenérica, mi marido tenía muchos aspectos favorables. Es una persona cariñosa, un excelente proveedor, no bebe ni fuma, es un padre comprensivo y, un factor muy importante para mí, es cristiano. Siempre he agradecido que ambos hayamos sido criados en hogares en los que recibimos mucho amor y comprensión de nuestros padres. Esto contribuyó a convencerme que nuestros hijos también necesitaban de una madre y de un padre amorosos. Después de mucho pensarlo, considerarlo, y de mucho orar, llegué a la

conclusión de que, con amor y comprensión, yo podría llegar a aceptar la plena personalidad de mi esposo.

El punto crucial de nuestras vidas fue cuando, a través de usted, Virginia, conocimos a otros travestis y a sus encantadoras esposas y disfrutamos de su compañía. A eso siguieron largas conversaciones y, por fin, comencé a vislumbrar la luz. Por primera vez pude darme cuenta de lo importante que era, y es, para la vida de mi esposo, vestirse de mujer. Me propuso que consultara a un psiquiatra y lo interrogara acerca del travestismo si tal era mi deseo; pero decliné su ofrecimiento porque ahora estoy segura de que nuestro matrimonio está en buen camino de llegar a establecer firmemente un hogar en el que priven el amor y la comprensión para siempre.

Lo que yo puedo aconsejar a otras esposas de travestis es que amen y acepten a sus maridos por la clase de hombres que son y ambos, juntos, disfrutarán de su segunda naturaleza femenina. Ellos quedarán sumamente agradecidos y mucho más relajados en su actitud cotidiana frente a la vida. A partir del momento en que comprendí la necesidad de expresión de su naturaleza secundaria femenina, los dos hemos empezado a amar la vida y a disfrutarla y hemos construido juntos el más feliz de los hogares. Lo que más deseo es la mejor de las suertes y la felicidad de todos los matrimonios de los travestis.

La esposa de "Jeanette".

* * * * *

4. CARTA DE LA ESPOSA DE "FRAN"

Año y medio después de habernos casado, mi marido finalmente hizo acopio de coraje y me confesó su travestismo. Sé que para él, su confesión fue lo más difícil que había hecho en su vida, y que habría de hacer en lo futuro. Puedo imaginarme los tormentos por los que había pasado antes de hablar conmigo y doy gracias a Dios por haberle dado la fuerza para confiar en mí.

En la época en que ésto sucedía, no estaba familiarizada con el travestismo y, en mi reacción, se mezclaban toda clase de emociones; pero de lo único que estaba segura era que él estaba viviendo un infierno y que necesitaba ayuda desesperadamente. ¿Cómo podía yo darle la espalda a alguien a quien yo amaba con toda mi alma en el momento en que más necesitaba de mí? ¿Cómo podía hacerlo cualquier ser humano? Gracias a sus detalladas y sensatas explicaciones y con el auxilio de numerosas lecturas, fui aprendiendo poco a poco a entender más y más su problemática.

Así fue como iniciamos nuestra campaña de aprendizaje y experimentación. Compramos una peluca barata y algunos vestidos. El no es una persona fácil de vestir porque tiene amplias espaldas y un diafragma muy desarrollado, pero no dejamos de insistir en nuestra búsqueda. Lo más doloroso para él era su tremendo sentimiento de culpa. Como suele suceder con las parejas jóvenes recién casadas, en nuestras finanzas familiares resultaban más largos los meses que el dinero para cubrir los gastos; sin embargo, conseguimos ir ahorrando centavo a centavo hasta reunir lo suficiente para comprar una buena peluca de cabello natural. En mi opinión, ningún dinero pudo haber sido mejor gastado. Sólo yo o alguien involucrado en una situación transgénerica es capaz de aquilatar la intensa felicidad que eso le proporcionó a mi marido.

Muchas veces volvió a casa agobiado por la tensión y la ansiedad, al grado de que su estado llegó a afectar su salud, y yo sabía que estaba luchando contra sus deseos más imperativos y que los mantenía bajo control a base de fuerza de su voluntad. Esas noches, le sugería que tal vez fuera bueno que se “vistiera” y tratara de relajarse e incluso le aconsejaba qué vestido ponerse. Con frecuencia sucedía también que, estando vestido de mujer y yendo todo bien, el menor contratiempo lo ofuscaba al máximo e inmediatamente se cambiaba de ropa y se reprochaba a sí mismo y a la situación la culpa de lo que hubiera sucedido. Cada uno de estos incidentes hacía que su recuperación tomara mucho más tiempo y era preciso un mayor grado de estimulación para animarlo a que se “vistiera” de nuevo. Esta clase de reacciones no se supera de la noche a la mañana; toma tiempo, paciencia, amor y comprensión para superar este inmenso complejo de culpabilidad.

El intentó abandonar definitivamente sus tendencias y olvidarse por completo del asunto, ponerse en manos de un psiquiatra, cualquier cosa. Por último, tomó consciencia de que, entre más lo combatía, más ingente se tornaba su deseo. La única solución fue aceptar el hecho de que se tienen esos deseos y adaptarse a vivir con ellos.

Amo a mi esposo. Me casé con él porque él representaba todo aquello que yo amo y deseo en un hombre, no por la clase de ropa que use ni por la imagen masculina que represente. Desde mi punto de vista, un detalle de personalidad de una persona, como puede ser el travestismo, no hacen que el cuadro se vuelva por completo negro; hay que observar el cuadro en su totalidad. Mi marido es un buen esposo, un buen padre, un buen proveedor y podría seguir enumerando muchas otras de sus estupendas cualidades. ¡Y sucede que también gusta de vestirse de mujer! En mi opinión, eso no lo hace menos hombre. Todos los demás travestis que hemos tenido la oportunidad de conocer son también buenos maridos y buenos padres, personas que aman a sus mujeres y a sus familias. No son, en forma alguna, unos perversos.

Yo lo animo a que se “vista” tan frecuentemente como es posible. A veces salimos al auto-cinema o simplemente a pasear en auto. Otras, toma mi carro y sale a ver vitrinas o al centro comercial o, simplemente, a dar un paseo. La sensación de tener la libertad para ir y venir a su antojo es la mejor terapia. Cuando tiene la oportunidad de “vestirse” durante la semana, se muestra mucho más relajado y su verdadero ser profundo sale a la superficie. Por lo tanto, ¿quién podría condenar a una persona por el hecho de travestirse, cuando eso alivia sus tensiones y ansiedades y pone de manifiesto su verdadera personalidad?

Ahora me doy cuenta de que hemos recorrido ya un largo camino a partir del día en que compartió conmigo su secreto y aún nos queda mucho más por recorrer: con la ayuda de Dios, tengo la seguridad de que sabremos resolver nuestros problemas conforme se vayan presentando.

Con respecto a nuestros hijos, tenemos dos, muy jóvenes, pero creemos que no habrá problema con ellos, a menos que nosotros mismos lo creemos.

Mi mayor deseo sería que otros travestis explique sus deseos a sus mujeres. Sólo ellos pueden prever cuál será la reacción de sus esposas; pero, de todos modos, no es conveniente menospreciar su capacidad de comprensión. Estoy segura de que la mayor parte de las esposas lo entenderán con sólo que sus maridos les den tan claras explicaciones como el mío lo hizo conmigo.

El único consejo que puedo ofrecer a otras esposas de travestis es que ofrezcan a sus maridos todo el amor y la comprensión de que sean capaces. El lo necesita y lo merece; y la mujer generosa será cien veces retribuida.

La esposa de “Fran”

* * * * *

5. CARTA DE LA ESPOSA DE “SHEILA”

Querida Virginia:

Me parece que esas primeras palabras de una oración bien conocida que ruegan “Dios, dame serenidad para aceptar lo que no puedo cambiar...” pueden ser de inmensa utilidad para las esposas de travestistas.

Algunos hombres nacen con deformidades físicas, otros adquieren enfermedades incurables, algunos más quedan inválidos después de un accidente. Cuando una esposa enfrenta este tipo de circunstancias, tiene que aprender a aceptar una situación sobre la que no tiene control, una situación que ella no ha elegido, una situación que no la hace del todo feliz, pero, al fin y al cabo, una situación que ningún buen deseo puede cambiar. Ahora bien, una vez aceptada esa situación, tendrá que poner su mejor voluntad para adaptarse a ella también de la mejor manera posible, para hacer que su vida transcurra lo más fluidamente que se pueda, para ratificar el amor que tiene por su esposo.

Aceptar el hecho de que el hombre que una ama es un travesti heterosexual pertenece a una categoría semejante a las anteriores. Si él es un travesti, nada de lo que una haga o deje de hacer cambiarán esa característica porque es un aspecto fundamental de su naturaleza. En todo caso, yo pienso que oponerse lo único que consigue es agravar el problema. Un travesti es incapaz de abandonar sus tendencias y si se le prohíbe categóricamente vestirse de mujer en casa, se refugiará en la clandestinidad, se “vestirá” en secreto, con frecuencia en forma imprudente.

El aceptar el travestismo no significa que a una le guste esa conducta ni tampoco que se apruebe jubilosamente; significa tan sólo que se es lo bastante madura y realista como para aceptar una situación que no es posible cambiar y tomarlo de la mejor manera posible. La aceptación implica también acuerdos mutuos, por ejemplo, en cuanto a la frecuencia con la que “se vista”, las proporciones de su guardarropa, salir o no “vestida”, comunicar la situación a los hijos, al resto de la familia o a los amigos íntimos. Si una acepta el hecho de buen grado, e intenta comprenderlo, se comprobará que la vida conyugal fluye sin tropiezos, que amaina su ansiedad, plagada de temores, por vestirse de mujer y dar rienda suelta a sus aspectos femeninos y que resulta mucho más fácil convivir con el marido, porque nuestra anuencia alivia su sentimiento de culpa y lo convierte en un buen amigo.

Aceptar el travestismo no tiene como consecuencia que su marido dedique cada vez más tiempo a vestirse de mujer ni que pueda llegar el día en que se transforme en un transexual. Cierto que algo así ha llegado a suceder, pero sólo en casos excepcionales, en los cuales, el travesti ha confesado más tarde que siempre había estado consciente de sus tendencias transexuales latentes. Sin embargo, para la inmensa mayoría de los travestis heterosexuales ésto no representa un riesgo ni un problema.

Algunas esposas deciden que si su marido tiene que vestirse de mujer, es mejor que lo haga en casa, pero objetan que llegue a tener contacto con otros travestistas y también se niegan ellas mismas a conocerlos a ellos y/o a sus esposas. Esto, también, representa una situación insostenible. En primer lugar, parece ser que, para un travesti, resulta necesario conocer por lo menos a unas cuantas personas semejantes, tal vez para apaciguar sus dudas y corroborar que, cualquiera que sean sus temores, o son injustificados o son compartidos por otros. Lo más probable es que por años haya creído que era la única persona en su situación; de pronto descubre que hay otros como él y entonces necesita conocerlos y comparar sus experiencias. Bien puede jurar y perjurar que no lo hará, pero romperá sus promesas y entrará en contacto con sus semejantes, sumando su perjurio al resto de sus preocupaciones. En segundo término, aunque usted frunza el ceño ante la simple idea de conocer a otras personas implicadas en conductas transgénéricas, lo cierto es que gracias a ello es posible adquirir nuevas perspectivas al respecto, una más profunda comprensión del marido, mayor consuelo al comprobar que otras personas semejantes a una enfrentan el mismo problema. Cada una de nosotras somos esposas muy meritorias, muy normales, atrapadas en una situación sobre la que no tenemos ningún control, cada una intentado salir del paso lo mejor que podemos. Ahora bien, puesto que se trata de un problema complejo que muy pocas personas conocen y entienden, no es fácil encontrar alguien a quien pedir consejo y orientación; por eso es recomendable aprovechar la oportunidad que nos brinda conocer a las pocas personas disponibles en este sentido.

Al aceptar la situación, no consideré necesario ni deseable ponerla en conocimiento de la familia ni de los amigos, aunque otras parejas sí lo han hecho. Estamos estudiando esta posibilidad entre nosotros aunque, en honor a la verdad, debo decir que, pese a que yo preferiría que no sufriese de conductas travestistas (nada que tenga que mantenerse en secreto puede ser realmente satisfactorio), también tengo que reconocer que nuestra vida conyugal nada tiene de aburrido ni de rutinario y que hemos conocido a gente maravillosa e interesante de todo el mundo. Mi esposo es travesti y nada puedo hacer yo para cambiarlo; entonces, ya que lo quiero tanto, tengo que aceptarlo como es, incluyendo este aspecto, como acepto sus ojos castaños o su asma y estar dispuesta a conocer, recibir y ser recibida por sus amigos travestistas.

Así pues, si usted realmente ama a su esposo, nunca olvide los términos de sus votos conyugales hechos en el momento en que usted le juró amarlo “en lo mejor y en lo peor...” y acepte su travestismo de la mejor manera que le sea posible. Comprobará que con ello ganará un amigo y una nueva dimensión en su vida.

La esposa de “Sheila”

* * * * *

6. CARTA DE LA ESPOSA DE “GERRY”

Querida Virginia:

Desde hace tiempo que tengo la intención de escribir esta carta y aún no sé qué voy a decir. Estamos casados desde hace cuatro años y tenemos dos hijos, ambos varones. Gerry me habló de sus prácticas transgénéricas antes de casarnos, pero, la verdad es que en ese entonces no entendí muy bien de qué me estaba hablando. Supuse que

simplemente le gustaba disfrazarse de mujer en las fiestas de Halloween. Después de la boda, me di cuenta de que me había equivocado y no me gustó nada. Supusimos que tal vez si yo ignoraba el asunto, posiblemente desaparecería. No tengo que insistir en que eso sólo empeoró las cosas; al comprobarlo, comenzamos a hablar más y más del asunto y yo le permití que de cuando en cuando se “vistiera” en mi presencia. Al principio, esto no tenía nada de, digamos, satisfactorio. Para empezar, él se sentía culpable porque sabía que su conducta me molestaba, lo cual agravó de nuevo la situación. El se mostró sumamente paciente conmigo y seguimos discutiendo la cuestión hasta que yo comencé a darme cuenta de que su peculiaridad estaba íntimamente asociada a otros aspectos de su personalidad que yo apreciaba mucho y, al mismo tiempo, que su conducta no implicaba una merma de su masculinidad. En la actualidad, estoy convencida que sus inclinaciones redondean y complementan su personalidad, pero que, siendo la sociedad como es, no es libre de manifestar sus sentimientos de la misma manera en que lo hace una mujer. Hoy en día, pocos lugares hay en los que una mujer no pueda presentarse vistiendo pantalones, siempre y cuando tengan el corte adecuado; no obstante, no se da la misma amplitud de criterio cuando se plantea el caso opuesto.

Después de sostener entre nosotros largas discusiones, él comenzó a “vestirse” por las noches una vez que los chicos se iban a la cama. Durante algún tiempo, toleré su conducta sin decir una palabra (Gerry comenta que eso de “sin decir una palabra” no es la expresión correcta porque yo me aislaba so pretexto de estar leyendo. Me parece que ambos tenemos parte de razón). Al cabo de cierto tiempo, comencé a espiarlo por encima de mi libro y la verdad es que casi siempre sus maniobras me hacían reír: el guardarropa de Gerry no hubiera sido admitido ni en los tiraderos para menesterosos del Ejército de Salvación; su maquillaje parecía aplicado con una pistola de aire tapada, por no mencionar cómo le quedaban sus vestidos. Para agradecer que no me tundiera a palos por reírme de él, decidí que tal vez podría ayudarlo. Para comenzar, le enseñé las bases de la costura, pero como nunca había tenido ni la más mínima experiencia en esa actividad, casi siempre tuve yo que terminar las cosas que el quería hacer y, al final, tuve que hacerme cargo por completo de la costura. Conseguí algunos moldes y los adapté a sus medidas de modo que la ropa le quedara. No me importaba hacerlo porque la costura es uno de mis pasatiempos; por otra parte, llevo en mi sangre una buena dosis de tacañería escocesa que me obliga a rechazar los ridículos precios que puede alcanzar la ropa hecha cuando yo puedo hacerla mejor y por la mitad del precio. Así, sólo lo que yo no podía hacer, se lo compraba. Además. luego de haberle ofrecido un juego de cosméticos de buena calidad y de haberle enseñado a aplicarlos, dejó de haber motivos para reírse de él. Lo que sí resultó muy divertido, fue jugar con su cabello cuando creció lo suficiente para poder experimentar distintos peinados, porque, hasta ahora, no hemos ahorrado lo suficiente para comprar una buena peluca. No podemos compartir la ropa porque nuestras respectivas tallas son demasiado diferentes; en cambio, nuestra coloración de piel es bastante parecida y podemos compartir los artículos de belleza. Basta un poquito de cooperación por parte de la esposa para que no haya necesidad de ocultar nada; incluso es posible compartir los cajones para guardar la mayor parte de las prendas y nadie puede advertir la diferencia de unas cuantas tallas en los vestidos cuando los de ambos están entremezclados en el armario.

En cuanto a lo exitoso que pueda ser un matrimonio de “tres”, en vez de “dos”... en mi opinión, el vínculo “tripartita” tiene mayores posibilidades de éxito que el “binario” normal. En realidad, al cabo de cierto tiempo, la relación vuelve a ser sólo de dos porque el ciclo de personalidades genéricas acontece en ambos sexos: también hay rastros de masculinidad en toda mujer. Si ambos cónyuges admiten este fenómeno, cada uno es

capaz de entender mejor a su pareja observándola desde el punto de vista del otro, de razonar como el otro y hasta aprender a disfrutar juntos de las mismas cosas y por iguales razones, con lo cual ambos podrán ser mucho más felices. Nosotros ya no pensamos en términos de la dicotomía macho y hembra, sino en base a la idea de que cada uno de nosotros participa de una combinación de ambos géneros a la vez. Si se nos antoja, cualquiera de nosotros puede hacerle el manicure al otro, lo mismo que salir al garaje y reparar el carro. Y me he dado cuenta que este mecanismo funciona estupendamente con los chicos: si mi hijo quiere salir a jugar fútbol o a desenterrar lombrices, todos podemos participar; lo mismo que cuando nos proponemos hornear galletas o hacer limpieza general.

La sociedad es muy graciosa. Todos nosotros recibimos la misma educación básica y a todos nos han enseñado a pensar de igual manera independientemente del sexo o del nivel económico. Pero, en cuanto abandonamos la escuela, los conceptos cambian de inmediato. El color, las imágenes, los sonidos, el olfato, el oído, las emociones son propios únicamente de las mujeres o de los varones ricos. La mayor parte de los hombres “normales” que se encuentren en las categorías inferiores de ingreso se horrorizarían si se les pidiera que escucharan música clásica o que admiraran una pintura porque consideran que ese tipo de cosas es tan femenino como lavar los trastes. Este mismo tipo de hombres será relucante a relacionarse con una mujer que destaque en los deportes porque tal actividad es considerada masculina y ella debía más bien estar en casa lavando la loza. Pero si el hombre tiene la suerte de tener dinero, entonces se le permite que se interese en el “el arte” porque eso es considerado meritoriamente “cultural”. Pues bien, yo no estoy de ninguna manera de acuerdo con esta manera de pensar. Tengo la convicción de que todos, machos y hembras, ricos o pobres, deberían poder disfrutar de igual manera de todas las cosas, incluyendo las consideradas como exclusivamente masculinas o femeninas. Cuando compro alguna prenda muy linda y delicada, me sentiría más que decepcionada si mi marido no la apreciara tanto como yo. Hay demasiadas cosas bellas en la vida como para que uno se limite a disfrutar tan sólo de una parte por el simple hecho de pensar que unas son sólo para hombres y otras exclusivamente para mujeres.

La esposa de “Gerry”.

* * * * *

NOTA DEL EDITOR: Me he referido antes a lo deseable que es que una esposa asuma el control de sus propios problemas emocionales o de otra índole, con el fin de comprobar si las mejoras que ella consiga imponerse a sí misma pueden hacer más llevadera la situación conyugal con un marido travesti. La esposa de “Darlene” toca este aspecto en una de sus cartas.

* * *

7. LA CARTA DE LA ESPOSA DE “DARLENE”

Querida Virginia:

Yo siento que, al cabo de estos diez años, he llegado a ser una mejor persona y un individuo más pleno gracias a estar casada con un travesti.

Al principio de nuestro matrimonio contábamos con una buena base de profundo amor y entendimiento, lo cual constituye por supuesto una condición indispensable si se pretende que el matrimonio sobreviva. Siempre he considerado que si hay alguien capaz de entender los problemas de su marido, ese alguien es su esposa. Cada quien tiene sus propios problemas y el mío era un complejo de inferioridad que aprendí a superar observando a otras personas y su problemática, sobre todo la de mi propio querido esposo. Me parece que es una persona simpática, pero que necesita saber que yo estoy a su lado todo el tiempo. Esto me ha hecho sentir necesitada e importante, y, con el paso de los años, me han convertido en una persona más fuerte que ha dejado de padecer los falsos temores provocados por sus complejos.

Tenemos cuatro maravillosos hijos a los que sentimos excepcionalmente apegados a nosotros gracias a nuestra comprensión y compasión con respecto a ellos y a los demás.

De esta manera, la confianza que he adquirido gracias a estar casada con un travesti ha robustecido mi carácter y me ha hecho más comprensiva con respecto a la toda la gente que me rodea. Creo que si la humanidad estuviera dispuesta hoy en día a tomar en consideración los sentimientos de los demás y a aceptar a cada uno tal como es, el mundo sería mucho más feliz y sería un lugar más pacífico en donde vivir.

La esposa de “Darlene”

* * * * *

8. CARTA DE LA ESPOSA DE “BARBARA”

Querida Virginia:

Supongo que, por lo menos, habrá algunas esposas parecidas a mí: afecta a la jardinería y con gustos e intereses más bien convencionales. Espero que las siguientes líneas no parezcan horriblemente aburridas, pero estoy convencida de que el punto de vista con respecto a la vida difiere en cierta forma de una persona a otra. Las cosas que a mi me gustan, bien pueden parecer insípidas a otros porque cada quien desarrolla su sensibilidad con distintas orientaciones.

Este año cumpliremos 18 de matrimonio. Nada supe de travestismo hasta seis meses después de nuestra boda. Recuerdo que, a veces, tuve la seguridad de que eso no podía ser más que un capricho pasajero y no me cabía en la cabeza que alguien pudiera tener un interés particular en vestirse de mujer ni que ese gusto llegase a convertirse en una pasión devoradora. En mi caso, creo, esto me resultaba particularmente cierto puesto que mi interés en el vestido no pasa de ser superficial; me gusta verme bien, pero nunca me he preocupado demasiado ni por mi atuendo ni por mi maquillaje. Al recapacitar en mi propia infancia, me parece descubrir las razones por las que no llegué a desarrollar un interés mayor en los artificios femeninos. El vestido y la apariencia fueron, y siguen siendo, simplemente una parte de las rutinas cotidianas y dedico la mayor parte de mi tiempo a actividades que me interesan más a nivel personal.

Mi esposo y yo tenemos la fortuna de que son muy raros los temas que no podamos discutir abiertamente. Nuestros antecedentes son similares, lo mismo que nuestra educación y ambos estamos bastante inclinados hacia la psicología y la psiquiatría. Puesto que mi manera de ser conservadora es más que evidente, “Barbara” tuvo el buen

tino de nunca intentar presionarme en relación al tema del travestismo. Gracias a su delicadeza me fue posible ir comprendiendo cada vez más su preocupación en esa conducta transgénerica. Durante muchos años vivimos nuestra situación aislados, sin conocer a ningún otro hombre con inclinaciones semejantes.

Como yo fui educada con un concepto tradicional de lo que es un “esposo”; así que tengo que colocarme en un diferente estado de ánimo y con un marco de referencia distinto cuando “Barbara” se “viste”. Aun cuando no manifieste un “cambio de personalidad”, aparte de adoptar modales de dama, la alteración de su apariencia no deja de repercutir en mí con un cierto impacto. Estando ella “vestida”, con frecuencia hemos salido juntos y nos hemos internado entre la gente porque los dos pensamos que mi presencia e iniciativas en los momentos en que es preciso hablar o socializar constituye un factor de seguridad. En realidad, “Barbara” necesita “salir y vivir un poco” de vez en cuando. Es muy conveniente para ambos, marido y mujer, si la esposa se interesa en la apariencia y comportamiento del alter ego de su esposo, sobre todo si han de presentarse los dos en público. No todas las parejas pueden hacerlo, sobre todo si se da una evidente incongruencia genérica por su complexión o sus rasgos faciales. Yo me siento mucho más confiada en público si la apariencia de “ella”, lo mismo que la mía, es correcta hasta en los más mínimos detalles y me deja satisfecha. Yo misma he comprado, alterado y cosido sus vestidos; criticado su maquillaje y sus peinados, o hecho cortes o peinados a sus pelucas. Todo esto puede llegar a ser frustrante si una no está muy preparada para hacerlo porque, en realidad, son operaciones que exigen todo el talento de los expertos en artificios de Hollywood; no obstante, considerando la trayectoria que se pretende seguir, ese es el enfoque más adecuado.

Decir que el travestismo no nos ha dado algunos dolores de cabeza ni motivos de preocupación, sería una mentira. Los problemas de “Barbara” no son iguales a los que yo enfrento porque, en términos psicológicos, somos dos personas diferentes. El problema de mi esposo estriba, en mi opinión, en el conflicto que sufre entre, por una parte, la compulsión de vestirse de mujer y la satisfacción que con ello obtiene y, por otra, la consciencia de que “vestirse” es considerado como un acto irracional por la casi totalidad de los extraños, en base a su marco de referencia social.

Para mí, en lo personal, me parece que sería muy difícil concebir a otra persona, y mucho menos encontrarla, que fuera, en términos generales, tan racional y compatible como mi marido. El nivel que ha alcanzado nuestra relación conyugal no lo alcanzamos de la noche a la mañana ni tampoco nos dormimos en nuestros laureles con respecto a la certidumbre y seguridad del camino que hemos decidido recorrer; pero ¿es tan diferente nuestra situación de la de tantos otros matrimonios que, a lo largo y a lo ancho del mundo, también tienen problemas?

Tenemos tres hijos, dos chicos y una chica. Nunca hemos creído conveniente compartir con ellos este aspecto de nuestras vidas ni tampoco pensamos que fuera particularmente necesario hacerlo. La presencia de los niños es un factor conflictivo en la vida de un padre travesti: quisiera y no quisiera abrirse con ellos. Nos parece que hay dos alternativas en caso de tener hijos: la primera es no ocultarles nada desde que son bebés; la segunda, mantener bajo reserva algunos aspectos del universo de los adultos. Si se opta por la segunda alternativa, el padre quedará expuesto a sufrir de cuando en cuando algún grado de frustración, lo cual afectará también a la madre. Si se decide por la primera alternativa, consideramos que el riesgo recae entonces sobre los hijos y el grado en que los suponemos lo suficientemente fuertes para enfrentar las presiones sociales de

su vida ulterior sin que los haga flaquear o sin que rechacen al padre por su conducta (aunque ésto último esté teñido de egoísmo paternal). Considerando que los imperativos sociales que pesan sobre los niños son de tan gran magnitud, ¿es justo que los hagamos cargar también con la evasión, por parte del padre, de un mandato de tan importante envergadura? En última instancia, el problema no es suyo y, en tanto implique un estigma social, estamos convencidos de que nuestros hijos estarán mejor si ignoran del todo la cuestión. Al educarlos, hemos adoptado una política de verdad y de amplitud de criterio con respecto a todos los aspectos de la vida, de modo que nuestros hijos lleguen a ser capaces de considerar sin prejuicios negativos todos y cada uno de esos aspectos cuando lleguen a la edad en que tendrán que evaluar por sí mismos todas sus acciones sin el concurso ni los prejuicios de sus padres.

Muchas esposas tendrán que afrontar, como yo, el problema de tener que usar un sólo armario para tres personas y aceptar un guardarropa femenino tan abundante o más que el suyo propio. Como es natural, este problema requiere de cierta racionalización por su parte, pero puede tener el consuelo de que, por lo menos, ¡ésto no implica que haya que alimentar a una tercera boca!

Me parece que la aceptación del fenómeno transgénico por parte de la esposa depende de los sentimientos que abrigue en relación con su marido. Después de todo, él es una persona integral, “de una sola pieza”, y, en consecuencia, su vida está compuestas de múltiples facetas, tal como la de su esposa. Si en la pareja existe una verdadera compatibilidad, la solución del problema del travestismo es factible. Para ello también es preciso que el marido no presione ni pase por alto el grado de buena disposición de su mujer ni tampoco sus antecedentes personales. Igualmente necesario es que la esposa no lo rechace por completo y se niegue en absoluto a considerar o, por lo menos, a intentar entender aunque sea mínimamente su propia femineidad y determinar qué es lo que atrae de ésta a su marido al grado de desear intensamente involucrarse en esa femineidad.

Es un hecho y no una racionalización que, cuando se le da la oportunidad de expresarse, el travestismo no es un problema que se agrave con el paso del tiempo, sino que, por el contrario, encuentra su tiempo y su espacio entre los demás aspectos de la vida cotidiana. En el caso de mi esposo, ha quedado incluido entre las otras formas que tiene de relajación y esparcimiento. Como cualquier otro fenómeno, entre más se reprime y se rechaza el travestismo, más importante se torna el problema para la pareja. La esposa que decide prohibir o cerrar los ojos o desconocer todo mérito o razón en los deseos de su marido, corre el riesgo inminente de llevar al naufragio su matrimonio. Un matrimonio en esas condiciones está destinado a convertirse, si es que no ha llegado a ser ya, en una “unión de conveniencia” o en un vínculo meramente social o en una institución económica, más que en el hogar en que se comparten íntimamente dos vidas.

La esposa de “Barbara”

* * * * *

9. CARTA DE LA ESPOSA DE “PAULINE”

Querida Virginia:

He leído tres números de **TRANSVESTIA** y quisiera hacer algunos comentarios sobre cada uno y todos ellos como parte del encomiable esfuerzo por poner el contacto entre sí a tantas personas que comparten un problema común.

Soy la esposa de un travesti desde hace diez años y hemos procreado dos hijos, una niña de siete años y un niño de cinco. Educamos a nuestros hijos en una atmósfera de seguridad, de mucho amor y de una adecuada disciplina. Ambos han dado ya muestras de un alto grado de independencia y ambos se manifiestan con individualidades definidas. Por nuestra parte, nos sentimos orgullosos de haber logrado convertirnos en padres maduros y responsables.

Durante estos diez años de vida en común, hemos encontrado mucho amor, comprensión y fe entre uno y otro, así como, en general, en nuestras vidas. Somos una pareja feliz y nos sentimos colmados con lo que el destino nos ha deparado. En términos financieros, vivimos por debajo del promedio en lo que se refiere a bienes materiales, pero en el campo emotivo sentimos que estamos por encima de la mayor parte.

Toda mi vida he sido considerada una chica promedio y normal; pero, desde que conocí a Paul, me he sentido avergonzada de ser vista como persona normal y promedio. Hemos descubierto que el noventa por ciento de esta “normalidad” de la gente significa una estrechez de criterio, siempre farisaica e hipócrita, con respecto a las cosas y las personas que no son como ella.

No quiero seguir ocultando mi individualidad. Amo a mi marido travesti y dos de mis más queridos amigos son homosexuales. Es muy triste que haya muy poca gente en el mundo con quien yo pueda hablar abierta, honesta e inteligentemente de mi esposo y de mis amigos. Cierto es que vivimos en una ciudad pequeña y, si fuésemos descubiertos, nuestras vidas y las de nuestros hijos quedarían expuestas al escándalo y el escarnio.

Por eso le estoy ahora escribiendo, Virginia, movida por la esperanza de poder ayudar a las esposas de otros travestistas a brindar a sus maridos un poquito más de amor y muchísimo más de comprensión.

Paul puede, y siempre ha podido, “vestirse” siempre que lo desea con una sola excepción: que los niños estén ya dormidos o ausentes por algunas horas. Salvo en casos de fiestas de disfraces, Paul nunca se muestra en público en consideración a las consecuencias que el escándalo pudiera tener en nuestras vidas más que porque él no pueda pasar por una auténtica mujer.

Desgraciadamente carecemos de los recursos para comprar muchas de las cosas que lo posibilitarían a transformarse en una chica realmente atractiva, como son una buena peluca, un acopio de cosméticos especializados, un guardarropa a su medida y no, como ahora, que tiene que conformarse con usar lo mío. Paul tiene 34 años, mide 1.73 m, pesa unos 65 kg, tiene cabello y ojos oscuros y es de complexión esbelta, de esqueleto fino. Si tuviera la ropa y los accesorios más adecuados, sería una muchacha más atractiva que la mayor parte de las chicas que conocemos.

Paul hace la distribución de una empresa panificadora en una determinada zona. Antes había sido gerente de un restaurante y también fue agente viajero de una compañía de productos lácteos. Si, por la noche, se siente cansado de pensar y de sentir como un varón, es libre de “vestirse” y de actuar como le plazca.

En el aspecto físico de nuestra vida conyugal, nunca hemos sufrido carencias de ninguna especie y hemos comprobado que su travestismo nunca ha interferido en detrimento de ningún aspecto de nuestra felicidad física o emotiva. Desde hace ya mucho tiempo comprendí el problema que enfrenta mi esposo y tantos otros como él y me pregunto por qué tienen que enfrentarlo ellos solos. Si nosotras, esposas, novias o amantes, tuviéramos la entereza suficiente para vivir una doble vida total, plena y honestamente, como lo hacen muchos de los travestistas, y seguir siendo ciudadanas responsables, descubriríamos que nuestras propias vidas son más satisfactorias y felices.

Por lo tanto, si tenemos la oportunidad de ayudar a quienes amamos a vivir esa doble vida, ¿cómo podríamos volverles las espaldas? Nuestra ayuda puede ser otorgada con amor, entendimiento y compasión; en reciprocidad, nuestras propias vidas serán más ricas.

La esposa de “Pauline”

QUINTA PARTE

EL TRAVESTISMO Y LOS HIJOS

A travestis y sus esposas se les plantea un auténtico problema al enfrentar la disyuntiva de comunicar la situación a sus hijos y cuándo es conveniente hacerlo. Se han propuestos muchas “soluciones” que van desde nunca decirles nada al respecto, hasta habituarlos a ver a papá vestido de mujer frecuentemente. En realidad, nadie puede postular la mejor solución; en efecto, esa “mejor solución”, tal vez no exista: lo que puede funcionar para una familia, puede no hacerlo para otra. Lo único que es posible hacer es recopilar tantas opiniones como sea posible, confrontar con ella su situación particular de la manera más realista posible, y, después, decidir lo que se crea más conveniente para su caso, siempre con la disposición de cambiar el rumbo si se juzga necesario. Esta decisión tiene que ser conjunta y, en caso de que no haya acuerdo entre el marido y la mujer, sería aconsejable que siguieran estudiando, evaluando y discutiendo hasta que ambos acuerden cuál es la decisión que los dos consideran más conveniente.

Con el fin de contribuir a orientar tan grave decisión, se solicitaron, específicamente para esta parte del libro, sus comentarios a varios padres que han solucionado el problema de manera positiva. A continuación se plantean sus respuestas.

Como primer comentario se reproduce el artículo de fondo del N° 32 de la revista TRANSVESTIA, firmado por Gisele.

1. OPINION DE GISELE

Nuestra hija tiene tres años de edad y la estamos habituando a que vea a su padre vestido tanto con ropa masculina como femenina, teniendo mucho cuidado de no poner énfasis en el hecho. Creemos que los niños toman como normal todo aquello que sus padres aceptan como tal. No intentamos siquiera ocultarle nada, lo cual, por otra parte, sería de todos modos muy difícil porque ella es una niña sumamente observadora y curiosa. La regla principal que nos hemos impuesto es que “Papi” es siempre “Papi”, independientemente de cómo esté vestido. Con esto pretendemos evitar tener que explicarle conceptos de personalidad dual hasta que ella esté lo suficientemente grande (10 u 11 años) para entender ideas o conductas intangibles como el travestismo.

En definitiva, no nos convence la teoría de “la tía que está de visita”. En primer lugar, queremos que confíe en nosotros y, por eso, no nos parece conveniente crear un ser ficticio cuya autenticidad y credibilidad irá disminuyendo conforme nuestra hija vaya creciendo y, en consecuencia, elevando su nivel de consciencia. Preferimos acostumbrarla a que su padre se vista indistintamente de hombre o de mujer y, al mismo tiempo, imbuimos en ella la idea de que lo que papá y mamá hagan en casa es un asunto privado que no hay por qué discutir con personas ajenas al hogar. La verdad es que nuestro plan constituye un experimento. No hay ninguna garantía de que nuestro método pueda solucionar el siempre presente problema que encaran los travestistas con hijos; no obstante, nosotros llegamos a esta conclusión después de muchas discusiones basadas en reflexiones lógicas y decidimos que no era ni práctico ni saludable que Gisele se refugiara en la “clandestinidad”. Sigue existiendo, sin embargo, el riesgo de un súbito descubrimiento de consecuencias traumáticas para la niña. Pero, puesto que los prejuicios y la mojigatería son rasgos aprendidos y no innatos, planeamos educar adecuadamente a nuestra hija en el hogar para evitar que adquiera actitudes irracionales y hostiles, no sólo con respecto al travestismo, sino también en relación con todos los demás grupos minoritarios.

* * * * *

2. SUSANNA DICE...

De la columna “Susanna Says” [Susanna dice], publicada en TRANSVESTIA:

Susanna no tiene hijos propios, pero ha hablado con muchas parejas transgenéricas que los tienen y también ha discutido el tema en otra de sus columnas “Susanna Says”. A continuación se reproducen sus comentarios.

“Bueno, pero, ¿qué pasa con los hijos?” ¡Ay, me temía que alguien fuera a plantear la pregunta! Toda mi vida he intentado soslayar ese problema y por eso nunca me he animado a tener hijos. Obviamente yo soy una excepción. La mayor parte de las parejas casadas sí los tienen. ¿Cómo actuaría una Esposa tipo “A” con respecto a los hijos? Hay varias líneas de acción en este caso; veamos alguna de ellas: 1) Poner la situación en conocimiento de los hijos; 2) No hacerlo; 3) Esperar hasta que los hijos crezcan lo suficiente y, entonces, hablar con ellos del problema.

Es evidente que hay gran cantidad de argumentos en pro y en contra de cada una de esas opciones. La mayor parte de las parejas que viven una situación travestista se inclinan por la tendencia de “no decir nada” porque arguyen que quizás el “decir” puede

ser nocivo para la necesidad del niño de contar con una “imagen paterna”. Otra de sus razones es el temor a la falta de discreción instintiva de los niños y se imaginan a Juanito platicando con algún amiguito y contándole: “Papi se pone los vestidos de mi mamá” y dan por hecho que, al día siguiente, todo el vecindario estará al corriente del chisme y la reputación de Papy quedará por los suelos.

Permítaseme una digresión que me parece oportuna: Algo semejante le sucedió efectivamente a uno de mis amigos travestis, pero aconteció que el amiguito respondió al comentario de Juanito: “Eso no es nada... mi papá se pone las medias y los zapatos de mi mamá en la casa.” Y, aunque Ud. no lo crea, los dos papás se enteraron de la conversación de sus hijos, dedujeron sus implicaciones y descubrieron que ambos eran travestis que vivían uno al lado del otro. Así que, por lo menos en este caso, podemos argumentar en contra de la opinión desfavorable a “decir” que los chicos pueden ser un excelente factor para “hacer contacto”.

Otro argumento en favor de la opción de “dejar-a-los-hijos-fuera-del-asunto” es la suposición que si se expone a los chicos a presenciar las actividades del padre travesti, Junior también se volverá travesti por imitación: “Si mi papá se viste de mujer, ¿por qué yo no?” Sé que algunos de mis amigos travestis y, sobre todo sus esposas, me condenarían implacablemente a la silla eléctrica por decir lo que voy a decir; pero, en mi opinión este argumento no se sostiene. Tengo la más firme convicción de que las conductas transgénicas no son contagiosas. Uno no se vuelve travesti por el hecho de leer acerca del travestismo ni por conocer a una persona que lo practique. Mi planteamiento es que, en primer lugar, la casi totalidad de los travestis nunca vieron a un varón vestido de mujer con anterioridad a que se manifestara su propia inclinación a “vestirse”; en segundo lugar, en los casos en que los chicos han descubierto el travestismo de su padre, su reacción ha sido de total indiferencia a la cuestión o bien de temor y desagrado por sus actitudes femeninas. Considero que un chico que no tenga inclinaciones transgénicas nunca se convertirá en un travesti, ni siquiera si se le obliga a ponerse vestidos de niña. Baste recordar que en muchos países, hasta hace poco tiempo, unos 25 ó 30 años, se acostumbraba vestir a los niños con ropa de niña hasta los 5 ó 6 años. Si el travestismo fuera “contagioso”, esta costumbre de vestir a los chicos de faldita y de peinarlos con bucles habría producido toda una generación de travestis. Ahora bien, como no ha sucedido así, podemos concluir que el ver a Papi vestido con la ropa de Mami no convertirá al chico en un travesti, A MENOS que el muchacho ya sea un travesti potencial, en cuyo caso, con toda seguridad se inclinará por el travestismo hágase lo que se haga al respecto.

Si, de todos modos, a pesar de los anteriores argumentos, se sigue suponiendo que Juanito puede aprender a vestirse de mujer por imitación de las costumbres de papá, entonces yo diría que ni papi ni mami tienen motivos de preocupación. El simple hecho de preocuparse significa que consideran el travestismo como algo feo e indeseable. Si a mí se me diera a elegir el recomenzar mi vida de nuevo a partir de cero, volvería a elegir el travestismo como uno de los componentes de mi personalidad a pesar de todos los problemas que implica.

¡Ah! ¡Los problemas! Aquí es en donde mejor puedo entender la posición de los padres que opinan que “no se diga nada a los hijos”. Tal y como la sociedad esta constituida en nuestros días, el travestismo ES un problema y entiendo que muchos padres intenten evitarle a sus hijos cuantas dificultades les sea posible. Pero, al mismo tiempo, yo creo que una vida sin problemas sería una vida terriblemente aburrida. La

mitad del atractivo de la vida consiste en enfrentar problemas y luchar para resolverlos o bien en el aprendizaje de vivir con ellos o incluso de minimizarlos hasta convertirlos en simple salsa de soya.

Pero, ¿en qué punto abandonamos a nuestra Esposa tipo “A”? Lo más probable es que ella eligiera la tercera opción, es decir, “esperar a que el chico esté lo suficientemente grande”. Esta posición implica una conspiración de silencio y un constante estado de precaución para que el chico no llegue a descubrir la situación antes de que sus padres consideren que ha llegado el momento oportuno. Toda conspiración de silencio me parece de alguna manera teñida de culpabilidad. Significa que, en la mente de los padres, persiste el sentimiento de que el travestismo es algo erróneo o feo. Admito que puede haber otras consideraciones como la posición social, el trabajo de papá, la intolerancia de los parientes, etc. que pueden obligar al padre a mantener sus inclinaciones en secreto; pero, cualquiera que sea el caso, nuestra Esposa tipo “A” discutirá la cuestión con sus marido hasta llegar a una decisión conjunta en lugar de imponer unilateralmente “los límites adecuados por lo que toca a mi hijo” sin considerar siquiera la opinión del travesti al respecto.

* * *

3. LA ESPOSA DE “MARIE”

La cuestión de “decir o no decir a los hijos” es un problema que se plantea en todos los hogares de travestis que tienen hijos.

Yo me negué a que nuestro hijo se enterara por temor a que eso pudiera influir en su vida. pero, conforme fue creciendo, me di cuenta de que podría descubrir accidentalmente la conducta de su padre y concordé en que era preferible que lo supiera por medio de una conversación franca y abierta con su padre.

Educamos a nuestro hijo de manera que pensara por sí mismo y no simplemente siguiendo a los demás. Siempre participamos en las actividades que le interesaban como las excursiones, los campamentos, la recolección de rocas, etc. Me parece que esta participación de los padres es muy importante en la vida de los chicos.

Nuestro hijo ya tenía 16 años cuando hablamos con él. En lo personal, yo creo que hay que hablar con ellos antes de los diez años o después de los dieciocho y, de ser posible, criarlos desde la cuna con la idea de que esta forma de ser es una forma normal de vida. Nuestra conversación no causó problemas a nuestro hijo, pero me parece que, a los dieciséis años, los chicos están pasando por una etapa de cambios emotivos y pueden resentir que uno les imponga un problema adicional.

Ahora que ya tiene 19 años y está estudiando zoología en la universidad. le pedí su opinión sobre cuándo creía él que sería más conveniente tratar el asunto con un hijo. El considera que entre más joven, más fácil es que el chico acepte la situación.

Tenemos varios amigos travestis que nos visitan; mi hijo los conoce en ambos roles y los trata amistosamente, lo cual nos enorgullece mucho.

Sincerarnos con nuestros hijos alivia considerablemente las tensiones que se dan entre marido y mujer; pero ésta es una decisión que sólo puede tomar cada pareja.

La esposa de “Marie”

* * * * *

4. DOS PADRES TRAVESTISTAS COMENTAN

La dos siguientes cartas fueron enviadas por Darlene y Grace, ambos travestis, y nos ofrecen los puntos de vista sobre el tema de dos padres.

Entre los travestis y sus esposas, invariablemente se plantea la posibilidad de que los hijos puedan llegar a descubrir “el secreto” y se discute la cuestión de si es conveniente o no explicar a los chicos las razones por las que a papá le gusta vestirse ocasionalmente de mujer.

De la manera más escueta que me es posible, voy a tratar de relatarles los efectos que ha tenido en nuestra familia el dar explicaciones a los niños acerca de mi travestismo y las razones que me movieron a hacerlo.

Tenemos cuatro hijos, dos niñas de 11 y 2 años y dos chicos de 8 y 5. Hace unos cinco años, creí necesario explicar mis inclinaciones transgenéricas a los dos mayores. Esto se debió, en parte, a un cierto egoísmo mío, así como al deseo de probarles que no por el hecho de que una persona no acate las normas que le impone la sociedad, esa persona deba ser satanizada.

La sociedad en la que vivimos impone que las personas se plieguen al conjunto de normas que esa misma sociedad establece. Con demasiada frecuencia, esa imposición se plantea en términos de duplicidad que lindan en lo ridículo. Y precisamente por eso, siempre he insistido con nuestros hijos en lo importante que es la preservación de nuestra individualidad, la defensa de nuestras convicciones y el cultivar un criterio amplio y un corazón abierto capaz de comprender compasivamente la frustración y la urgencia, con frecuencia imperiosa, que impulsa a un travestista hacia la realización de sus tendencias.

Estas reflexiones tal vez puedan ser aplicables a otras personas con distintos problemas. Estoy convencido que un travesti es un ser humano decente y el destacar este hecho ante los niños tiene por objeto intentar enseñarles que hay que juzgar a una persona por su personalidad y no pretender descubrir y destacar sus defectos.

Después de haberles explicado a mis hijos mayores mi situación, ellos, hasta donde yo sé, nunca han divulgado “nuestro secreto” a nadie. Siento que han seguido respetándome como su padre y me considero afortunado de tener semejantes hijos, no sólo por su discreción, sino porque, en términos generales, ellos han seguido participando con entusiasmo en nuestra vida de familia. Quizás cuando los dos menores sean un poco más grandes, intentaré explicarles nuestra situación a ellos también. Mientras tanto, evito “vestirme” en casa, aunque siempre visto alguna prenda femenina, por lo general, panties.

Aunque mi esposa no está ansiosa de que yo les exponga a los niños mi condición transgenérica, siempre ha hecho cuanto le es posible para hacerme sentir a gusto, sin

que yo, lo confieso, le haya siempre correspondido en la misma medida. Espero que, con el tiempo, ella vaya comprendiendo mejor mi opinión al respecto.

Para terminar, espero también que lo que les he contado pueda ser de utilidad para quienes son menos afortunados que yo.

“Darlene”

* * * * *

Querida Virginia:

Estoy totalmente de acuerdo con lo que ustedes, Susanna y tu, plantean en el artículo “The Transvestite and His Children” [“El travestista y sus hijos”], en el N° 39 de TRANSVESTIA. Uno tiene que comportarse con naturalidad en ese caso.

Hace unos tres años, decidí “salir del clóset”. Mis dos hijos tenían entonces 14 y 18 años respectivamente. El mayor guardó silencio, pero el menor me preguntó: “Papá, ¿por qué te vistes de mujer?” A lo que respondí: “¡Porque me gusta!” El mayor comentó entonces entre risas: “¡Esa razón es más que suficiente!” Y, aparentemente es cierto, al menos para los jóvenes, porque ninguno de los dos ha vuelto a comentar el asunto desde entonces, pese a que su madre no aprueba mi conducta.

Más tarde les expliqué que el travestismo es una actividad que practica más de un millón de hombres en los Estados Unidos, incluyendo a muchas personalidades prominentes y que no hay nada malo en eso. También les he dicho que yo formo parte de una sociedad mundial de personas que tienen mi misma inclinación.

Incluso ahora, después de que he dejado crecer mi “peluca de cabello natural propio” por más de un año, no he sido objeto del menor comentario. El único problema ha sido que tengo que tener más cuidado con mi cabellera y admito que soy un poco negligente con ella.

Así, mi experiencia personal en relación con mis hijos ha sido totalmente satisfactoria y sin problemas. Pero tal vez mi caso no sea típico porque mis hijos ya eran adolescentes formados y también porque ellos siempre han sabido que su padre nunca ha sido un conformista en ningún terreno.

Atentamente.

“Grace”

* * * * *

5. LA ESPOSA DE “JULIE”

Querida Virginia:

Principio esta carta con una infinidad de pensamientos que se confunden en mi cabeza. Tengo tantas cosas que decirte que sólo espero poder hacerlo sin confundirte demasiado.

Nuestra familia está compuesta por “Julie”, cuatro chicos —de 16, 10, 9 y 8 años, respectivamente—, una chica de 14 años y yo. Los tres mayores son hijos de mi primer matrimonio y los dos más jóvenes son del matrimonio anterior de “Julie”. Pero los siete formamos una familia muy afortunada. Vivimos felices y satisfechos y no tengo el menor empacho en considerarnos felices. Yo amé a “Julie” desde el primer momento. Supe de sus tendencias travestistas y las acepté. Traté de entenderlo, pero me parece que eso es algo que sólo se consigue con el tiempo. Creí saber cómo se sentía “ella” y traté de hacerla feliz. Nunca objeté sus vestidos ni sus medias ni sus zapatillas de tacón; muy al contrario, siempre disfruté de su compañía. Mi único temor era que cualquiera de nuestros cinco chicos un día descubriera o sorprendiera a “Julie” de vestido, tacones y pantimedias.

Como es natural, contagié mi aprehensión a “Julie” y, con el miedo de ser “sorprendida”, cada ruido de los goznes de una puerta o de pasos en la escalera nos hacía saltar porque despertaban abruptamente nuestros sentimientos de culpa y corríamos enloquecidos a escondernos en otra habitación. No es que nos sintiéramos culpables de nada; pero, cuando uno tiene que esconderse o huir precipitadamente, el resultado es el mismo. Este tipo de incidentes se repitió tan a menudo, con la consiguiente sensación de angustia, que terminaron por poner a “Julie” al borde del quebranto. Nada de lo que yo pudiera hacer o decir parecía confortarla. Por fin nos dimos cuenta que la razón de todo ésto era nuestro temor a ser descubiertos.

Yo trataba de evitar que los tres chicos mayores perdieran el respeto que tenían por su padre (o padrastro, si se quiere). El es muy bueno con ellos y los quiere muchísimo; nos rompería el corazón si algún obstáculo llegara a interponerse entre nosotros. Tampoco quería que sus dos hijos llegaran a tener sentimientos “raros” con respecto a su padre. Sin embargo, fui ya la que levantó con mis miedos una barrera en nuestras relaciones familiares.

Por nada del mundo habría querido lastimar a “Julie” y sin embargo le estaba haciendo daño. “Ella” opinaba que los muchachos debían enterarse de lo que es el travestismo y saber también de la necesidad que tiene un travesti de vestirse de mujer. Yo no pensaba igual. Me oponía categóricamente y así iba pasando el tiempo, con un disgusto tras otro por la misma razón, hasta que “Julie” enfermó realmente.

Finalmente tomamos al toro por los cuernos. Ocasionalmente “Julie” desfiló ante los muchachos de tacones altos y se abstuvo de huir, dando como pretexto que estaba “aflojando las zapatillas nuevas de mami”, porque las dos calzamos el mismo número, y payaseo delante de todos... hasta que se presentó la oportunidad de discutir a fondo la situación.

Me parece que nuestra primera conversación fue con mi hija. Se mostró comprensiva y consideró que si su papá deseaba ponerse vestidos, zapatillas de tacón alto y todo lo demás, ella no tenía nada que objetar. Más adelante, los muchachos tampoco se opusieron y ninguno se molestó por la presencia de “Julie”. Al mayor no le gustan las sábanas o las fundas de almohada de nilón, pero piensa que si a “Julie” sí le agradan, eso es asunto de ella y de nadie más.

Ahora ya se ha vuelto rutinario que “Julie” aparezca en cualquier momento y lave los trastes o planche o simplemente se reúna con los demás a descansar. Todos mis temores de posibles indiscreciones con algún compañero de la escuela o con alguna de nuestras amistades sólo existían en mi cabeza. Cuando “Julie” se presentaba

perfectamente relajada, yo también me relajaba y podíamos sostener conversaciones en forma normal y toda la familia participaba de nuestra armonía y placidez. Para ser honesta, más que nada ni nadie, yo era quien estaba haciendo daño a “Julie”. Me alegra tanto que ahora que nuestros cinco hijos conocen a “Julie”, ninguno se sorprenda ni se escandalice por su presencia, sino al contrario, que todos busquen su compañía.

Estoy convencida, y es mi consejo a otras esposas de travestis que amen a sus maridos y que tengan hijos o hijastros, que lo más conveniente es hablar con ellos, explicarles lo que es el travestismo y cómo se manifiestan los deseos del travestista. Ellos captan y entienden mucho más de lo que uno puede suponer.

Hay otro punto que me gustaría mencionar. Me refiero a todas los pequeños detalles de consideración, la actitud de colaboración y de comprensión hacia mí por parte de “Julie” que alcanzan niveles superiores al del común de los hombres. Mi Jim es una persona maravillosa y mi “Julie” tiene cualidades que nunca he observado en otros varones. ¿Me siento orgullosa de “Julie”? ¿La amo? ¡Definitivamente sí, la amo de todo corazón! Me parece que nos amamos con un amor que creo imposible para el resto de la humanidad. Y mi confianza en “ella” también es algo muy real. Sé que cuando “él” se va, regresará más tarde, que nunca me dejará, porque él desea volver a casa, conmigo, con su familia (y sí, es cierto, “Julie” generalmente lo acompaña). ¿Me molesta la presencia de “Julie”? De ninguna manera; es extraño, pero siento que “ella” es un miembro más de nuestra familia. Mi marido es una persona, pero “Julie” tiene una personalidad por completo distinta y yo me siento orgullosa y afortunada de convivir con “ella”.

También tengo que contarles un incidente que sucedió hace poco. Los chicos y yo estábamos en la iglesia; habíamos dejado a “Julie”, como ama de casa, lavando los trastes. En esas condiciones, llegó de visita Bob, uno de nuestros amigos más íntimos. Bob había llegado a la puerta justo a tiempo de ver a “Julie” cuando entraba a toda prisa a refugiarse en la recámara. Por fin se retiró discretamente, pero después Bob no dejaba de reprochar a Jim por haber llevado a casa a una mujer mientras yo estaba ausente. ¿Qué hacer? Como él me ama tanto, insistió en contarle la verdad y así lo hizo, franca y completamente, incluyendo a TRANSVESTIA y todo lo demás. ¿Cómo reaccionó Bob? Le tranquilizó saber que no se trataba de otra mujer. Tanto él como su esposa consideraron que si a Jim le gustaba vestirse de mujer, eso no era de la incumbencia de nadie más. Así que seguimos siendo tan amigos como siempre y ya no guardamos secretos con ellos. Jim asumió el riesgo de perder a dos buenos amigos muy queridos, pero los seguimos teniendo, aunque es posible que los hubiéramos perdido si ellos hubiesen seguido pensando que Jim había tenido relaciones con otra mujer a mis espaldas. El secreto, en última instancia, no es provechoso para nadie. Mi deseo más ferviente sería que todos llegaran a aceptar a las “Virginias”, las “Julies” y a todas las demás que he conocido, y les dieran un lugar en el mundo. Nunca en mi vida he conocido amigos más cordiales, afectuosos y sinceros que los que he conocido por medio de Phi Pi Epsilon*.

Nuestra casa está abierta para todos nuestros amigos travestis, sus esposas y sus hijos. Vivimos como en una feria, salimos de pesca o a nadar, participamos con nuestros cinco hijos en toda clase de actividades y hay mucho más detalles divertidos de los que soy capaz de describir en estas líneas.

* Nuestra organización social (N. del Ed.)

Me viene a la cabeza un último asunto que puede ser de interés para muchos: nuestra vida amorosa. No es posible imaginar una relación amorosa más maravillosa y más sincera entre marido y mujer que la que vivimos Jim y yo. Enfrentamos y compartimos nuestros problemas cotidianos y Jim representa para mí todo lo que yo pueda desear en un marido. El conoce y satisface todos mis gustos y todos mis deseos. Somos muy parecidos en muchos aspectos y yo siento que la incidencia del travestismo en nuestras vidas las ha colmado de comprensión y de satisfacciones.

Espero conocer muy pronto a otras travestis y a sus esposas. Mientras tanto, compartan la diversión y las aventuras con sus familias; todos se sentirán agradecidos de estar incluidos en todo.

Atentamente

La esposa de "Julie"

* * * * *

6. LA HIJASTRA DE "JULIE"

La siguiente carta fue enviada por la hijastra de "Julie", de 14 años.

Querida Virginia:

Aunque no tengo el gusto de conocerla en persona, tengo la impresión de conocerla desde hace mucho tiempo. Mi mamá y mi papá la recuerdan constantemente y se refieren a usted con mucho afecto. Me contaron lo bien que la pasaron en su última reunión y todo lo bueno que fue el encuentro. Las fotos que tomaron son fantásticas.

Jim y yo hemos hablado mucho sobre el travestismo y él me sugirió que le escribiera a usted acerca de mis sentimientos y mis conceptos. Es difícil empezar, así que iré exponiendo mis ideas conforme llegan a mi cabeza; espero que pueda seguirlos, ¿sí?

He leído cartas y artículos en libros y revistas; una cosa que me molesta es el miedo de la familia. No entiendo del todo por qué los hombres que tienen familia esconden en secreto su travestismo. Desde el principio, Jim se abrió conmigo y me habló a fondo de la cuestión. Entre nosotros, nada es secreto con respecto al travestismo. Reconozco que Jim corrió un riesgo enorme al confiar en mí y por ello lo respeto y lo admiro mucho más. No puedo evitar creer que si los hijos son sensibles a las acciones de su padre, todo será más fácil si su propio padre habla con ellos. Yo creo que si hay suficiente amor en la familia, no hay ninguna necesidad para vivir con secretos. Pero quizás otras familias no son tan afortunadas como la nuestra.

Espero no haberla aburrido demasiado y estoy segura que será tan amable como para tratar de entender mis sentimientos: el travestismo hace de ciertas personas gente muy especial. Cierto que son diferentes, pero yo pienso que Dios los hizo de esa manera.

Atentamente

Jan (la hijastra de "Julie")

* * *

SEXTA PARTE

EPILOGO

Este libro ha explorado el tema del travestismo o “feminofilia” desde varias perspectivas con el fin de proporcionar al lector que busca comprensión una gran variedad de fuentes que le sirvan para fundamentar y normar y, eventualmente, modificar su criterio. Admitimos que se trata de un libro parcial, puesto que no hemos destinado “un espacio equivalente” a los criterios adversos. La razón de esta parcialidad estriba en que asumimos que la esposa, familiar o cualquier otra persona que acuda a estas líneas, al hacerlo ya tendrá en mente un acopio tan abundante de argumentos “en contra” que no requiere de nuevas razones. Nuestro más ferviente deseo, sin embargo, es que el libro haya sido leído hasta este punto con una relativa amplitud de criterio y que muchos de los sentimientos hostiles y represivos con los que se haya iniciado la lectura, se hayan disipado en alguna medida, que esperamos sea la mayor posible. Aunque toda persona que asume una posición “anti-cualquier cosa”, suponemos que lo hace por razones que le resultan suficientes, sabemos también que una persona inteligente estará siempre dispuesta a escuchar las razones de quienes están en “pro” y que son capaces de cambiar de opinión si los argumentos en que antes basó su posición antagónica son explicadas y refutadas. Las razones fundamentales por las cuales las esposas y los familiares generalmente se oponen al travestismo han sido expuestas y discutidas en estas páginas. Después de haberlas leído, esperamos que la esposa, el pariente o el amigo evaluará estas informaciones y reconsiderará su criterio en la medida que pueda y que quiera.

Conviene recordar que un travesti es un ser humano con una gran capacidad de dar en su calidad de esposo, de padre, de hijo o de amigo. Lo que más espera de los seres que lo rodean es un reconocimiento amable del descubrimiento que ha hecho de sí mismo y de sus deseos de expresarlo. Todos tenemos cualidades del género opuesto, incluyéndolo a usted, lector o lectora. La sola diferencia real entre el travesti, feminófilo o transgénero y el resto de la gente, estriba en que él ha tomado consciencia de ese otro aspecto de su personalidad y le ha otorgado reconocimiento y expresión. Este enfoque es sin lugar a dudas el más honesto, un enfoque que conduciría a mejorar la salud mental si no fuera por la ignorancia y el antagonismo de los demás y lo haría simplemente porque la aceptación honesta de la diferencia es mejor que la supresión hipócrita de una parte de nuestro ser verdadero. El mundo es como es, debido, en gran parte, a dar como válidos modelos ilusorios, así como posiciones y patrones artificiales. Algún crédito merecen aquellos que liberan su criterio lo bastante como para poder afrontar la compleja totalidad del ser, más que someterse a la esclavizante emulación de la imagen estilizada de lo que un hombre debería ser.

En mi experiencia, pocos matrimonios hay más felices que aquellos en los que la esposa de un marido travesti comprende y acepta sin reservas el otro yo de su esposo. Contrastando con éstos, pocas relaciones conyugales puede haber más incómodas y perturbadoras que aquellas en las que el travesti se ve obligado al secreto y al engaño para mantener a su esposa ignorante o bien cuando tiene que sufrir que ella lo ridiculice, lo abruma de acusaciones y se oponga vigorosamente porque, sabiéndolo, ella no asume ningún esfuerzo para llegar a entender a su marido.

En primer lugar, un travesti cuya esposa está enterada y es comprensiva comparte su vida con ella en un plano totalmente nuevo en el que manifiesta con mayor intensidad

su amor y aprecio por sus cualidades. El objetivo natural del amor es el de compartir, tan es así que el amor bien puede ser definido como el compartir profundo de las realidades de la vida. Yo he conocido gran cantidad de parejas así, en las que destaca una reciprocidad, una comprensión profunda y un respeto mutuo por el otro como un ser total que rara vez se encuentra en los matrimonios aparentemente felices en los que el travestismo no está incluido. Cuando uno exterioriza su ser interior, cuando ya no tiene uno nada que esconder, nada que simular —y todos aquellos que luchan por comportarse de acuerdo con una imagen establecida viven una vida que es, en gran parte, una simulación—, entonces el ser verdadero está presente en todo momento y en todos los niveles, lo cual posibilita el florecimiento del amor y de la felicidad, cualidades raras en el mundo de hoy.

Por otra parte, poco importa el monto en dinero, el acopio de bienes materiales y la situación social de que un matrimonio pueda gozar, si también hay áreas prohibidas y secretas en uno, y desprecio, antagonismo y odio en el otro. Pese a que otros aspectos de la vida conyugal pueda parecer sólidamente establecidos para un observador externo, puede haber áreas podridas en los cimientos que necesariamente contaminarán de insatisfacción, animadversión y antipatía las partes sanas. Con el tiempo, ese foco de infección se extenderá por todas partes y envenenará totalmente la relación, puesto que una auténtica vinculación amorosa y tolerante entre un hombre y una mujer no puede mantenerse cuando el marido se siente forzado a reprimir algo que él percibe como parte integral de su naturaleza y que ansía compartir con su esposa. En esas condiciones, él vive con una frustración constante movida por la represión de que es objeto, con el temor a la posible reacción adversa de su mujer si acaso llegara a descubrir su secreto o, si ella ya está enterada y se opone a su conducta, con el dolor provocado por su rechazo.

A las esposas que lean este libro, hago un último exhorto. Ustedes vivirán solamente una vez y no volverán a vivir lo mismo de nuevo. Su propia felicidad depende de la de sus esposos, así como la felicidad de sus maridos depende de la de ustedes. Y ustedes se casaron con ellos por el conjunto de sus cualidades, muchas de las cuales bien pueden ser precisamente resultantes o consecuentes de su travestismo. Puede suceder que algunas no hayan conocido sus inclinaciones con anterioridad a la boda o bien que otras lo hayan sabido, pero hayan supuesto que sólo se trataba de un capricho pasajero que pronto se olvidaría. Cualquiera que sea el caso, resulta irrelevante a estas alturas. Ustedes están leyendo estas páginas el día de hoy y su interés tendría que estar centrado en la felicidad de ambos el día de hoy y en todos los mañanas que el destino les reserve a los dos. Si acaso el día de mañana ustedes los llegaran a perder por cualquier avatar de nuestras imprevisibles existencias, cómo se sentirían entonces, ¿satisfechas o arrepentidas por no haberse dada la oportunidad de explorar las satisfacciones que la auténtica felicidad mutua puede aportar al matrimonio? ¿Puede uno de los cónyuges ser realmente feliz a sabiendas de que él o ella está causando dolor al otro?

La réplica obvia de alguna esposa podría ser: “¡Sí, pero su conducta me está causando dolor a mí!” Es verdad, pero con una diferencia muy importante: en realidad usted misma se está haciendo daño al adoptar una actitud antagónica en vez de ser participativa. Una de dos: o lo está acusando en su fuero interno de algo de lo que él no es culpable o bien desea que él se conforme su vida a un modelo masculino que sólo existe en la mente de usted. Cualquiera que sea su caso, en realidad el daño que sufre se lo está infligiendo usted misma. Por otro lado, usted es la causa directa del dolor que él padece debido al rechazo de la persona con quien más necesidad tiene de compartir sus sentimientos. Ansía ser un ser total y serlo abiertamente, a la luz del día; reprimirlo por la

fuerza, confinarlo al secreto, obligarlo al engaño, condenarlo a la frustración por obra de la ignorancia de usted, por su rechazo o su estigmatización es la mejor manera de destruir aquello que, con certeza, constituye lo máspreciado para usted, es decir, la felicidad y la longevidad de su hogar, de su familia, de su vida conyugal. Todo esto puede reducirse a las proporciones de tengan los objetivos que usted persigue: la pequeña, mezquina, momentánea satisfacción de salirse con la suya cueste lo que cueste o bien la satisfacción duradera e importante de tener un marido feliz y saludable con quien podrá vivir por muchos años una vida conyugal realmente equitativa y participativa. Los sacrificios y las adaptaciones no deben recaer sólo en usted, por supuesto; pero, una vez que usted le conceda su anuencia, el comenzará a ofrecerle todo tipo de concesiones en reciprocidad. En todo caso, suya ES la iniciativa de dar el primer paso, el paso que confío usted dará tras la lectura de este libro: la firme resolución de intentar reconocer y respetar la TOTALIDAD del ser de su esposo, su integridad como ser humano pleno, como una persona cuya naturaleza cuenta con aspectos masculinos y femeninos y no sólo esa determinada parte de la persona que se conforma con ciertas convenciones sociales artificiosas.

Para empezar, su marido es una persona peculiar en virtud de su travestismo. Si usted se decide a hacer un esfuerzo sincero y honesto para encontrar las ventajas que puede obtener para usted y para su familia, derivadas de sus excepcionales cualidades. tengo la seguridad que descubrirá que su esfuerzo valió la pena. ¿Qué le parece? ¿Lo intentará?

* * * * *

Si este libro le ha sido de utilidad, me agradecería tener noticias tuyas. Fue escrito con profunda simpatía y comprensión humanas por ambas partes involucradas y en base a mi vida y experiencias personales, así como en todo lo que he podido observar de la vida de otras personas. Yo también he estado casada, dos veces. Mi primer matrimonio fracasó debido a mi travestismo; el segundo, por razones distintas. Sin embargo, he tenido la oportunidad de vivir las dos formas de enfrentar la situación: miedo, rechazo y humillación, en el primero; amor, comprensión, compasión, participación y respaldo, en el segundo; y fue el profundo dolor que sufrí durante mi primera experiencia conyugal lo que me decidió a tratar de ayudar a otros a evitar sufrimientos semejantes.

Con ese propósito comencé a publicar la revista TRANSVESTIA, la cual me condujo, por último, a la redacción de este libro destinado principalmente a las esposas parecidas a mi primera mujer. Pero también tengo que reconocer que sólo pude hacerlo gracias al amor, la comprensión y la aceptación de mi segunda esposa. Esa comprensión y esa aceptación por parte de mi compañera me permitieron a mí, como Virginia, crecer hasta llegar a ser una persona plena, no sustituyendo mi ser masculino, sino complementándolo hasta acceder a una vida total. Y, por ello, siempre le estaré agradecida.

VIRGINIA-CHARLES PRINCE

Nota: Para más información sobre el tema del Travestismo, favor de escribir a Chevalier Publications, Apdo. Postal 36091, Los Angeles, Calif., CP 90036.